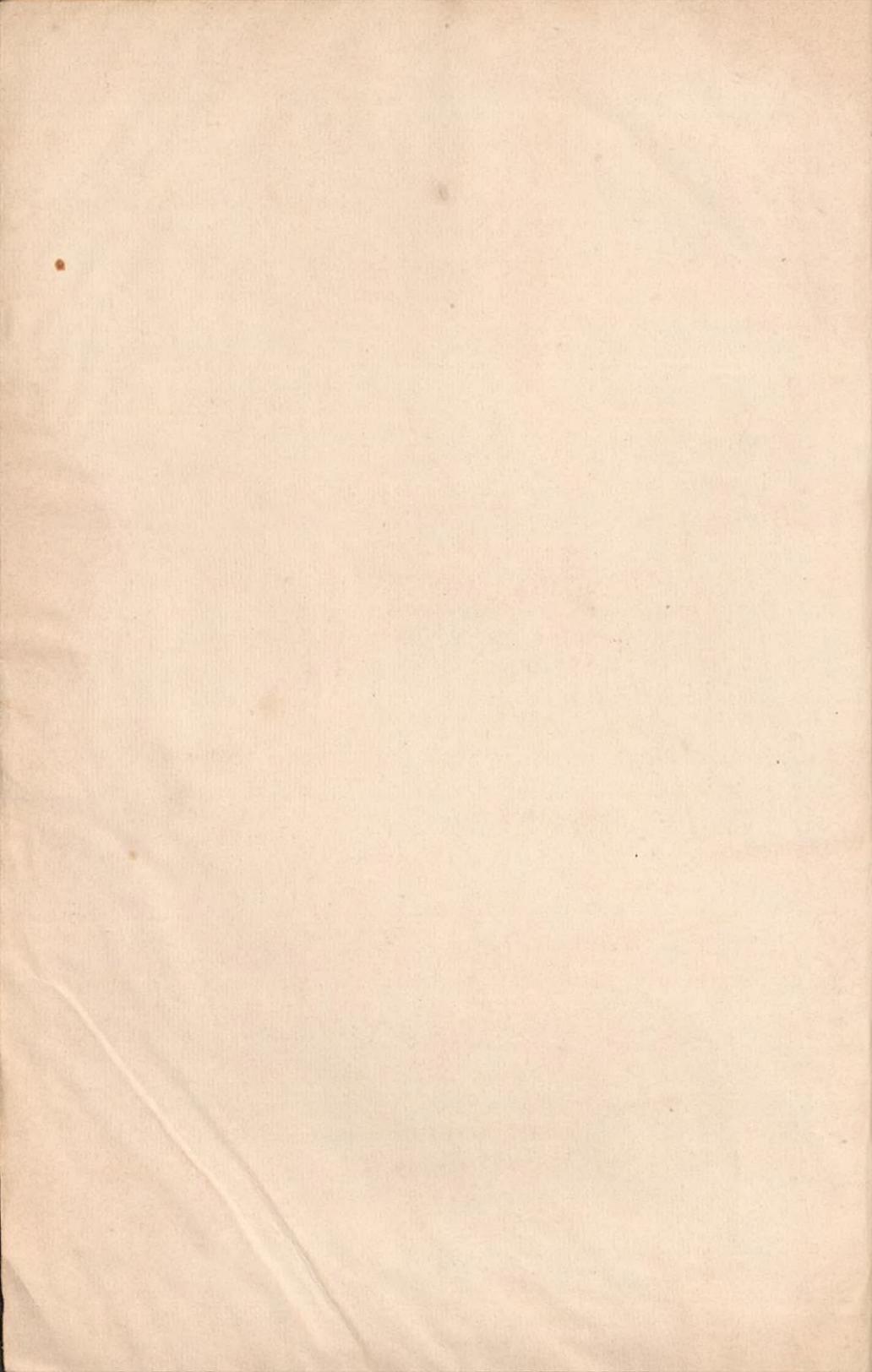


14617

Amo 25/115

1768

L47 - 6306



FRANCIA Y REY

EN CUATRO LETRAS Y EN VERSO

1800

ENCUADERADO EN PIEL

Este libro es propiedad de
 la biblioteca de la
 Universidad de
 la Habana y no debe
 ser prestado ni
 vendido sin el consentimiento
 de la biblioteca.

Manuel de los Rios
de la Habana

Esta obra es propiedad del autor, y responsable ante la ley el que la reimprima.

Todo ejemplar que no lleve la firma del autor será decomisado, y responsable el que lo detente.

Mam. J. Ther. Escandon
y Morquecillo, impresor

550

HIPÓCRITA... Y REY.

DRAMA HISTÓRICO EN CUATRO ACTOS Y EN VERSO

PERSONAJES DEL DRAMA

ORIGINAL DEL ILMO. SR.

D. MANUEL SANCHEZ-ESCANDON Y MORQUECHO.

MADRID.

IMPRENTA DE LOS SEÑORES ROJAS,

Valverde, 16, bajo.

1871.

PERSONAJES DEL DRAMA.

La Reina Carlota de Saboya.
La Princesa Ana.
Luis Onceno de Francia.
Cárlos el Temerario, Duque de Borgoña.
Tristan.
Juan Cottier, médico del rey.
Francisco de Paula, ermitaño.
Cárlos, Delfin de Francia.
Comines, secretario del Duque.
Oliveros Dains.
Campobasso, aventurero italiano.
Enrique, noble borgoñon.
Un caballero.
Un paje.
Nobles dignatarios de Inglaterra, Bretaña y Borgoña, Prelados, Capitanes y soldados, Guardias escoceses, Pajes, Escuderos, Pueblo, Acompañamiento de monjes y nobles para una peregrinacion, etc., etc

La accion pasa en Francia por los años de 1400.

ANÁLISIS.

Un drama como el que vamos á examinar, ofrece sérios inconvenientes; pero no obstante, tomamos la pluma llenos de viva fè y confiando en la benevolencia de nuestros lectores.

El génio, esa fúlgida llama que resplandece en los cuadros de Murillo, que centellea en la cúpula del Vaticano en Roma, que anima las creaciones de *Fhidias*. El génio, esa mano poderosa que estrechó á dos mares en un abrazo. El génio, esa armonía que eleva el espíritu á la mansion celeste, en las composiciones de *Bellini* y *Beethoven*. El génio, esa inspiracion de la poesía *Lord Byron*, *Milton* y *Lamartine*. El génio, en fin, es la palanca que conmueve las entrañas de la tierra, el astro que alumbra las generaciones en el trascurso de los siglos, la aurora eterna de la civilizacion, el bálsamo que rocía el alma dolorida de mágicas fruiciones. Por último, el génio es el ángel regenerador de las costumbres sociales y el espejo de las épocas pasadas, donde los pueblos aprenden. Pues bien: entre las manifestaciones del génio, ninguna más elocuente, ninguna más trascendental que la poesía dramáti-

ca. Cuando en la escena se presentan obras como la que nuestros lectores van á ver, late el corazon con júbilo, porque á nuestros ojos se ensanchan los horizontes del arte dramático, porque el sol de la escena pátria alumbrá más intenso sobre las tumbas de *Calderon*, *Moreto* y *Lope de Vega*, y estático en el zénit, no llega á su ocaso.

El drama *Hipócríta y... Rey* del Illmo. Sr. D. Manuel Sanchez-Escandon y Morquecho está llamado á verificar una revolucion en la escena española; y no se crea que al hablar así vamos movidos por la parcialidad. No; la obra del señor Sanchez-Escandon tiene en sí las pruebas más irrecusables de nuestros asertos, puesto que se basa en un acontecimiento histórico, en el reinado de un soberano de Francia, que bajo el manto de la hipocresía cometió los crímenes más espantosos, y si bien aumentó los florones de su corona, llenó de lodo su manto real. Luis Onceno, esa gran figura que trajo á la escena el génio de Casimiro de la Vigne y que Valero le dió vida en las tablas, es el protagonista de la obra del Sr. Sanchez-Escandon. El asunto no es nuevo; pero tratado por el poeta, es otro el Luis Onceno de la obra del Sr. Sanchez-Escandon, y decimos que otro, porque el vate francés nos presenta un rey diabólico, un rey sanguinario, ébrio en los goces de su corona, cometiendo por la ambicion toda clase de crímenes, mientras que el poeta español dibuja un tipo astuto, sagaz, sanguinario, severo y dominado por el fanatismo.

El fanatismo, horrible tirano que ha hecho doblar la cerviz á los monarcas más altivos y ha derrocado los tronos más poderosos; azarosa calamidad que ha hecho besar á los pueblos la cadena que los oprimia, ante un rey despótico y cruel; fatal palanca que ha impulsado al hombre á los crímenes más horrendos, hasta el punto de regar con sangre los templos y los altares donde despues se postraba á orar. Una prueba de ello, las sangrientas contiendas entre católicos y reformistas en París, conocidos en época posterior con el nombre de los Hugonotes.

Ningun pueblo más fanático que el francés; por eso el poeta ha ido á buscar su argumento en el reinado de Luis Onceno. Por detenido que sea el exámen que hagamos, no tendremos suficiente espacio ni tiempo para admirar las bellezas en que abunda esta nueva produccion, las brillantes situaciones que coronan la obra y la sublime filosofia que entraña. Felicísima ha sido la eleccion de los tipos de la obra, siguiendo en su eleccion á Casimiro de la Vigne. Junto al carácter ya descrito de Luis Onceno, resalta la caballerosidad, lealtad, ardimiento y bravura de Cárlos el Temerario, duque de Borgoña, víctima inocente de las intrigas del odioso monarca y su favorito Tristan. Pero hay un tipo en la obra del Sr. Escandon, á semejanza de la de Casimiro de la Vigne, digno de que fijemos en él nuestra atencion y que más adelante veremos, y este es el de San Francisco de Paula.

Pasemos ahora á hacer un exámen detenido en comparacion con la obra de Casimiro de la Vigne, arreglada al teatro español por Gorostiza.

Acto 1.º La escena principia en el Castillo de Amboise, y el primer diálogo pasa entre Ana y el Delfin.

No sabemos qué admirar aquí, si la sencillez de la conversacion que sostienen los dos hermanos, ó la fluidez del verso:

Es tan dulce, tan inocente, tan consolador el diálogo que se traba, que los versos dan una prueba de ello. (Escena 1.ª, acto 1.º, versos 4, 5, 6, 7 y 8.) ¿Hay palabras más elocuentes y más sencillas? Creemos que no. El autor pone en boca de estos, hermosos pensamientos, delicadísimos, que revelan á grandes rasgos la fantasia del poeta, al querer retratar con sus palabras la inocencia de los ángeles. (Página 4, versos 12, 13, 14 y 15.)

El Delfin expone al público la enfermedad del rey de Francia y habla de Cárlos diciendo: (Pág. 5, versos 16, 17, 18, 19, 21.) Ingenioso recurso por medio del cual el autor describe las bellas cualidades de uno de los más interesantes tipos de su drama, haciéndole desde este momento simpático

al espectador. Como se ve, desde el primer momento se desarrolla interés y se reviste la obra desde su principio de un atractivo que busca el autor en la familia, haciéndose intérprete de la inocencia; no así en la primera escena del drama de Casimiro de la Vigne, el cual presenta una escena conmovedora, como es la crueldad de Tristan al mandar imperiosamente á Ricardo que se meta en su cabaña, puesto que despues de las ocho de la noche, de órden del rey, nadie puede abandonar su mansion, impidiéndole que vaya en busca de un religioso que auxilie al enfermo. Observa el lector que ya el espectador comienza á agitarse con escenas horribles y se familiariza con el sanguinario tipo de Tristan; el Sr. Sanchez-Escandon, más delicado en su produccion, distrae el ánimo del público en los arcanos de la familia, en los secretos del hogar, hiere las fibras de su corazon, le embriaga, espresémonos así, en las delicias de la inocencia y la virtud, para luego hacerle sentir los golpes del vicio y las intrigas del crimen.

Escena 2.^a—Dichos, la reina. Si tierna y amorosa es la primera escena, en esta el amor maternal y filial están espresados con toda maestría; veamos si no la décima que se halla en la página 8, versos 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13 y 14.

Escena 3.^a—La reina y Cottier. Este último aparece confidente de las desgracias de la reina, oye de la princesa una confesion en la cual ésta la revela que ama á Cárlos. Describe la reina sus torturas y dice: (Pág. 9, versos 16, 17, 18, 19, 20 y 21.)

¿Habrá mayor elocuencia? Qué bien espresan estas palabras los tormentos de una esposa desgraciada, que siente en su alma el gérmen de una pasion, que si bien se le puede llamar criminal, á los ojos de la razon no merece tal calificativo. Hé aquí al poeta dando un voto de censura á la horrible sujecion de las leyes; hé aquí al autor exponiendo, digámoslo así, el principio de gran tema que va á discutir, y este es, como fácilmente se comprenderá, la esclavitud social que aun entre nosotros existe.

El autor acude á este resorte para luego desarrollar escenas magistrales, luchas heróicas y golpes de efecto que más adelante veremos y comentaremos á su vez: réstanos ahora decir que la reina al amar á Cárlos no es criminal, puesto que Cárlos y Luis Onceno son para ella el reverso de la medalla. ¿Qué extraño que el corazon de una mujer sensible, al comparar las feas y sanguinarias cualidades de su esposo, á quien está enlazada para siempre, con el porte caballeresco de Cárlos, ame, pero ame en el martirio, como una desgraciada mujer, no faltando á sus deberes como reina? El Sr. Sanchez-Escandon, profundo conocedor del corazon humano, presenta aquí un tipo que se echa de menos en Casimiro de la Vigne, que en el trascurso de las escenas 2.^a, 3.^a y 4.^a, por más que en ellas despierte interés, se ve el arma y la sangre en la alevosa herida del pobre aldeano que por solo mirar al régio alcázar fué traspasado por la saeta de un balletero.

Casimiro de la Vigne es fiel narrador en el acto primero de los azares que sufre el pueblo en aquella época de despótico mando. Expone los horrosos hechos de un favorito que por halagar á su decrepito soberano, comete toda clase de tropelias; el Sr. Sanchez-Escandon, por el contrario, si bien hace sentir las iniquidades del rey á un pueblo que besa la cadena de su monarca, lleva la borrasca al seno de la familia real. Hace que la reina abrigue amor por el duque de Borgoña, amor que tambien lo oculta su hija Ana, unida á su vez por razon de Estado á un hombre que no ama. Véase la elocuencia de los versos 11, 12 y 13 de la pág. 12, y la contestacion que al final de la escena da Cottier á la reina.

Escena 4.^a—Escena necesaria al desarrollo del drama.

Escena 5.^a—Veamos ahora por la vez primera al rey y á Cárlos frente á frente. La astucia ante la franqueza y la hipocresía ante la lealtad. El carácter flemático del uno contrasta admirablemente con los arranques impetuosos y nobles del otro. (Pág. 14, versos 24 al 29.)

Digna es de admiracion la sencillez de estos dos últimos

versos, versos que llevan en sí una tempestad próxima á estallar entre dos hombres que se odian y contenida á despecho de ámbos. Véase el lenguaje astuto y respirando hiel de Luis Onceno, en la página 16 y en sus 19 versos primeros, y los 23 versos de la página 15 en boca de Cárlos son una prueba de su arrogancia y de su nobleza. Hé aquí el retrato de los dos personajes.

Escena 6.^a—Precioso monólogo en que el duque se presenta á los espectadores tal cual es, noble, generoso, valiente. Este arranque muestra la elevacion de su carácter. (Pág. 16, versos 1.^o al 6.^o) En esta escena el corazon del bravo guerrero dedica un recuerdo á Ana; pero ¿cómo espresa el autor la expansion de un alma enamorada? (Pág. 16, versos 11 y 12.) Más adelante se da una respuesta á su pregunta. (Pág. 17, versos del 3 al 10.) Profúnda filosofía resuelta en esta estrofa.

Escena 7.^a—Una escena de amor está comprendida al citar las palabras que Cárlos pronuncia animando á Ana para que resista con entereza la tiranía de su padre al hacerla esposa de un hombre que no ama. (Ultimos versos de la escena 7.^a, pág. 18.)

Escena 8.^a—La abnegacion de una madre, el heroismo con que lucha ante el amor de Cárlos y el amor á su hija, ha sido perfectamente interpretado por el autor en los versos 18, 19, 20 y 21 de la pág. 21. Aquel ¡ay! dicho en ocasión tan oportuna por boca de una madre que hace supremos esfuerzos para matar de una vez la pasion que la tortura, ¡qué elocuente es! Ese ¡ay! es un poema. Ella bendice al hombre que ama su hija; ¿puede hacer más? ¿Puede exigirle mayor sacrificio? No. Los amantes se separan, y Cárlos, haciendo un poderoso esfuerzo, dice: «Ana..... hasta nunca.»

Ana le contesta á media voz con un solo adios. Todo lo que hubieran dicho en un año de sufrimientos lo dicen en un momento; pero en un momento desgarrador. (Ultimos versos de la página 22.)

¡Cómo espresa el génio del vate el triunfo de una idea no-

ble y generosa en un hombre tan noble y generoso cual se describe al duque de Borgoña!

Escena 9.^a—La madre y la hija á solas. Dos mujeres que aman; la una con el peso y la resignacion de su edad y sus deberes, y la otra con la pasion volcánica é impetuosa de la juventud; la una ocultando los arcanos de un alma dolorida ante la inocencia de su idolatrada hija, y la otra dando á su combatido espíritu la más dulce expansion, halagada por el cariño de su madre y fortalecida por sus sanos consejos. Ningun cuadro más grande que el que presenta el Sr. Escandon. Dos mujeres, esclavas de las leyes sociales y de Estado, unidas á esposos que no aman y que sienten en su corazon la llama de una pasion ardiente. Pero estas dos mujeres no son dos rivales que se disputan á un galan, sino una madre y una hija. Una madre que todo lo sacrifica, una hija que todo lo revela. Sublime, incomparable está el poeta en tal escena. Escena que lleva en sí una gran verdad, y es lo horrible del matrimonio cuando este se verifica por otro impulso que no sea el del amor.

Fijese el lector en los versos 5, 6, 7 y 8 de la pág. 22; en ellos verá el arranque de una mujer dotada del fuego de la juventud, y luego compare lo arrebatado del estilo de ésta, con la gravedad y severo acento de la madre cuando dice: *Ana, esa debilidad nunca fué digna de tí*, y vea el lector la bellísima descripcion del amor en boca de la reina. Los seis últimos versos de la pág. 22 y los 21 de la 23 abundan en preciosos pensamientos. Ana, que no sabe fingir, presenta á su madre todas las torturas de su alma; la reina, que ve retratados sus padecimientos en los de su hija, pronuncia:

«Calla..... Calla..... me haces daño.»

«Fácil es aconsejar

á quien tranquilo se halla;

la que como yo batalla,

esa... no puede olvidar,»

murmura Ana llena de sentimiento. ¡Pobre madre! Oye de los

labios de su hija que ella está tranquila; tranquila, cuando tanto sufre. «No, aun existe quien calla... y padece más.» En efecto por terrible que sea ese pesar, cuando este se comparte con un pecho amigo, y sobre todo con el de una madre, parece que hay algo de consuelo; pero cuando el dolor tiene que morir oculto y hasta se hace preciso contener las palpitaciones del corazón, ¿puede haber mayor tormento? Ana se asombra; el que padece es egoísta y se cree que no hay nadie que después de él sufra más. La reina explica en los dos últimos versos de la página 23 y en los 13 de la 24 la diferencia que existe entre su amor y el de su hija. ¡Con qué elocuencia se expresa el autor! Pero la sublimidad es grande en los últimos versos de esta escena. ¿Tiene leyes el corazón? No. Entonces dice bien el poeta: «¿de qué tiene que llorar la mujer cuando es honrada?» Qué importa que la mujer casada luche con una pasión, si esta, encerrada en el círculo de sus deberes, trueca el amor en martirio, donde la virtud se alza victoriosa sobre las borrascas de la vida y el honor incólume, permanece limpio á las tentaciones de una pasión que, á despecho suyo y tal vez para su tormento, siente en el corazón una débil mujer. Persistamos en este asunto, porque, intérpretes de los pensamientos del autor, hacemos frente á los asertos de la crítica, que creerá ver en estas dos mujeres dos tipos de maldad: No; escribir un drama que entretenga á un público más ó menos numeroso, es obra fácil, si la producción se adorna de golpes de efecto y se salpica de sabrosos diálogos; pero darle al espectador un drama profundo, filosófico y moral, es tarea harto difícil. El señor Sanchez-Escandon desea presentar *EL VICIO Y LA VIRTUD* en pugna, y *EL DEBER Y LA PASION*; hé aquí su secreto. Y ¿cómo puede lograr su intento? Solo de una manera, y esta es poner en lucha abierta, en desigual combate, los extremos que ha de enaltecer ó ha de censurar.

Y para ser más gráficos, nos espesaremos de otro modo.

La reina, que, como ya sabemos, se halla unida á Luis Onceno por *RAZON DE ESTADO*, comprende desde el primer momen-

to de su matrimonio que tiene por esposo un mónstruo astuto y sangriento. La fatalidad le pone de manifiesto un hombre como Carlos, que está adornado de todas las cualidades que forman el mayor antagonismo de Luis Onceno. El corazón de la mujer, ávido de impresiones y émulo de lo bello, palpita ante aquel sér verdaderamente ideal. El alma, hasta entonces dormida, quiere salir de sus cárceles, y, á pesar de la lucha que la mujer sostiene, rompe sus prisiones, y pura, etérea, impalpable, corre á abrazar otra alma, que se encuentre, no en las exigencias de la vida cortesana y sí en las vastas regiones del infinito. ¿Hay cadenas para el espíritu? No; entonces, ¿cómo poder volver á su centro, al éxtasis del alma que rompe la estrechez de la materia, para cumplir los fines del Altísimo; en una palabra, para amarse? ¿Y qué? ¿Porque una mujer, víctima de una multitud de concausas que la hacen aborrecer al esposo que la sociedad le diera, sienta en su pecho la llama de otro amor, ha de ser criminal? No, esto es lo que nosotros sostenemos y lo que prueba el autor en su bellissimo drama. Si confesamos la debilidad de la mujer hasta cierto punto, como no podemos menos, ¿es extraño que en un delirio amoroso se deje arrastrar por los accesos vertiginosos de una pasión para luego despertar de esta especie de letargo, espantada ante el cumplimiento de sus deberes, á los que enérgicamente no falta? Luchas como las que el autor describe con tanto acierto, han pasado, pasan y pasarán, y lo mismo son teatro de ellas la dorada estancia del palacio que la paja choza.

Escena 10.—Escena de transición en que sale el rey y desaparece Ana.

Escena 11.—El rey, la reina. Quéjase el primero á la segunda de la tristeza que se advierte en el rostro de la princesa, y al mismo tiempo acusa la apatía de la reina. Esta responde: (Pág. 26, versos 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15 y 16.)

No se puede desplegar más energía en el acento de un esposo ofendido.

Escena 12.—La última escena del primer acto de tan notable producción raya á una gran altura; llévase á efecto entre el rey y Tristan, mejor dicho, entre dos tigres, que se disputan la soberanía de sus ruines almas. El favorito, autómata de los mandatos de su rey: el rey, esclavo de los crímenes de su favorito, ámbos abyectos, ámbos miserables, ámbos revolcándose en un lago de sangre.

Digna de envidia es la maestría con que el autor hace que se entiendan estos seres, en una palabra, en un gesto, en una mirada.

Está, pues, tan oportunamente pronunciada por Luis, rey de Francia, la segura realización del crimen, que el espectador de este instante tiene íntimo convencimiento que se va á acometer. El favorito, profundo conocedor del fanatismo que domina á su soberano, le dice más adelante:

TRIS. Por ser tan útil la hazaña,
 Debe complacer á Dios.

El rey ya acaricia con júbilo el éxito de su empresa. (Página 30, versos 15, 16, 17 y 18.)

LUIS. El buen Carlos
 De Borgoña y mi hija Ana
 Y él que diera su corona...

Rasgo sublime. Sigamos leyendo esta escena, de por sí tan interesante. (Últimos versos de la pág. 30 y últimos del acto.)

Inútiles serían nuestros comentarios en la conclusión de este acto: su efecto hablará más alto que cuanto pudiéramos decir.

El final del segundo acto de Casimiro de la Vigne y este tienen cierto parecido, solo que el del poeta de que tratamos da á conocer de un modo particular, al cometer friamente el asesinato del esposo de su hija, las ambiciosas miras que im-

pulsan á Luis Onceno á crimen tan nefando, mientras que de la Vigne trata con Tristan la muerte del conde de Nemour, movido el rey porque este personaje estorba á sus proyectos, y no tiene el vate francés la feliz ocurrencia de revestir este crimen con el negro velo del fanatismo. No hemos sido sistemáticos en la exposicion del primer acto de Casimiro de la Vigne, porque al hablar en el acto cuarto de *Hipócrita y Rey* de la salida de San Francisco á escena, lo vemos en oportuno símil ó paralelo entre el San Francisco del Sr. Sanchez-Escandon y el Santo de Casimiro de la Vigne.

ACTO SEGUNDO.

La tarea que nos hemos impuesto comienza ahora, pues en el segundo acto es donde el autor raya á la altura más digna de encomio, dejando para el tercero y cuarto golpes sorprendentes, que en el trascurso de este exámen veremos. La escena del segundo acto es en el palacio de Perona. Representase una sala de consejo. Oliveros Campobasso y Enrique Borgoñones platican con la mayor naturalidad.

Dice Campobasso: (Versos 2, 3, 4 y 5 de la pág. 34.)

CAMPOBASSO. Cruzamos un tiempo, amigo,
En que al punto que zozobra
La nave de nuestra suerte
Queda convertida... en horca.

Bien deja comprender el poeta en estos cuatro versos, pronunciados por un guerrero, la época de disturbios por que atravesaba la Francia. Mucho abunda el autor en rasgos como estos, que sin abrigar la presuncion del hombre erudito en historiosas pruebas tangibles de profundos conocimientos en esta materia. Si posible nos fuera relatar todas las bellezas de la obra del Sr. Escandon, quedaria el lector, á no dudarlo, complacido al ver brillar sobre la cumbre de nuestro Parnaso imaginations tan fecundas y laureadas como las del Ilmo. Sr. D. Manuel Sanchez-Escandon y Morquecho. Nos contentaremos con citar las bellezas más culminantes como hasta ahora llevamos hecho.

Escena 2.^a—Dichos. menos Oliveros. Lo momentáneo de

su conversacion nada de particular encierra más que esa precisión y naturalidad que venimos admirando. Como suponemos que la lectura de este exámen será con conocimiento de la obra, nada decimos de ella.

Escena 3.^a—La salida de Comines en esta escena, como vé el lector, es oportuna en extremo.

Escena 4.^a—Comines. El rey, Oliveros. El rey pide nuevas á Comines. El diálogo, sencillo, discreto é intencionado.

Escena 5.^a—Un nuevo crimen en proyecto vé el espectador que se va á llevar á cabo con la mayor sangre fria. El rey y sus vasallos se entienden. Luis dirige una mirada al cinturón de Oliveros y dice con serenidad, rasgo que prueba el carácter del rey:

«Despues..... ¡Dios dirá!»

Con qué rapidez, con qué maestría, tino y acierto hace el autor pesar estos golpes sangrientos, no dando lugar á que el público presencie intrigas horrorosas. No nos cansamos de encomiar estos recursos del autor, puesto que ellos abren camino en la poesía dramática para que en el teatro se eviten esas explicaciones criminales y desmoralizadoras, que convierten el escenario en escuela del delito, que no siendo este sino el templo de la moralidad y el más hábil censor de las costumbres perniciosas de nuestra sociedad el cantor de los hechos que engrandecen los anales de todas las naciones, y el espejo donde aparecen las generaciones pasadas ante las presentes. Creemos no pasar desapercibido á nuestros lectores la belleza del pensamiento de la pág. 39, escena 5.^a, versos 11 y 12:

«Aprecia como soldado

Más que su vida... su honor.»

Palabras que explican sencillamente las aspiraciones gloriosas de un militar de aquella época. Como ya sabemos, con un nuevo crimen creemos que va á manchar su manto real Luis Onceno. Fijese el lector en el momento en que el rey se asoma á la ventana y pregunta á Oliveros.

Luis. ¿Qué torre es esa? (Pág. 40, verso 22 y pág. 41, 5.)
 También el remordimiento acosa las almas más monstruosas y los corazones más empedernidos. El remordimiento, ese ¡ay! de la conciencia que hace al hombre temblar en medio de los placeres del mundo. El remordimiento, ese latido inexplicable que asorda la existencia del criminal. El remordimiento, esa pulsación misteriosa que despierta la fiebre del delito y ruge en la cabeza del pecador como una tormenta. El remordimiento, ese fantasma que señala la tumba y tras la tumba la eternidad y en la eternidad lo infinito. Aunque se cierren los ojos, se vé; aunque se tapen los oídos, siente sus pasos detrás de él, lentos, sordos, horribles, mortales. El remordimiento tiene una voz entre el sepulcro y la vida que oye el delincuente como los ecos lejanos del rugir de las olas; el remordimiento tiene oleadas, oleadas que se van hácia él llevando en su frente los rayos de la Justicia del cielo, y que se quedan impresos en la retina para que no se olviden ni aun en el sueño. También tiene el remordimiento oleadas, que vienen desde el sepulcro con la velocidad del meteoro luminoso, cerniéndose sobre ellas la sombra de la muerte, y el criminal las vé llegar y quiere huir, y huye, pero en su fuga le alcanzan las olas y azotan su frente con cieno y sangre. Todo esto lo expresa el Sr. Sanchez-Escandon en la escena 5.^a al ver ante él un fantasma inmóvil, y que no obstante parece que bate sus pesadas alas de granito entre dos épocas. ¡Una torre! En esta torre oye decir el rey á su vasallo que un conde tuvo prisionero á un monarca. Aquella torre inerte que cerca de Perona se alzaba gigante hasta las nubes, mudas para el viajero que pasaba por sus cimientos; aquella torre habló á Luis Onceno. Si el rey de Francia, el soberano poderoso se hubiera visto un instante debajo de ella, hubiera huido. ¡Qué sublime está el autor en estos cortos versos, que explican el remordimiento de un rey! También los reyes tienen remordimientos; el brillo de su corona, su voz imponiendo su mando no son bastantes á sofocar la voz del remordimiento.

Escena 6.^a—Ha tenido el autor una idea feliz en escoger el metro cadencioso y de novedad en la escena del consejo, que le hace más agradable al espectador. La fluidez con que corre el verso, los altos conceptos en que abunda, le hacen una de las más culminantes de la obra. Veamos si no en boca de Carlos los versos 7, 8, 9 y 10 de esta escena, pág. 41, y los siete primeros de la pág. 42.

¡Qué valentía respira el acento de Carlos ante Luis! No llevados de un espíritu de parcialidad rogamos á nuestros lectores que pasen sus ojos por el discurso que en satisfacción de agravios y en representacion del duque de Borgoña pronuncia Nemur en la sala del trono del castillo de Plexis de las torres ante Luis Onceno. Compárense ambos, y si bien es verdad que el discurso de Nemur está lleno de preciosos rasgos poéticos, no puede competir en arrogancia con el de Carlos del Sr. Sanchez-Escandon.

Véase ahora el lenguaje astuto del rey en los versos restantes de la escena en contestacion á los asertos de Carlos.—Acude á un ingenioso recurso, y es el turbar la ceremonia de consejo en los últimos versos de la escena.

Escena 7.^a—La respuesta de tal interpelacion se la dá Tristan, que aparece como un espectro sanguinario. Su elocuente acento explica del siguiente modo la muerte de Baujeau al rey: (Pág. 45, desde el verso 11 al 13.)

«Los seguí; de allí un momento

Trabóse el combate rudo;

Cada lanza, cada escudo

Saltó en pedazos al viento.»

¡Qué valentía, qué bélico entusiasmo despiertan estos versos!

El espectador, al decir el poeta *ya rienda suelta el corcel, etc., salieron con arrogancia como centellas tras él*, ve tendidos los bridones á escape volador de tal manera, que cree percibir ante sus ojos intrépidos guerreros, que como dice el autor, se lanzan como centellas al combate. Si sublime está el

poeta en esta descripción, veámoslo cuando dice: *cada lanza, cada escudo salta en pedazos al viento*. Hé aquí en dos versos explicada toda la confusión y todos los lances de una batalla. Más adelante dice: (Pág. 46, segunda cuarteta.)

«Saltaba ardiente y bravío,
del mismo viento celoso.»

A semejanza de la pródiga naturaleza, que ofrece á la consideración del hombre filósofo mil y mil pruebas de la existencia de Dios, ya en el valle perfumado de flores vistosas, ya en la peñascosa montaña, ya en el mar tormentoso, ya, por último, en los laberintos de la selva, así la musa del señor Sanchez-Escandon sorprende á cada paso la imaginación del que lea, con cuadros preciosísimos, descritos con muy pocas palabras.

En esta escena, tan hábilmente llevada á cabo, encontramos más adelante lo que sigue: (Pág. 47, sus doce últimos versos.)

«Caro pagará este apuro
El de Borgoña, ¡pardiez!

LUIS. ¿Le ódias?

TRISTAN. ¡Con rencor profundo!

Más que vos mismo, señor.

Sí; le tengo tanto horror

Que no cabe ya en el mundo.»

Estos últimos versos, que citamos á nuestros lectores, son la prueba más convincente de nuestros asertos anteriores. La pluma creadora del Sr. Sanchez-Escandon es incansable en su inventiva.

Escena 8.^a—Oliveros cuenta al rey que Carlos está al corriente de todo, y para expresar la noble indignación del duque, se vale de este bellissimo pensamiento el autor: (Pág. 48, versos 8, 9, 10 y 11.)

Escena 9.^a—Dichos, Comines, soldados. Escena de transición corta, y bellas preparaciones para ir mostrando las escenas que siguen.

Escena 10.—El rey, Comines, los guardias. Luis de Francia, ofendido al saber que es prisionero de Carlos de Borgoña, dice: (Versos primeros de esta escena, hasta el 8.º)

Luis. ¿Qué es, en fin, lo que sucede?
 ¡Cómo! ¿A mí prenderme puede
 Aquel de quien dueño soy?
 ¿Qué desacato villano
 Es este que me rodea,
 Para que esclavo se vea
 De su siervo un soberano?

Escena 11.—Trasladamos íntegro el bellissimo soliloquio de Luis Onceno.

«¡Consejos!.... ¡Libertad! Es lo que ahora
 Necesito no más Verme lejano
 De estos sitios. El aire que respiro
 Me ahoga, me asesina. ¡Carlos, Carlos!
 ¡Yo en tu poder!....»

¡Luis Onceno prisionero del duque! El criminal quiere siempre huir; pero, ¿de quién huye? De su delito. Es decir: ¿yo, rey de Francia, prisionero del duque?.... Vano alarde que luego el pusilánime monarca trueca en cobardía, cuando dice: ¿Y cómo de este trance podré salir en bien? ¿Cómo me salvo? Si-gue á la cobardía el fanatismo, y prorumpe el rey en esta plegaria:

«Oh virgen de Clery, Madre y Señora,
 Perdona mis errores: sé mi amparo;
 Tú eres buena, muy buena, yo te imploro,
 Por tu nombre divino que idolatro,
 Y pues todo lo puedes, dame un medio.

Carlos me va á juzgar. ¿Qué es lo que hago?»

¡Sublime pregunta en boca de Luis Onceno! Presos sus pies en el lodo de sus crímenes, ¿quién le puede favorecer para que huya del rayo? ¡Sólo Dios!

Examinemos con detencion esta elocuente pregunta: ¿Qué es lo que hago? ¿Esta interpelacion es del pecador? Entonces,

qué divino es el pensamiento: ¿Qué es lo que hago? ¿Puede darse nada más consolador que estas palabras en boca del que se aparta de la senda del Señor y vuelve á ella arrepentido? Y si es el rey el que interroga, ¿hay algo más horrible que la altivez ficticia del crimen, invocando el auxilio de la paloma sin mancha? ¿Hay algo más gráfico que deje al espectador convencido del fanatismo del rey? Creemos que no. El monólogo concluye de esta manera. Despues de hacer el rey una pausa como si esperase la voz del cielo, continúa: *Implorar su piedad ¡seria inútil!* Ved al rey, que en otras ocasiones pareció de mármol al dictar una sentencia de muerte; ahora vedle luchando con el fantasma del remordimiento y caer exánime pronunciando:

«¡Ay! mis fuerzas se agotan. Anhele respirar otro ambiente. Un helado sudor baña mi rostro....» y al recibir el fresco halago del viento oreando su frente febril, dice: «¡Ah, cielo santo!»

Escena 12.—Segunda vez se encuentran frente á frente estos dos hombres. El uno, astuto, sanguinario, hipócrita; el otro, franco, leal y generoso: (Pág. 52 versos once y doce.)

Pronuncia Cárlos como si fuera ante la conciencia manchada de Luis Onceno el ángel del esterminio. ¿Qué representa Cárlos en este momento? La muerte. Todo lo arrostra el delito menos la muerte. Por eso el que al final del primer acto acariciaba la idea de anexionar el ducado de Borgoña á su diadema, ahora se doblega bajo el peso de su conciencia, y débil y cobarde se arrodilla, implorando compasion. Cárlos responde con este precioso pensamiento: (Versos 13 y 14, pág. 53.)

¿Qué puede la hiena ante el leon, que rey de las selvas asorda el viento con sus rugidos? ¿Qué puede el miserable reptil ante el águila audaz, que señora del espacio al estender sus alas en las nubes, tapa con ellas el disco del Sol? Luis es la hiena que abre los sepulcros para revolcarse entre sangriento cieno, mientras Cárlos el altivo leon que sacude su

melena al pisotear la serpiente que venenosa se enrosca en su cuello. Luis es el reptil, que en las entrañas de la tierra centéllean sus ojos, devorando su presa, mientras Cárlos es el águila, que se cierne sobre la tormenta. Luis ve llegada su hora y dice: (Pág. 53, versos 17 y 18.)

«Soy padre, y si me matas, á mis hijos
Envuelves en el duelo y el quebranto.»

El recuerdo de Ana resplandece como iris de perdon en la mente del duque, y disipa la borrasca. Cárlos es otro. El nombre de su adorada Ana es un seguro talisman que viste al leon con vellon del inocente é inofensivo cordero.

Así lo prueban los siguientes versos: (Ultimos cuatro versos de la pág. 53.)

Digna es admirar la bélica alocucion: es donde el autor da á conocer de lleno el carácter de Cárlos. Alocucion que abunda en preciosos pensamientos, entre los cuales uno de ellos es el siguiente: (Ultimos versos de la pág. 56.)

Donde el estilo es sublime, digno de un poema épico, es cuando en la misma alocucion dice Cárlos: (Versos del 5 al 15, pág. 57.)

Lo armonioso del metro, la breve descripcion del cuadro del combate hace ver al espectador al hombre indomable, al alma noble, al corazon valiente, á los altivos séres dignos de llevar la corona de Francia, que él sostendria con el vigor de sus juveniles años, con la arrogancia de su carácter, con su conducta bizarra; por último, con el amor de Ana. Corona que sobre la arrugada y sombría frente de Luis Onceno es una carga pesada, que doblega su cerviz ante las tinieblas del sepulcro.

El acto segundo concluye así:

LUIS. Con él nosotros en sangrienta lucha
 Por nuestro honor purísimo volvamos
 Hijos invictos de la heróica Francia.
 A la lid.

Oliveros, Tristan, escoceses, responden: «A la lid.»

Luis. A combatir por Cárlos.

El carácter generoso de Cárlos, ageno á toda ficcion, no se fija en la ironía con que Luis pronuncia estas palabras. El espectador, por el contrario, al ver alejarse enlazadas las dos grandes figuras del drama del Sr. Sanchez-Escandon, presente alguna funesta consecuencia; pero Cárlos ignoraba que se cernia sobre su cabeza la pálida sombra de la muerte.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

UNA SALA EN EL PALACIO EN PARÍS.

Escena 1.^a—La reina, el doctor, ó sea Cottier. Empieza este acto con la naturalidad de los dos anteriores. La esposa desgraciada en el acto primero aparece del todo santificada en estas preciosas quintillas que ella pronuncia. (Pág. 59, versos del 11 al 21.)

«Ya el ánimo satisfecho
Tranquilamente reposa;
Duerme callado en mi pecho
Aquel amor, ya deshecho
Por la madre y por la esposa.
Hoy Carlos no es para mí
Mas que un hijo. Sin recelo
Su vuelta al castillo ví,
Y desde que habita aquí,
¡Siento en el alma un consuelo!»

El autor, que con tanta maestría viene manejando la obra, no podía consentir que el espectador dudase de la virtud de la reina.

Escena 2.^a—Dichos, Ana, el Delfin. Escena que se hace necesaria para el desarrollo de la obra.

Escena 3.^a—Ana, el Delfin. Conversacion cariñosa entre

los dos hermanos, segun la siguiente quintilla: (Pág. 62, del verso 9 al 14.)

«Pero, hermana, si se mira
Con alguna detencion,
Tu semblante angelical
Dice que hay otra afeccion
A más de ese amor filial
Oculta en tu corazon.»

El amoroso hermano descubre el secreto que guarda en su pecho la hermosa Ana, y yendo más adelante de los versos que hemos citado, dicense los dos: (Pág. 64, del verso 9 al 16.)

«¡Amar! ¡Nada hay más bueno!
Que es la vida sin amor
Fuente sin agua y con cieno,
Flor sin frutos y mar lleno
Del huracan destructor.»
«Y antes que en amargo duelo
Mire su ilusion marchita
Y llegue á dudar del cielo,
Déle tu amor un consuelo
Y la fé que necesita.»

Repetimos de nuevo que es pasmosa la profusion de bellisimas ideas que se escapan de la pluma del Sr. Sanchez-Escandon.

Escena 4.^a—Precioso monólogo de Ana, en donde dicen á una el poeta y Ana:

«Muéstrate cual eres, alma;
Late feliz, corazon.»

Escena 5.^a—Ana, Tristan. Tambien los ángeles en la tierra tienen sus sufrimientos y pasan por pruebas terribles. Así como Daniel entre las llamas del horno enrojecido veia brillar las puertas de oro del paraíso, así Ana ante la presencia de Tristan, que aparece en el momento en que su corazon se iba á entregar á un éxtasis de amor feliz y aparece como

para atormentarle, así Ana, repetimos, sonríe al ver tras la repugnante figura de Tristan la amorosa aureola del amor de Cárlos. (Últimos versos, escena 5.^a, pág. 67.)

Apenas pronuncia Tristan aquellas palabras, aparece Cárlos.

Escena 6.^a—Dichos, el duque. Todos los mejores dramas de nuestro teatro abundan en estas escenas, y siempre el galán ofendido sale dando gritos de rabia, y á poco se traba un combate hasta que uno de los dos muerde el polvo, que por lo comun, merced á la munificencia del autor, es el rival del favorecido amante. El Sr. Sanchez-Escandon, que no es amigo de tajos y cuchilladas en la escena, y más que todo enemigo de lo comun y lo trivial, reviste la salida de Cárlos de cierta novedad. Lejos de lanzarse impetuosa sobre el infame Tristan y quitarle la vida, sale y dice poco á poco y con acento convulso por el furor que le domina: (Primeros versos de esta escena.)

Responde Tristan sereno y de un modo que no deja de ser original:

TRISTAN. ¿Quién os pide, señor, una respuesta?

Mil veces en esta escena quiere romper su cólera Cárlos, y mil veces cede; pero vean nuestros lectores lo sublime que está Cárlos, cuando dice Tristan que callará el secreto de los sorprendidos amores á Luis Onceno, porque adora á Ana: (Los cuatro últimos versos de la pág. 68.)

Escena 7.^a—Solos quedan los dos amantes, y Cárlos explica al espectador la causa de su aparente calma, que parece contradictoria á su carácter impetuoso, en los siguientes bellísimos versos primeros de esta escena:

ANA. ¡¡Oíste!!

CÁRLOS. ¡Sí!.... ¡y me admiro

De mi espantosa calma!

¿Qué fuerza oculta en mí, cuando te miro,

Con férreos lazos me sujeta el alma?

¡Qué altura en el estilo! Luego hablan de amor, y sucede

á la tormenta el iris de bonanza; así lo da á entender Cárlos en estos versos llenos de pasión y ternura: (Versos 2 y 3 de la pág. 70.)

Y Ana le responde, finalizando con esta expansión de un alma enamorada la presente escena:

«Cuanto en gloria te falte, así otro tanto
 Crecerá mi cariño en recompensa,
 Eclipsando esta dicha con su encanto
La gloria de los ángeles inmensa.»

Escena 8.^a—Escena en que el rey aparece. El autor consiguió engañar al espectador cuando Tristan dijo á Cárlos:

«Yo en su presencia

Nunca altanero requerí la espada.»

Por breves momentos le considera este un caballero y cree en sus palabras, que prometen á Ana no revelar nada al rey. Júzguese de su espanto al ver de repente, y cuando menos lo esperaba, á Tristan conduciendo al rey á la presencia de los dos enamorados. La astuta serpiente sorprende en el nido á las inocentes palomas, y el autor á su vez sorprende al público con un gran efecto, y como si este quisiera solazarse á su ansiedad, sale el monarca ocho versos antes de terminar la escena y dice, cuando Ana concluye de hablar, con ironía:

«Pláceme, á la verdad, tanto cariño.»

El terror embarga á los enamorados, y Ana sale á una indicación de su padre, quedando por tercera vez frente á frente los dos héroes de la obra.

Escena 9.^a—¿Conque os amais? pregunta el rey irónicamente á Cárlos. ¡Cuántos misterios encierra esta pregunta! ¿Conque es decir, que apesar de ser ambos el reverso de la medalla, estamos íntimamente enlazados? ¿Conque es decir que apesar del mútuo rencor que nos profesamos, tú amas á mi hija? Mal dicho. Cárlos no odiaba á Luis Onceno; su alma generosa no sabe odiar. Sí, le responde Cárlos con entereza. La amo; hay un ángel que te salvó en Perona, y que bate entre los dos sus transparentes alas, que realza la virtud ante

el vicio, que es el que ha desvanecido entre la luz de mis glorias las tinieblas de tus crímenes. Escena terrible es esta, hábilmente manejada por el poeta. Carlos todo lo olvida, Luis todo lo recuerda, y le dice en los primeros versos de la página 72:

«Pero si la amabas tanto
Con ese fuego que pintas.
Si ella pagaba tu afecto
Con una pasión tan viva,
¿Cómo esplicas tu conducta
Pasada? ¿Cómo la esplicas?»

y más adelante, y complaciéndose en los tormentos de Carlos, continúa en los tres últimos versos: (Pág. 72.)

Entonces Carlos le pregunta asombrado ante tanto rencor:

«¿Eres hiena, ó eres hombre?»

Magnífico pensamiento. Luis Onceno es una hiena horrible ante sus ojos, que arrastra manto de reyes y ciñe corona. En el fulgor satánico de sus pupilas, ve la mirada amorosa de su adorada Ana y lo perdona, pronunciando los versos 20, 21 y 22, pág. 73.

La hiena breves momentos vencedora se acobarda ante la noble presencia del león, y se esconde detrás de Tristan, que ha acudido á la voz de su señor. Allí el rey se considera libre de sus garras, y como si tratara de gozarse en los sufrimientos de Carlos, dice:

«Sufre..... como yo sufría.»

Creemos inútil narrar otras mil y mil bellezas en que abunda la inspirada producción del Sr. Sanchez-Escandon; pero nuestro trabajo va siendo pesado y tememos molestar la atención de nuestros lectores.

Escena 10.—Desdichado Carlos; tan generoso, tan noble, y se ve juguete del inexorable destino; bien dice el autor: su corona ducal está cubierta de espinas, y su gloria se desvanece como un fantasma del pasado. Su desesperado amor, su esperanza marchita solo se pueden olvidar entre los frios plie-

gues del sudario de la muerte. Salen Ana y la reina, y corre la escena entre estos personajes; diceles Cárlos que el rey se niega á todo y que su infelicidad es inevitable. Pero quiere darle en trance tan horrible una prueba de pasion á su adorada Ana y pronuncia:

«¡Y yo escuché sus palabras
Con calma, y de mis pupilas
No salió un rayo encendido
Que le trocara en cenizas.»

Siempre noble, siempre generoso. (Versos 9, 10, 11 y 12, pág. 75.)

Escena 11.—Escena de poco interés entre Cottier, Cárlos y Ana.

Escena 12.—Dichos, el rey del brazo de Tristan.

Luis. ¡Magníficos servidores!

Todos. ¡Ah!

Luis. No me puedo quejar.

Algo vale no ignorar

Que se vive entre traidores.

(Versos primeros de esta escena.)

Salida magistral, que deja confundido al espectador. Cuán combatida se vé la virtud. Júzguese del espanto de aquellas víctimas, míseros juguetes de la venganza de Tristan.

Cottier oye con calma su sentencia de muerte de boca del rey, la muerte más horrible que su imaginacion de hiena puede sugerirle en aquellos momentos, y como vé el lector, raya en lo ridículo. El generoso Cárlos, al sentir la voz del rey que llama á sus guardias para que se cumpla la sentencia, dice defendiéndole con su cuerpo: (Versos 20 y 1, página 78.)

Un crimen más, murmura el espectador atónito; pero no, que el autor, acudiendo siempre á los recursos de su ingenio, pone en boca de Cottier estas palabras: (4 de los 10 últimos versos, pág. 78.)

«¿No advertís, desventurado,

Que al separarnos los dos
 Quedais condenado vos
 A muerte?

EL REY (*con terror*). ¡Qué! ¡Condenado!»

Ya hemos dicho en otro lugar que nada hace temblar al criminal más que la muerte. Ante la palabra *condenado*, Luis Onceno se trueca en otro hombre. Su terror, su cobardía, su ambicion, su fanatismo y la otra vida rugen en su corazon como desbordados torrentes. Pero oigamos de nuevo al doctor: (Pág. 78.)

¡Con cuánta novedad reviste siempre el Sr. Escandon las escenas más culminantes de su obra! ¿Se acuerdan nuestros lectores del terror que embargó el espíritu del pusilánime monarca al oír de Oliveros que la torre que ante sus ojos se destacaba habia sido prision de Cárlos el Simple bajo el reinado de Heriberto? Pues bien: en esta escena el poderoso rey de Francia tiembla ante el acento pausado y sereno del doctor, y al llegar á sus oídos la palabra de que en una hora puede dejar de existir, siente en sus venas el frío glacial de la tumba y dice espantado:

«En una hora.»

En una hora voy á morir, dá entender con estas palabras. En una hora voy á dejar de ser rey, voy á perder mi corona, mi cetro, mis Estados, el oro, la vida, en fin. Cottier, que conoce el corazon del rey, prosigue: (Versos del 10 al 19, página 79.)

«¡Si tal!

Por vuestra fortuna avara
 Se os conocen en la cara
 Los estragos que hace el mal.
 Y si á separarme acierto
 Un punto..... de vuestra estancia,
 No hay remedio, Luis de Francia,
 Podeis contaros por muerto.»

¡Jesús! exclama el monarca cayendo desmayado. ¡Miseria

y vanidad! hé ahí pintado por la fecunda pluma del Sr. Escondon el tormento de un alma envuelta en los crespones oscuros y sangrientos del pecado ante la imágen de la muerte. Jesús, cuánto no indica esta palabra; es inútil comentarla, porque á la sana razon de nuestros lectores no se oculta lo que podríamos decir. Luis vuelve en sí y accede á que cumplido el luto por la muerte de Cárlos de Baujen se celebren las nupcias de los enamorados. Despide á los circunstantes, menos á Tristan, encargándole que no se aleje mucho de aquel sitio, como si temiera la amenaza de Cottier, esto es, que en una hora puede dejar de existir. El rey los ve partir; al cabo de poco tiempo vuelve á despertar la hiena sanguinaria y dice:

«Si á serme inútil un dia
Llegaras... ¡Guárdete Dios!»

Escena 13.—Tristan y el rey. La presencia de Cárlos estorba al monarca y con su favorito trama en esta escena el modo inícuo de darle muerte. Luis dice al verse solo con Tristan. *Ven*. Da un paso hácia adelante. *Más cerca*, repite el rey; Tristan se coloca á una distancia conveniente. *Aquí á mi lado*, vuelve á insistir el soberano. Vé el lector el tacto y maestría con que en esta escena, como en la del acto primero, en que se trata del crimen del esposo de Ana, toca el autor todos los resortes imaginables para que el rey y el favorito se entiendan sin esplicaciones sangrientas y enojosas, que como ya hemos dicho una y mil veces, evita el poeta. (Ultimos versos de la pág. 85 y restantes de la escena.)

TRISTAN. Pronto dejaré corriente
El asunto.

EL REY. Sin demora

Pausa: el rey despues de unos momentos de ansiedad se vuelve rápidamente hácia Tristan y le dice:

«¿Pero tú me has entendido?»

TRISTAN. Yo no sé si habré incurrido
En error (*dudando*).

LUIS. ¡Qué torpe! (*Echándole una mirada de inteligencia.*)»

Tristan le comprende, sonríe satisfecho, y dice, acariciando la espada con la mano izquierda: *Ahora*. Luis, poseído de un vértigo de alegría, exclama: ¡Bien, compadre, sin tardanza!

Escena 14.—El rey se postra á orar.

Escena 15.—Corre entre el rey y la reina. Es de poco interés.

Escena 16.—El Delfin se presenta despavorido á noticiar á su padre que los *reformistas* han dado el grito de insurrección rodeando la real morada, y que Tristan y Oliveros se aprestan á la defensa, para lo cual se vale el poeta de estos bellísimos versos puestos en boca del Delfin:

LUIS. ¿Pero qué hace mi gente?

DELFIN. Prevenidos están: ya los aceros
Blandiéndose, en la noche centellean,
Y Tristan y Oliveros
Órdenes vuestras recibir desean;
Miradlos.

Escena 17.—Dichos, Oliveros, Tristan, soldados. (Pág. 91 del 5 al 11.) Dice Luis:

«Que al punto salgan

Mis soldados; la tea flameadora,

La espada, y á matar esos rebeldes;

Mis órdenes cumplid, y no les valgan

Heréticos alardes, que la noche

De san Bartolomé tenga en la historia

Fiero recuerdo, inmarcesible gloria.»

Luis Onceno, impulsado por el fanatismo, siente remozarse su sangre helada: esto espresa el autor cuando dice: (13. 14 y 15.)

«Oliveros, Tristan. Un arma, quiero

Probar desde hoy al universo entero,

Que no ha menguado con la edad el brio.»

Y Luis Onceno empuña el arma porque dice que quiere

matar; la pide con el deseo imperioso del niño que exige un juguete, del hombre que, acosado de una enagenacion mental, quiere anegarse en un lago de sangre. El fanatismo es un trastorno de la imaginacion, es una verdadera locura del espíritu. Luis fuera de sí al oír decir á Oliveros que el arma que se le va á dar es de fuego, exclama entusiasmado: (Página 92, versos 13, 14, 15 y 16.)

«¿De fuego dices? Tráela al instante,
Que ardo en cólera ciego
De castigar con arma fulminante
Tan feroz osadía.
¡Loor á su inventor!»

No puede estar mas feliz el autor al describir los transportes de júbilo de un alma encenagada en el crimen, y mas aun deslumbrado por el más horrible de los fanatismos, por el fanatismo religioso. Llega á ser tanta la ceguedad de Luis Onceno, que se complace en contar las víctimas que caen al plomo matador de su arma mortífera; al divisar entre las tinieblas de la noche los rogizos resplandores del incendio, pronuncia: (Pág. 93, versos 10, 11 y 12.)

«Holocausto que se eleva
Y al alto cielo en nuestro nombre lleva
Una hecatombe de la causa santa.»

Escena última.—En esta escena final ordena el rey á Carlos que parta á Nancy, y dice á Tristan:

«Tú con él.

Salva su vida, Señor Dñs de los cielos;»
murmura Ana arrodillándose. Protegedle, Señor Omnipotente, exclama la madre. Carlos parte, pero teme que sea para la eternidad. Luis concluye el acto con estos versos, que explican de lleno el alma fanática del rey:

«Venga en mi auxilio la sin par fiereza
Que á tantos héroes al combate guia,
Y vuestros pies aplasten la cabeza
De la serpiente vil de la heregia.»

ACTO CUARTO.

Llegados ya al final de nuestra tarea, solo me resta examinar el acto cuarto. Este acto, que abunda en preciosas escenas, como ve el lector salpicadas de magníficos pensamientos, este acto, repetimos, es el mejor de la bellísima producción del Sr. Sanchez-Escandon, el que más merece nuestro estudio.

Escena 1.^a—La reina y Ana oran por la salud del rey. En esta escena hay un sentido coro, que se oye dentro, que infunde al espectador un estado melancólico, al par que místico, predisponiéndolo, digámoslo así, para los culminantes cuadros que á su vista se van á desarrollar. En la escena de que llevamos hablado, citamos varias cuartetos con un estilo calderoniano fluido y correcto. La delicadeza que encierran es muy notable; la ternura que respiran estos versos hace latir el corazón del hombre mas frío á las emociones del hogar. El Sr. Sanchez-Escandon es el intérprete feliz de los misterios de la familia. (Pág. 97, versos 6, 7, 8, 9, 10, 11, 12, 13, 14, 15, 16, 17, 26, 27, 28 y 29.)

Escena 2.^a—Dichos. Cottier por la izquierda. Escena accesoría al desarrollo de la obra.

Escena 3.^a—San Francisco de Paula. El Delfín. Oliveros, etc. Un enfermo agoniza, un pecador va á comparecer ante el *Tribunal de Dios*, y San Francisco de Paula, tipo evangélico, pastor del alma extraviada, aparece en la hora suprema. Felicísimo ha estado el autor en sacar á este santo personaje en momentos tan criticos. La hija, la madre, todos, en fin, se arrodillan á la presencia del venerable santo, y San Francisco dice con acento de humildad: (Pág. 100 los 8 últimos versos y los 20 primeros de la 101.)

Hasta ahora no hemos podido verdaderamente admirar la Musa del Sr. Escandon. La hemos visto juguetona en las declaraciones de amor, épica y sublime al describir una batalla, filosófica en muchos puntos, siempre tierna y amorosa en las afecciones de familia; hasta ahora no ha dejado ningun vacío en nuestra alma. Pero donde está envidiable el señor Sanchez-Escandon, es en la creacion del tipo de San Francisco de Paula. Casimira de la Vigne, ese primer poeta francés moderno, padre del romanticismo, tiene tambien un San Francisco en su Luis Onceno. Santo que lo vemos desde el principio de la obra compartir amistosamente en las conversaciones de los aldeanos, en las intrigas palaciegas; por fin, en todos los lances de su obra se presenta. No, no es esa la mision del santo, no es asi como lo comprende el señor Sanchez-Escandon en su drama *Hipócrita y Rey*. San Francisco aparece en un momento supremo, ruborizándose de los loores que se le prodigan. Sublime está el Sr. Sanchez-Escandon en las primeras palabras que habla el santo. ¡Cuánta humildad no desprende su lenguaje! Sobre todo, lo que más nos llama la atencion, es la descripcion de Dios; dice el santo:

«Que es sombra eterna y oscura.

Y es luz que nunca se apaga.»

Profunda filosofía; perdonenos el Sr. Sanchez-Escandon si nos atrevemos á comentar su pensamiento. Palabras tan elocuentes

en boca de un santo y en momentos tan sublimes, elevan el alma á Dios, truecan el teatro en un templo y coronan el éxito de la obra. Pasemos la escena 4.^a; pero antes debemos consignar que se fije bien el lector en el rey cuando dice:

«Por la virgen, por su hijo,
Decid que vais á salvarme.»

Y contesta el santo:

«A intentarlo vine aquí...
Cumplirlo... le toca á Dios;»

E insiste Luis con este bellissimo pensamiento: «Sí, pero os envia á vos para que lo hagais...» Es decir, vos que teneis poderpara resucitar á un muerto, ¿cómo no podreis dar vida á un moribundo? Luis tiembla de pavor á la idea de la muerte, y por consiguiente cree que la sola presencia del santo puede salvarle, puesto que el lector verá que dice: (Versos 13 y 14, pág. 103.)

«El que resucita á un muerto,
¿No da vida á un moribundo?
Sí, si, lo podeis hacer.»

Al rey sediente de riquezas y próximo á morir, al hombre fanático, en fin, solo puede contestar un santo, como lo hace el autor por boca de su San Francisco:

«Buena es la fé
Pero malo el fanatismo.»

Escena 5.^a—El rey. San Francisco. La confesion. Hé aquí la escena donde el génio del Ilmo. Sr. D. Manuel Sanchez-Escandon raya á una altura inesplicable. Ha revestido el poeta esta escena de tanta novedad, que solo leyéndola una y mil veces se pueden comprender las bellezas que encierra.

No obstante, nosotros cumplimos con un sagrado deber enumerando aquí todo lo que en nuestros cortos alcances merezca nuestra atencion y que de seguro no pasará desapercibido á nuestros lectores. Dice el santo con voz solemne: (Versos 7, 8 y 9, pág. 104.)

Y responde el rey: «De mucho.» Y luego como si se aver-

gonzara y tratando de llevar sus crímenes al grado mayor de hipocresía, continúa: (Versos 11, 12, 13 y 14. pág. 104.)

«Es decir, de deslices naturales...

Forzosos muchas veces...

Pero que por pecados los condena

La santa religion. ¡Los más veniales!»

El santo le exhorta á que los confiese, puesto que la misericordia de Dios es inmensa. Despues de una pausa elocuente dice Luis:

«No me atrevo.»

En fin, creeríamos inútil ir comentando palabra por palabra esta escena, siendo así que á la despejada imaginacion de nuestros lectores no se les ocultará. El rey se vá confesando poco á poco y de una manera particular, y el santo llega un momento en que, condolido de tanto y tanto crimen, dice: (Versos 5 y 6, pág. 106.)

«Del cielo el anatema soberano

Caerá sobre tu sér eternamente.»

Luis de Francia no quiere arrepentirse. Luis de Francia quiere vivir. Vivir en el brillo de su corona. Por eso pide al santo que aumente los dias de su existencia, pretension ridícula y en la cual esplica perfectamente el autor el odioso fanatismo que albergaba su espíritu. Luis pide al santo que haga un milagro, y el santo, lleno de evangélica energía, pronuncia este precioso pensamiento con que finaliza la escena:

LUIS. ¡Un milagro, señor!

SAN FRANCISCO. ¡Oh, ruin miseria!

¡Contra el alma tan fuerte,

Y tan débil despues contra la muerte!

LUIS. ¡Ay!

SAN FRANCISCO. ¡Reza, pobre loco!

¡Borra con la oracion tu enorme culpa!

Este será el remedio más seguro.

Apresurando los hechos, nos colocaremos ahora en el momento en que San Francisco confunde á los culpables, nar-

rando, como inspirado del cielo, la curiosísima historia del *diamante*, de la cual saca tanto provecho el autor. Durante el santo usa de la palabra, la escena es un *sepulcro*, cuadro soberbio, creado por la gigante fantasía del Sr. Sanchez-Escandon. No nos detenemos á enumerar sus bellezas, puesto que la narracion del santo, sublime, poética, conmovedora, profunda, filosófica, en una palabra, es uno de los más culminantes pasajes de la obra del Sr. Sanchez-Escandon. Necesario es alabar la facilidad con que el poeta sale airoso de todas las circunstancias en el éxito de la obra. La historia del diamante SANCY, en los últimos momentos del drama, no es un detalle, no es una narracion supérflua, como parece á primera vista, no; la historia narrada por el santo en tan supremos instantes, es el medio que lleva el pecador á Dios y le hace encomendar su espíritu. Así, pues, al describir el santo la agonía de Cárlos, de aquel hombre noble y generoso, triste víctima de las ambiciones bastardas de otro hombre que tambien está en el trance fatal de la muerte, se logra que Luis Onceno reconozca sus crímenes, y la religion puede prestar sus auxilios al pecador que abandonó su senda y abrirle el camino de la bienaventuranza. Citaremos aquí, para dar por terminado nuestro trabajo, los versos 3, 4, 5, 6 y 7, página 114:

SAN FRANCISCO. Pecador, teme á Dios.

LUIS.

¡Ah, mi corona! ¡Dádmela, con ella

Quiero morir, sentirla entre mis manos

Ya que no tiene fuerzas mi cabeza!

Bellísimo pensamiento, en el cual muestra el autor las miserias de este mundo, y que no admite comentaciones.

Hay un rasgo precioso, y es que en el momento en que el rey ve la corona sobre la bandeja y el Delfin la toma, el rey da un grito dominante y dice:

«¡No, no la toques, dádmela, aun es mia!

¡Pronto no lo será! ¡Suerte funesta!»

Este grito que el rey da y que quizás será el último, ¡cuánto no indica! Luis muere y el Delfin se ciñe la corona.

Réstanos, para acabar, decir que la obra del Sr. Sanchez-Escandon está llamada á formar época en la república de las letras, por sus altos fines morales, filosóficos, políticos y sociales.

F. M. y S.

43 17 Dice: Lo juro. Léase: Y el cielo os haya escuchado.

ACTO TERCERO.

66 10 Dice:
Que admira en vos la bondad y la belleza

La lectura será:

Que admira la bondad y la belleza

81 » Donde dice:

De fuego dices. Tráela al instante

Léase:

De fuego dices tú: Tráela al instante

82 » No estoy tan malo. Empeñaros
En tal me ofende.

COTT. No insisto.

LUIS. Mal hiciera.

COTT. Está visto

Que vos no quereis curaros.

ACTO PRIMERO.

Castillo de Amboise. Aposento cercano á la habitacion del Rey. A la derecha puerta que da á la capilla, á la izquierda una secreta y otra en el foro que da á una galería. Muebles de la época. Mesa con sillón á un lado. Cuadros de santos y un gran cru cifijo, colgados en la pared. Es de dia.

ESCENA PRIMERA.

Ana sentada junto á la mesa, leyendo un libro. El Delfin que sale por el foro.

- DELFIN. ¿Hermana? *(Tocándola en el hombro, ella deja el libro.)*
ANA. ¿Señor?
DELFIN. ¿Estás
 pensativa!
ANA. No por cierto.
DELFIN. ¡Oh! sí. La causa no acierto
 y tú á decírmela vas.
ANA. Nada tengo.
DELFIN. Y quizás
 fué quimérica aprension....
 Pero no; mi corazon
 me dice que el tuyo llora
 porque hace tiempo devora
 en silencio una afliccion.
ANA. Yo, ¡señor! Serán antojos
 de vuestro amor fraternal.
DELFIN. ¿Señor!.... me sienta muy mal
 ese nombre... y me da enojos!
ANA. ¡Y por qué!
DELFIN. En tus lábios rojos

- muy poco cariño espresa.
 ANA. Sois el Delfín.
 DELFIN. (*Resentido.*) Si esa,
 entre nos, intemperancia
 no cesa, ¡Ana de Francia!
 parias rindo á una princesa.
 ANA. ¡Hermano! (*Tendiéndole la mano.*)
 DELFIN. ¡Gracias á Dios
 que se cumple mi deseo!
 ¿Ves? lo de... señor... es feo,
 y poco expansivo el vos.
 Para hablar nosotros dos
 todo cumplimento es vano.
 Así, tu mano en mi mano,
 formen unidas sus palmas
 el lazo de nuestras almas
 y el contento de tu hermano.
 ANA. ¡Cuánto me quieres!
 DELFIN. Por eso
 debo saber...
 ANA. (*Aparte.*) ¡Pobre niño!
 DELFIN. Tú conoces el cariño
 vehemente que te profeso:
 ¿no es razon si me intereso
 por saber lo que hay en tí?
 ¿Qué es lo que te pasa, dí,
 cuando estás tan afligida?
 ¿Qué pesar hay en tu vida
 para entristecerte así?
 ANA. Si alguna vez el dolor
 que en mi frente se retrata
 advierte que me maltrata
 algun pesar interior,
 es nuestro padre y señor
 quien por su mala ventura
 tal tristeza me procura,
 está enfermo, hermano mio,
 y su mal lento é impío

- DELFIN. sabes que no tiene cura.
 Hoy en sus ojos severos
 se nota más la alegría.
- ANA. ¿Le has visto?
- DELFIN. En la galería.
- ANA. ¿Con quién vá?
- DELFIN. ¡Con Oliveros!
El grande, entre los barberos;
 ni un instante le abandona.
 Respétale.
- ANA. ¡Su persona
- DELFIN. tan poco respeto inspira!...
 ¡habla tan hinchado... y mira
 con una altivez burlona!...
- ANA. ¡Eres loco!
- DELFIN. Soy contrario
 de esa gente tan cruel.
 ¡Cuánta diferencia de él
 á Cárlos!
- ANA. Tu partidario.
- DELFIN. El Duque. ¡Si es necesario!...
 Mírale bien, frente á frente:
 su bizarro continente,
 su porte digno y apuesto,
 ponen ya de manifiesto
 que es generoso y valiente.
- ANA. Sí. (*Fingiendo indiferencia.*)
- DELFIN. ¡Desde que vino acá
 por los negocios de estado,
 creo ver más animado
 el sitio por donde vá!
 Luego... el castillo... años há
 se encuentra... así, tan triston!...
 ¡hay tan poca animacion,
 que creo, mi hermana amada,
 que más bien que en mi morada
 estoy en una prision!
- ANA. Perdóname si te riño,

porque es justo que hoy lo haga.
 ¿Tan poco, Cárlos, te halaga
 mi cuidadoso cariño?
 ¿Ese corazon de niño
 que late tierno en tu pecho,
 no se encuentra satisfecho
 en el amor de tu hermana,
 con el de madre?

DELFIN.

¡Ay Ana!
 que hablas con poco derecho!
 Ese puro amor que nace
 en tu corazon por mí,
 me consuela mucho, sí,
 pero no me satisface.
 Y aunque tu voz me rechace
 viendo esta duda fatal,
 te confieso por mi mal
 que por más que lo procuro...
 no me encuentro muy seguro
 del cariño maternal!

ANA

¡Tú confundes su tristeza
 con el desamor impío!
 Nunca dudes, Cárlos mio,
 con tan menguada bajeza.
 Por ley de naturaleza
 que Dios puso en este suelo,
 no hay en el mundo otro anhelo
 que al amor materno iguale;
 para saber lo que vale
 tienes que mirar al Cielo!

ESCENA II.

DICHOS. LA REINA del brazo de COTTIER, saliendo por el foro.

DELFIN.

¡Es ella! ¡mira, en su frente
 no brilla el gozo jamás!

ANA.

Oyela... y comprenderás
 cuánto por nosotros siénte.

COTTIER.

¿Os hallais bien?

REINA.

Si; el ambiente
fresco y suave del jardin
logró despejar al fin
mi negra melancolia.
Reposemos.

ANA.

¿Madre mia?

REINA.

¡Hija!

COTTIER.

Mirad, ¿y el Delfin?

REINA.

¿Carlos mio! Aquí, á mi lado
venid los dos. ¡Qué placer!
¡Si pudiérais comprender
cuánto os amo!

ANA.

¿Habeis bajado

al campo?

REINA.

Si, me ha prestado
Cottier su brazo. Está hermoso
el dia. Traspuse el foso,
y cansada del paseo
dejo mi dulce recreo
porque no me da el reposo.
¿Y os sentis bien?

DELFIN.

¿Cómo nó

REINA.

si estais conmigo, mi encanto?

DELFIN.

¿De veras... nos quereis tanto?

REINA.

¡Hijo! ¿Qué si os quiero yo?

¿Quién á dudar te obligó

de mi cariño? ¡Respondet!

ANA.

La tristeza que se esconde
en vos continúa y fatal,
juzga mi hermano que mal
con vuestro amor corresponde.

REINA.

¡Es cierto! ¡De esa manera
dudas de mi!

DELFIN.

Yo, señora...

REINA.

¡De tu madre que te adora,
Carlos, con el alma entera!
¡No mereces que te quiera,

ingrato!

DELFIN. ¡Madre, perdon!

REINA. ¡Hijo de mi corazón!

 ¡Si ahora dudas de ese modo,

 despues... dudará de todo

 tu envenenada razon!

 ¡Qué existencia de amargura

 te espera! ¡No, no, hijo cree!

 un alma falta de fé

 es una tiniebla oscura.

 Cuando la luz noble y pura

 se apaga de la creencia,

 el caos de la existencia

 sin consuelo, sin amor,

 es continuo torcedor

 que desgarrá la conciencia.

DELFIN. No, madre, dudar de vos

 no quiero desde este instante.

 Ana, de hoy en adelante

 juro creer por los dos.

REINA. ¡Gracias! ¡Vé á pedir á Dios

 perdon de tu error impío!

 Testigo de su estravío (A Ana.)

 vé de su arrepentimiento

 á serlo.

DELFIN. Voy más contento.

 Un beso. *¿(Con timidez.)*

REINA. ¡Mil, hijo mio!

ESCENA III.

LA REINA, COTTIER.

REINA. ¡Cottier!..

COTTIER. ¡Señora!..

REINA. ¡Cottier!..

 ¿Será castigo del Cielo?

 ¡Dudar mis hijos de mi!

COTTIER.

REINA.

No os desconsoléis.
 ¿Y puedo
 después de haberlos oído
 permanecer ni un momento
 tranquila? No son bastantes
 los dolores que padezco,
 que me aguardaba este último
 para desgarrarme el pecho.

COTTIER.

¡Valor! Son pruebas que Dios
 manda á todos con empeño.
 Resistidlas, que Él un día
 os dará su justo premio.

REINA.

¡Ya lo ves! Tú el confidente
 de mis pesares secretos,
 puedes apreciar por Él
 mi eterna lucha y mi esfuerzo.
 Niña aún, fui al altar;
 el hombre que era mi dueño
 no pudo inspirarme nunca
 otra áfeccion que el respeto.
 Desterrado por su padre,
 suplicó á Felipe el Bueno,
 Duque entonces de Borgoña,
 que le hospedára en su reino.
 ¡Allí por primera vez
 le ví! Los años corrieron
 hasta el día en que ocurrió
 la muerte de Cárlos sétimo.
 Yo era ya madre. Partimos
 á la Córte, y de mi suegro
 presencié triste, muy triste,
 los funerales egregios!
 Con nosotros iba Cárlos
 de Borgoña. Era un mancebo
 que empezaba á demostrar
 su carácter hechicero.
 Yo le miraba, y sentía...
 ¡no sé! una pena... un consuelo.

una cosa inexplicable,
¡pero profunda! ¡No puedo
recordarlo sin que el alma
se me desgarre aquí dentro!
Proseguid.

COTTIER.

REINA.

El rey mi esposo
con un fingido pretesto,
decretó que era preciso
estacionarme algo léjos
de la Côte; aquí ó en Loches,
con el príncipe heredero.
La soledad, la tristeza
de estos lugares, me hicieron
caer en este marasmo
con que luchó... y que no venzo!
¡En medio de mis pesares
se levantaba el recuerdo
de Carlos en mí, llenando
su imágen mi pensamiento,
como coloso gigante
que se levanta á los Cielos
vencedor en las batallas,
y tan galan como apuesto!
¡Yo embelesada al mirarle,
nunca de mi estraño afecto
pude darme cuenta! ¡Ay!
yo le amaba... ¡sin saberlo!
Seguid, señora.

COTTIER.

REINA.

Una noche
reclinada sobre el lecho,
con su imágen en el alma
y en la mente su recuerdo,
contemplaba por la angosta
ventana de mi aposento
el horizonte, preñado
de rojas nubes de fuego;
la luna entre ellas envuelta,
respétó el oscuro velo

de la noche; no brillaba
 en sus sombras ni un lucero!
 De pronto llegó á mi oído
 el galopar sordo y seco
 de un corcél que se acercaba
 cual en sus alas el viento.
 Paróse al pié del castillo,
 y tras un corto silencio,
 resonaron de un laud
 los melancólicos ecos.
 No sé qué alucinacion
 me sobrecogió un momento.
 Corrí á la ventana, el lábio
 dejó resonar un beso,
 ¡ay! ¡y casi sin sentido
 caí, sobre el pavimento!

COTTIER.

REINA.

¡Cuando volví
 á la razon, los primeros
 rayos del sol inundaban
 mi fáz con débil reflejo.
 ¡A quella rosada luz
 de la aurora... me dió miedo!
 ¡me parecía un testigo
 terrible de mis tormentos!
 Volvíme al reclinatorio,
 y de hinojos, y en el suelo
 la frente hundida, pedí
 perdon á Dios de mi yerro.
 Y Él en su bondad inmensa,
 supo otorgarme en el rezo
 un bálsamo á mis dolores,
 sino á mi remordimiento.

COTTIER.

Llorad, ¡oh reina! Esas lágrimas
 que ora en vuestros ojos veo
 son vapor del fuego oculto
 que os enciende el sufrimiento.
 ¡Llorad! cuantas más vertais,

los pesares serán ménos.
 REINA. ¡Y hoy es mayor todavía
 mi pavor! ¡Hoy bajo el techo
 mismo que yo me cobijo,
 habita Cárlos! ¡Le veo
 cerca de mí á todas horas,
 mudo, insensible, severo,
 sin que á sus ojos asome
 el indicio más pequeño
 de lo que siente!.. ¡mas ay!
 (Con un arranque fuerte.)
 ¡si á mí me basta con verlo
 para tener á mis plantas
 un abismo siempre abierto!

COTTIER. ¡No! vuestra heroica virtud
 saldrá triunfante en el fiero
 palenque que sosteneis
 contra vuestros sentimientos.
 Mostrad activa ante el mundo
 el semblante satisfecho,
 que quien lucha como vos,
 en el vencer lleva el premio.

ESCENA IV.

DICHOS. EL REY, EL DUQUE, COMINES Y OLIVEROS.

REINA. ¿Quién?.. ¡Ay!.. (Viendo á Cárlos.)
 COTTIER. ¡Por Dios, resistid!
 REINA. ¡No puedo, Cottier, no puedo!
 COTTIER. ¡Es preciso!
 REINA. ¡Sí, es preciso!
 OLIVEROS. ¿La reina aquí?
 CÁRLOS. Saludemos
 á vuestra esposa.—¿Señora?..
 REINA. Dios os guarde, caballeros. (Retirándose.)
 LUIS. ¿Os retirais de la estancia
 porque venimos?
 REINA. Al templo

me dirija, señor,
cuando asomásteis.

LUIS. Por cierto
que es injusto vayais sola.

(A Carlos.) ¿No es verdad?—¡Os falta séquito!

REINA. Para orar, la soledad
inspira recogimiento.

LUIS. No obstante, si no os enoja
mi idea, señora, os ruego
que admitais la compañía...
de Comines y Oliveros.
Servidla, señores. (*En tono seco.*)

OLIVER. COM. Vamos.

LUIS. Dad vuestro brazo á mi médico.

COTTIER. ¡Señor!..

LUIS. Id... y orad por mi.

REINA. ¡Oraré... por el bien vuestro!

(*Con intencion y mirando fijamente á su marido. Cottier la da el brazo y se van de la escena seguidos de Oliveros y Comines.*)

ESCENA V.

EL REY, el DUQUE.

CÁRLOS (*Aparte.*) ¡Pobre mártir!

LUIS. Ya al fin estamos solos.

CÁRLOS. Prueba das de valor á un enemigo.

LUIS. Poco debo temerte cuando ahora
te busco á solas para hablar contigo.

CÁRLOS. Nó, tu razon de todo previsora
conoce mi lealtad, mi fé, la fama
que adquirí y que sostengo firmemente;
por eso nada más tu voz me llama
para que hablemos solos frente á frente.
La ley del hospedage inexorable
te hace, oh Rey, á mis ojos inviolable.

LUIS. A un lado las inútiles razones
y como cumple á cada cual hablemos.

- ¿Qué decides en fin?
- CÁRLOS. Lo que propones reduce la cuestion á dos estremos. De Borgoña, Bretaña é Inglaterra, contra tí los ejércitos unidos, asolar amenazan esta tierra. ¡Guay de la Francia sí la voz de guerra resuena poderosa en sus oídos! Fieles súbditos son los borgoñones que acatan mi mandato reverentes, y á donde yo dirijo sus pendones marchan sin vacilar, como valientes. Por mis tropas París está sitiado: si avanzo un poco más en esta hazaña rompo sin ley contigo lo tratado; si retrocedo, me veré obligado á dar cuenta á Inglaterra y á Bretaña. A discutir en la contienda grave he venido no más á tu castillo: tú me propones que la guerra acabe, como el medio más pronto y más sencillo; yo accediera gustoso, mas no quiero en vida de mi padre dar el fallo; capitula con él, que es lo primero.
- LUIS. ¡Un Rey... capitular... con un vasallo!
- CÁRLOS. Modera tu carácter altanero, que no hay tanta distancia, por más que á tí el orgullo te emponzoña, del Duque de Borgoña al Rey de Francia.
- LUIS. Del Rey de Francia... al Duque de Borgoña. Conde de Charolais, buscas en vano más elevado puesto en la anarquía: el que en un tiempo se llamó tu hermano es hoy vuestro señor y soberano, mal que pese á la infame rebeldía. Griten los pueblos y romper las leyes logren al cabo con furor acerbo; yo nací hijo de reyes,

y tu rey moriré... cual tú mi siervo.
 Y bien: la guerra que el país asolá,
 nó por mí, por vosotros provocada,
 ¿no hay metio de cortar... y en una sola
 convertir nuestra causa amenazada?
 ¡Siempre eterna enemiga
 de la Francia mostróse la Inglaterra!
 Hoy, un derecho, á proclamar me obliga
 Que Borgoña... es hermana de esta tierra:
 Por eso quiere en justa, en santa liga,
 rechazar con vosotros esta guerra.
 Si una palabra tuya es lo bastante
 para acabar la lucha fratricida
 y al inglés arrogante
 reducir á la paz apetecida
 trocando en aliado al enemigo,
 ¿por qué seguir la guerra destructora?
 Piensa en lo que te digo,
 que algo busco en tu juicio... cuando ahora
 te busco á solas... para hablar contigo.

CARLOS.

Si basta de un contrato obligatorio
 el sagrado, y convienen las naciones
 en escuchar en junta promovida
 el peso justo y fiel de tus razones...

LUIS.

Eso...

CÁRLOS.

Mi voz entonces te convida
 á una sesion solemne
 donde puede quedar la causa indemne.

LUIS.

No sabes gobernar. Ya habrá otro medio
 ménos ruidoso...

CÁRLOS.

No tan oportuno.
 En tu mano está el único remedio
 que puedes aceptar. Ese... ó ninguno.

(Con entera decision.)

LUIS.

¡Si es tan preciso... bien!

CÁRLOS.

¿Lo has decidido?

LUIS.

Si.

CARLOS.

Pues mañana del castillo parto.

- LUIS. No debe un solo instante ser perdido.
El Monarca español Enrique IV
está en el Vidasoa: allí me espera
para conferenciar; iré al instante:
mi entrevista con él será ligera...
Y en seguida la nuestra.
- CÁRLOS. Un enviado
te advertirá el lugar que designemos,
cuando quede pactado.
- LUIS. Le espero. Adios.
- CÁRLOS. Adios.
- LUIS. (*Aparte y yendo al foro.*) ¡Si este mancebo
fuera ménos altivo... y más prudente!...
¡Cuanto en malicia y reflexion le llevo,
me aventaja en fogoso... é insolente! (*Váse.*)

ESCENA VI.

EL DUQUE solo.

¡Mezquino corazon! ¡Cuánta vileza
escondes en tu seno impenetrable!
¡Debajo de esa *hipócrita corteza*,
qué alma se alberga, fria y miserable!
Me guardaré de tí. Si tu venganza
me persigue sin tregua, como espero,
sabré burlar discreto la asechanza
con que me cerque tu furor artero.
—¡Misterios son que á comprender no alcanza
la mezquina razon, y mal infiero
cómo de un ser abyecto de alma impura,
nace otro ser de cándida dulzura!
¡Ana! ¡flor cuyo cáliz purpurino
guarda el aroma santo del consuelo!
¡Manantial, cuyo espejo cristalino
refleja en torno la bondad del cielo!
¿Será que Dios en su bondad eterna
en su justicia santa é infinita,

sobre tu frente la bondad alterna
 que al alma impura de tu padre quita?
 ¡Sí; que en sus altos y sagrados fines,
 quiere que por su inmenso poderío,
 forme el mismo Satán los serafines,
renazca la virtud, del vicio impío;
 á cuanto alienta con torpezas ruines
 mostrarle su impotencia y desvarío,
 y convertir sus armas destructoras
 en armas de los séres salvadoras!

ESCENA VII.

EL DUQUE, ANA.

ANA. ¡El Duque!
 CÁRLOS. ¡Es ella!
 ANA. (*Retirándose.*) Perdonad...
 CÁRLOS. Señora,
 no os alejéis: la mano del destino,
 que frente á frente nos coloca ahora,
 acaba de mostrarse en mi camino.
 ANA. Yo no os debo escuchar.
 CÁRLOS. En mi presencia,
 ¿qué teméis?
 ANA. Perdonad... pero no puedo.
 CÁRLOS. No tendreis muy segura la conciencia
 cuando mis frases esquivais con miedo.
 ANA. ¡Aquí estoy! ¿Qué quereis? (*Con resolucion.*)
 CÁRLOS. (*Despues de una pausa.*) ¿Cuánto es hermosa!
 ¡Tan bella como ingrata la hizo el cielo!
 Tumba callada donde el bien reposa
 que yo soñaba con ferviente anhelo,
 ¡y hoy no me es dable quebrantar la losa!
 ANA. ¿Qué me quereis? Decid.
 CÁRLOS. Pediros cuenta
 de una vida dichosa de ventura
 que á vos el alma os confió contenta,
 y que habeis entregado á la amargura.

- ANA. Dejadme. (*Retirándose.*)
- CÁRLOS. ¡Nó! Primero que la estancia
abandoneis que mi querella ha oido,
quiero saber de vos, Ana de Francia,
la causa que motiva vuestro olvido.
- ANA. Vos lo habeis dicho; vuestras mismas frases
me apoyan. Soy mujer... ¡y soy princesa!
- CÁRLOS. ¿Y bastó esa razon á que dejases
olvidados tu amor y tu promesa?
- ANA. Niña, sin voluntad, hija de reyes,
un noble de blason pidió mi mano,
y obedecí para cumplir las leyes,
á mi padre... á la par que al soberano.
De Pedro de Borbon me llamo esposa,
nó por mi voluntad; porque Dios quiso
que fuera así. ¡La lucha fué horrorosa!...
Pero al fin... sucumbir era preciso.
- CÁRLOS. ¿Y cómo cede el corazon amante?
- ANA. ¿Qué debí hacer?
- CÁRLOS. En resistencia fuerte
luchar sin decaer... ni un solo instante,
contra el azar de la contraria suerte.
- ANA. ¡Y de qué me sirviera, ¡ay de mí triste!
tiene mi padre el corazon de roca.
- CÁRLOS. Cuando con fé la voluntad resiste,
¿qué fuerza... arranca un sí de nuestra boca?
(*Con toda la fuerza que el actor pueda darle.*)

ESCENA VIII.

Dichos: LA REINA que ha aparecido momentos antes.

- ANA. ¡Me ultrajas!... haces bien. Quizás he sido
débil é ingrata al entregar mi mano.
- REINA. ¿Qué dice? (*En el foro y aparte.*)
- CÁRLOS. ¡Lloras?...
- ANA. ¡Por mi bien perdido
que para siempre huyó!
- REINA. ¡Dios soberano!

- ¿Es cierto lo que he oído?
- CARLOS. ¡Lloras! Luego es verdad; luego aun alienta en tu pecho el amor que me juraste... ¡luego... aun me amas!
- ANA. (Rechazándole.) ¡Cárlas!
- CARLOS. ¡Qué mal sienta en tu rostro el desvío! ¡Vuelve hácia mí tus ojos, amor mio!
- ANA. ¡No puedo más! (Desesperada.)
- CARLOS. ¡Mi vida!.. ¡mi alegría!.. ¿me amas? habla por fin... ¡calma mi anhelo! (Con un grito desesperado.)
- ANA. ¡Sálvame de este abismo, madre mia!
- REINA. ¡Cárlas! (En voz fuerte y bajando.)
- CARLOS. La Reina... ¡Maldicion del cielo!
- ANA. ¡Gracias, Señor! (Alzando las manos al cielo.) (Pausa.)
- REINA. ¿Qué es esto? ¿Por qué inclináis la frente avergonzada? ¿qué pone ese rubor de manifiesto? Una mujer honrada... un noble borgoñon... ¡un caballero! ¿por qué temblando esquivan la mirada de una dama... una madre?—¡Ah! ¡mal conviene tanta nobleza con tan torpe hazaña! ¡Quien respetos no tiene para el ajeno honor... el suyo empaña! No es tanta nuestra culpa. Soy honrado... y ella honrada es tambien.
- CARLOS. ¡Sí, madre mia!
- ANA. ¿Pensáis que lo he dudado!
- REINA. Pues si tal no creyera..., desdichado, ¡aquí mi indignacion la mataría!
- ANA. ¡Ah, madre!...
- REINA. Pero basta solamente decir... «¡Yo no he faltado!...» ¡Nó! para estar en su deber segura, para que una mujer alce su frente...

¡hasta en el pensamiento ha de ser pura!
 Y el que ha nacido noble y caballero,
 si quiere limpia conservar su fama;
 debe morir.... primero
 que atentar á la honra de una dama.

CARLOS. Mis disculpas rediman el delito.

REINA. ¿Y qué disculpas vuestra accion redimen?

CARLOS. Oid, señora, al pecador contrito...
 que quiere confesar todo su crimen.

REINA. Hablad.

CARLOS. Bajo el influjo
 de mi ardor belicoso, en mi primera
 edad, la suerte á batallar me indujo...
 y así cruzó mi juventud entera.
 Hombre ya, no tenia
 del amor otra idea en mi memoria...
 que la del ciego por la luz del dia.
 Para mí no existia
 más fé ni más amor... que el de la gloria.
 De vuelta de un combate sanguinario,
 donde arrollando á la enemiga tropa
 el renombre adquiri de Temerario
 por los anchos confines de la Europa,
 á vuestra córte fui. ¡Pluguera al cielo
 que antes de haber pisado aquella tierra,
 rendido hubiese en el sangriento suelo
 la vida, por despojo de la guerra!
 Allí ví á vuestra hija. Como el niño
 adora la ilusion que le fascina,
 yo la adoré... con férvido cariño,
 sin resto alguno de pasion mezquina.
 Ella, abriendo su pecho á la bonanza,
 era libre... y me amó. Yo enagenado,
 partí lleno de amor y de esperanza
 á cumplir mis deberes de soldado.
 ¡Ay! ¡no bien lejos me encontré, señora,
 una bárbara ley de nacimiento
 con mano impía la obligó traidora

á romper su sagrado juramento.
 Volví á verla más tarde: mis enojos
 temiendo fueran de su honor agravios,
 ni una mirada sorprendió en mis ojos,
 ni una palabra se escapó á mis lábios!
 ¿Es verdad?

ANA.

Es verdad. (*Bajando la cabeza.*)

REINA.

Seguid.

CARLOS.

¡Ardiente

creció el volcan que mi alma devoraba!
 Tres años he luchado horriblemente...
 ¡y mi lucha continua no se acaba!
 ¡La amo! Su imágen nunca me abandona,
 y por romper de su coyunda el yugo
 diera mi ser, mi vida... ¡mi corona!
 ¡me hiciera esclavo, apóstata... y verdugo!
 Llevado del amor que me devora,
 se alucinó un momento mi conciencia;
 iba á ser débil... tú viniste... ahora,
 todo lo sabes; dicta mi sentencia. (*Pausa.*)

REINA.

¡No por amar á la que hija lloro
 es justo, Carlos, que te dé castigo!
 Parte de aquí, respeta su decoro...
 ¡ay!... ¡y mi bendición... vaya contigo!

CARLOS.

¡Gracias! ¡oh, gracias!...

ANA.

(*Echándose á sus brazos.*) ¡Madre!...

REINA.

¡Hija querida!

(*Aparte.*) Señor Dios de bondad, ¿estás contento?

CARLOS.

¡He desgarrado mi profunda herida;
 mas ha encontrado un bálsamo en su acento!
 Mañana mismo al despuntar la aurora
 partiré del castillo: el sol naciente
 lejos de aquí me alumbrará, señora,
 ¡y el cielo me dé fuerza suficiente
 para calmar la pena que devora!
 —Ana... ¡hasta nunca!

ANA.

(*A media voz.*) ¡Adios!

CARLOS.

(*Ya en el foro.*) (*Aparte.*) Alma mezquina,

esclava del amor y de sus lazos!
 si no puedes salvarte de tu ruina,
 si has de sufrir así... ¡salta en pedazos! (Váse.)

ESCENA IX.

La REINA, ANA.

ANA. ¡Ya partió!

REINA. ¡Tanto le quieres!

ANA. ¡Tanto... que no cabe en mí!
 Si vos no llegais aquí;
 olvidando mis deberes,
 sin fuerzas ya, sin valor...
 —lo confieso arrepentida:—
 perdido hubiese... la vida,
 en este trance de amor.

REINA. ¡Ana!... Esa debilidad
 nunca fué digna de tí.
 ¿De qué entonces sirve, dí,
 la fuerza de voluntad?
 ¡Amor! Palabra fatal,
 arrojada del Eden,
 que nacida para el bien
 á veces convierte en mal.
 ¡Ella la desdicha labra
 de muchas tristes que gimen;
 el primer paso hácia el crimen...
 puede ser esa palabra!
 Huye su oculta atraccion,
 que así te persigue impía:
 todo se alcanza, hija mía,
 con firme resolucion.

ANA. ¡Harto luché y resisti!
 Con desesperado anhelo,
 mis preces alzando al cielo,
 fuerzas á Dios le pedí.
 En mi oracion fervorosa,
 cuando cobraba esperanza,

lejana allá en lontananza
 una sombra luminosa
 mi ardiente imaginación
 ver dibujarse creía,
 cuya presencia traía
 alivio á mi corazón.
 ¡Y en vano esquivar pretendo
 la mirada penetrante
 de aquella imagen amante
 que tenáz me vá siguiendo!
 De Dios entonces imploro
 la ayuda... mas por respuesta,
 sólo la sombra contesta:
 «Ana... soy Carlos... ¡te imploro!»
 ¡Y en esta desolación
 toda mi fuerza se agota,
 y un mar de lágrimas brota
 del fondo del corazón!
 Y esto un día... un mes... un año...
 por donde quiero que voy
 siempre me dice: ¡aquí estoy!
 ¡Calla! ¡calla! ¡me haces daño!
 Si comprendéis mi dolor,
 ¿cómo quereis, madre mía,
 que esquive más todavía
 la violencia de este amor?
 ¡Fácil es aconsejar
 á quien tranquilo se halla;
 la que como yo batalla,
 esa... no puede olvidar!
 ¡Niña!.. ¡pensaste quizás
 que eres solo tú la triste
 que así sufre!.. ¡nó! ¡aun existe
 quien calla... y padece más!
 ¡Más aún!
 ¡Sí! La pasión
 que tu sentimiento guía
 encendió la fantasía

REINA.

ANA.

REINA.

ANA.

REINA.

primero que el corazón.
 ¡Pero ay de aquella que siente
 un amor que nace artero
 en el corazón primero...
 y turba después la mente!
 ¡Tormento desgarrador...
 pero intenso, oculto, ardiente,
 que consume lentamente,
 con incansable rigor!
 ¡Ah! ¡por mucho que encareces
 tus dolores, aún no sabes
 que hay otros... mucho más graves,
 hija, que los que padeces!
 ¡Madre mía! (*Abrazándola.*)
 ¡Desdichada!
 ¡lloras? ¡llanto singular!
 ¿De qué tiene que llorar
 la mujer... *cuando es honrada?*
 Alza la frente serena,
 seca el llanto que en tí corre...
 No hay pesar que no se borre
 ante el placer de ser buena.
 Mirame yo, que lo soy,
 con mi corazón altivo,
 ya ves qué orgullosa vivo...
 ¡ya ves... qué tranquila estoy!

ANA.
 REINA.

ESCENA X.

DICHAS. EL REY.

LUIS.
 LAS DOS.
 LUIS.

¿Ana?
 ¡El rey! (*Estremeciéndose.*)
 En busca vuestra
 va recorriendo el jardín
 para hallaros, el Delfín.
 No es bueno que su maestra
 le abandone ni un instante.

ANA. ¡Es un niño! Id enseguida.
 Al punto. (*Aparte.*) ¡Alma mia, olvida!
 REINA. ¡Calla, corazon amante! (*Aparte.*)

ESCENA XI.

EL REY y LA REINA.

LUIS. ¡Es singular! ¿no advertís
 la tristeza pertináz
 que se revela en la faz
 de la princesa?

REINA. (*Con ironía.*) ¿Sentís
 verla... de ese modo?

LUIS. Creo
 que algun pesar interior
 la aflige... y de su dolor
 saber la causa deseo.

REINA. Débil, no sabe ocultar
 su inclinacion. La morada
 solitaria y apartada
 que nos haceis habitar,
 engendra en su corazon
 la triste melancolía. (*Pausa.*)

LUIS. Raya, señora, en manía,
 vuestra incauta obstinacion...
 Os cansa ver estos muros,
 y de ellos salir quereis,
 prestando que teneis
 precision de aires más puros.
 Accedo á lo que pedís,
 y cuando en Loches os alojo,
 contestais... que vuestro antojo
 era volver á París!
 Pretension inesperada
 que mucho me maravilla,
 cuando sabeis que la Villa
 hace tiempo está sitiada.

Si el ejército agresor
asaltase la muralla,
¿quereis vos de una batalla
esponeros al furor?

Evitarlo es mi deber,
y... á lo ménos por ahora...
de este castillo, señora,
que salgais no puede ser.

REINA. ¡Y he de verme siempre aquí.
encerrada, prisionera,
porque mi marido quiera
tenerme léjos de sí!
Injusticia tan odiosa
sufrir en calma no puedo.
¿Es, señor, que os causo miedo...
ó que odiais á vuestra esposa?

LUIS. ¡Señora!

REINA. Tengo razon
para hablaros de esta suerte.
¡Este castillo es un fuerte
que me sirve de prision!...

LUIS. Si para acatar mi ley
hoy vuestro orgullo ofendido
no da obediencia al marido...
¡os lo mando como rey!
¡Vuestra rebelde jactancia
ninguna razon apoya,
la duquesa de Saboya...
es mujer del rey de Francia!

REINA. ¡Es verdad!

LUIS. ¡Sin exhalar
reproche alguno su boca,
ante su señor... le toca
obedecer... y callar!
Ahora salios de aquí;
me estorba vuestra presencia.

REINA. (Tranquila está mi conciencia...
¡Dios me la conserve así!) (Váse.)

ESCENA XII.

EL REY y á poco TRISTAN.

- LUIS. ¿Rebelion?.. poco á fé mia
me conoce esa mujer...
y es raro... ¿Se quiere ver
más sujeta todavía? (*Golpes en la puerta secreta.*)
Es Tristan. (*Observa la escena y abre á Tristan.*)
¿Cuándo has llegado?
- TRISTAN. Hace rato.
- LUIS. ¿Quién estaba
aquí cuando tú viniste?
- TRISTAN. El Duque.
- LUIS. ¿Solo?
- TRISTAN. Sí.
- LUIS. Habla.
¿Qué nuevas hay?
- TRISTAN. Los liejeses,
llenos de impaciencia, aguardan
orden vuestra para dar
fin á la tregua.
- LUIS. Ni hay causa...
ni fuera cuerdo romper
las hostilidades.
- TRISTAN. Traman
apoderarse de Tongres
en la primera jornada.
- LUIS. Es que... Cárlos de Borgoña
manda las fuerzas contrarias,
y si se enoja... mi buen
pariente... temo que haga...
una de las suyas.
- TRISTAN. Bien,
pero si antes... se le aplaca...
no hay que temerle.
- LUIS. ¿Y qué medio

se puede emplear? Cuando haya
alguno... yo no lo veo.

TRISTAN.

Se busca...

LUIS.

Cómo...

TRISTAN.

Y se halla. (*Pausa.*)

LUIS.

Espícate, pero pronto...
y con claridad.

TRISTAN.

¿Lo manda...

mi rey?

LUIS.

Sí. ¿Qué ocurre? ¡Vamos!

TRISTAN.

Señor, la princesa Ana,
vuestra hija, está hace tiempo
locamente enamorada
de Cárlos el de Borgoña.

LUIS.

¡¡Qué dices!!

TRISTAN.

¡La verdad franca

como pedís!

LUIS.

¿Quién te ha dicho?...

TRISTAN.

Ella misma, en esta sala,
hace media hora. Creyóse
tal vez... no ser escuchada...
y hablando con él á solas
me abrió sin pensarlo el alma.

LUIS.

¿Y... él?

TRISTAN.

El la adora, hasta el punto
que ha jurado aquí en voz alta
que por llamarla su esposa,
diera su vida... su alma...
¡su corona!..

LUIS.

¡¡Su corona!!..

Tal vez con esas palabras
pretende el vil seducir
á la princesa!..

TRISTAN.

No; la ama

con un cariño inocente,
pero profundo; que data
de tres años á esta fecha.

LUIS.

¡Antes de que se casara!..

TRISTAN. Antes.

LUIS. ¡Ya! Pero tratábamos
de la guerra.

TRISTAN. Sí.

LUIS. Pensabas
que era prudente... seguir
otra vez esta campaña.

TRISTAN. Sí.

LUIS. Mandar á los de Lieja...

TRISTAN. Tropas capitaneadas
por el señor de Baujen...
jefe ilustre de la casa
de Borbon... ¡y yerno vuestro!

LUIS. ¡Ya!...

TRISTAN. Si en la accion empeñada
contra Borgoña... ¿quién sabe?
¡la suerte inconstante y vária
le destinaba... á morir
á los golpes de una lanza...
enemiga!..

LUIS. ¡Pues!

TRISTAN. Entonces...
libre la princesa...

LUIS. Falta
que si... *por casualidad*...
sucudiese lo que acabas
de... vaticinar, me fuera
conveniente, á la demanda
acceder del de Borgoña.
Hacer entrar en mi casa...
en mi familia... á ese hombre
turbulento...

TRISTAN. No llegaba
mi intencion hasta ese estremo.
Con darles una esperanza...
él los medios buscaria
de terminar esta infausta
contienda... que tantos duelos

cuesta á las lises de Francia!..
 y vuestra hija, ya libre
 de un esposo... á quien no ama,
 se vería más feliz
 de lo que es hoy por desgracia.

LUIS.

¡Es verdad!

TRISTAN.

¡Era un bien grande
 señor, para nuestra pátria...
 y para vuestra familia!

(El rey se encoge de hombros como dudoso.)

¡por ser tan útil la hazaña,
 debe complacer á Dios!

LUIS.

Lo meditaré... con calma.

¿No hay más nuevas?

TRISTAN.

Ninguna más por ahora.

LUIS.

¡Bastantes son! El buen Cárlos

de Borgoña!.. ¡mi hija Ana!..

¡y él, que diera... su corona...

por ella!.. *(Seña de asentimiento de Tristan.)*

¡Necio!.. ¡quién lanza

promesa de tal especie...

sino un loco!

TRISTAN

A tanto raya

su amor...

LUIS.

El amor es tonto,

y en intrigas cortesanas

los tontos son escalones

por donde suben y bajan

los discretos.—¡Pobre Pedro

de Borbon! ¡Qué suerte infáusta

le espera... si se realiza

tu vaticinio!—¿Da lástima

verdad? ¡Un hombre valiente,

leal!..

TRISTAN.

¿Pero quién repara

en un hombre... cuando un pueblo

entero... muriendo salva?

LUIS.

¡Es verdad!—*Voy á rezar;*

la oracion da fuerza al alma
y refresca el pensamiento.
Espérame aqui, no salgas...
para nada... del castillo.

TRISTAN.

Está bien.

(Dando un paso atras. El rey se dirige á la izquierda.)

LUIS.

(Si no me engañan

mis cálculos... y Dios quiere
protejerme en la demanda,
antes de un mes, la Borgoña
pertenece al rey de Francia.)

(Entra en la capilla y baja el telon.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

Palacio de Perona. Sala del Consejo adornada para la ceremonia, escaños, un reclinatorio con un crucifijo grande y una imágen de San Ló.—Puerta al foro y á los lados en primer término.—Ventana en segundo término derecha.—Es de día.

ESCENA PRIMERA.

OLIVEROS, CAMPOBASSO, ENRIQUE, BORGÑOONES.

OLIVEROS. Quien manda, manda, señores.

Esta ley es enojosa
al que obedece por fuerza;
nunca al que mandar le toca.

CAMPOBASSO. Eso es verdad.

OLIVEROS.

Por lo tanto,
venturoso del que logra,
habiendo nacido súbdito,
un puesto que le coloca
á la altura del que manda.
¿No es así?

(A Campobasso yéndose á pasear por la escena con él. Enrique y los Borgoñones quedan en el foro.)

CAMPOBASSO.

Razon que os sobra
teneis; mas vuestra razon
es á veces peligrosa.
Pies de plomo son preciso
en ocasiones no pocas
para seguir sin tropiezos

por esa senda de gloria.
 Cruzamos un tiempo, amigo,
 en que al punto que zozobra
 la nave de nuestra suerte,
 queda convertida... en horca!

OLIVEROS. No; quien como yo confia
 en su suerte protectora...

CAMPOBASSO. La suerte, como mujer,
 es voluble.

OLIVEROS. Quien os oiga
 espresaros de tal modo,
 juzgará por vuestras propias
 palabras, que fué Fortuna
 con vos poco generosa.

CAMP. BASSO. No puedo de sus favores
 quejarme; pero aunque pródiga
 conmigo se haya mostrado,
 debo sostener que es loca.
 Nada como los combates
 enseña al hombre la historia
 de sus continuos vaivenes,
 sus desaires... y la poca
 fé que se debe tener
 en su rueda veleidosa.

OLIVEROS. Hasta ahí no llego. Jamás
 conocí, si no teórica
 mente, los lances de guerra.
 El ingenio y la lisonja,
 armas ciertas y terribles
 en la diplomacia sorda,
 me elevaron á este rango,
 dejándome de la forma
 que veis; hecho un caballero.

CAMPOBASSO. Mucho os distingue y os honra
 esa cruz de San Miguel.

OLIVEROS. Por mi consejo creóla
 el Rey. Era natural
 que adornase mi persona.

CAMPOBASSO. ¿Por vuestro consejo?

OLIVEROS. Si!

Buscando andaba una cosa
con que dominar sin ruido
á... varias gentes indómitas.
Creó esta órden: en ella,
condicion obligatoria
hace que para su brillo,
quien se cruce reconozca
por absoluto señor
en palabras como en obras
á su jefe... y ese jefe
es el Rey de Francia.

CAMPOBASSO. Ahora

comprendo.....

OLIVEROS. Si comprendéis,

cerrad amigo la boca,
que esta razon es... como antes
me dijisteis, peligrosa.

CAMPOBASSO. Es verdad.

OLIVEROS. Y permitid

que vaya, si no os enoja.
al cuarto del Rey. Me espera,
y sabéis que le incomoda
esperar.

CAMPOBASSO. Ya no os detengo.

OLIVEROS. A Dios pues.

CAMPOBASSO. Id en buen hora.

ESCENA II.

DICHOS, menos OLIVEROS.

ENRIQUE. ¿Sois amigo suyo? (*Acercándose con los Borgoñones.*)

CAMPOBASSO. Soilo

de todo aquel que me otorga
su amistad.

ENRIQUE. Hay amistades,

- CAMPBASSO. Campobasso, que desdoran.
El que obra bien, solamente,
no compromete su honra.
- ENRIQUE. Y decidme; ¿qué opinais
de la magnífica escolta
con que el señor Rey de Francia
se ha presentado en Perona?
- CAMPBASSO. Opino que á un Soberano
debe parecerle corta.
- ENRIQUE. Recelos inspira el Rey;
siempre fué malo é hipócrita.
- CAMP. BASSO. Os advierto que su estancia
es esa. Que no nos oiga.

ESCENA III.

DICHOS, COMINES, que ha oído los últimos versos.

- COMINES. Prudente ha sido el consejo.
Observado, que os importa.
Y porque seguir podais
en esa murmuradora
plática que sosteniais,
id á otra estancia más propia
para hablar de estos asuntos,
donde las paredes sordas
no puedan llevar el eco
de vuestra voz á las otras.
- CAMPBASSO. Decis bien. Vamos de aquí.
- COMINES. Sí, sí, marchad sin demora;
y cuidado de las palabras,
que á veces estan de sobra.

(Los acompaña hasta la puerta y cuando está solo, vá á llamar
á la del Rey.)*

ESCENA IV.

COMINES, el REY, OLIVEROS.

COMINES. ¿Señor? (*Llamando.*)
 LUIS. (*Saliendo.*) Comines. ¿Qué nuevas
 me traes?

COMINES. Falta media hora
 escasa para que vengan
 al Consejo, y ya están prontas
 á llegar las dignidades
 que han de celebrarlo.

LUIS. Acorta
 las razones. Todo eso
 ya lo sabia.

COMINES. Aun ignora
 vuestra Alteza, sin embargo,
 la resolucion que toman
 todos ellos, decididos
 á no ceder ni una sola
 de sus condiciones.

LUIS. ¡Ah!
 Condiciones... onerosas
 ¿tal vez?

COMINES. ¡Tal vez!

LUIS. Si son tales
 que el brillo de mi corona
 pueden empañar...

COMINES. No tanto.

LUIS. Entonces... si no desdoran
 mi dignidad... es muy fácil
 concederlas. (*Con hipocresía.*)

COMINES. Hay entre otras
 muchas, la de que jureis
 por la cruz de la Victoria,
 imponer á vuestros súbditos
 obediencia á la persona

del Duque y á sus Estados.
LUIS. No hallo nada que se oponga.
COMINES. Que entre Cárlos de Guiena, vuestro hermano y vos, se rompa el tratado que le obliga á entregaros como propias las tierras y fortalezas de Normandia.

LUIS. Si importa tanto á su interés.... ¿Hay más?
COMINES. Que saqueis á vuestra esposa del solitario castillo donde há tanto tiempo mora, y que habite junto á vos en la córte; ó si os estorba su presencia en vuestro reino, la hagais volver á Saboya, junto á su padre.

LUIS. Eso fuera indisponerme con Roma.
COMINES. No os queda, pues, otro medio que uniros con ella.

LUIS. Y osan en asuntos de familia...
COMINES. La dignidad de Carlota, reina de Francia, les mueve á poner como forzosa esta condicion.

LUIS. Veremos.
COMINES. Meditadlo bien. Heróica decision necesitais, pero ceder os importa.

LUIS. Mi consejo vá conmigo. Por lo tanto son ociosas esas palabras. Suprímelas.
COMINES. Si tampoco os acomodan, las retiro... Ya os previne y me voy.

LUIS. Cuando dispongan
la Junta, pronto me tienen.
COMINES. Está bien.
LUIS. Vete en buen hora.

ESCENA V.

EL REY, OLIVEROS.

LUIS. Sigue.
OLIVEROS. Hablé con Campobasso.

Es hombre de corazon,
pero de poca instruccion
y de ingenio muy escaso.
Le marqué indirectamente
las ventajas que obtendria
si con nosotros se unia...
y me escuchó indiferente.
¿Con orgullo?

LUIS.

OLIVEROS.

Nó, señor:
pero sí con desenfado.
Aprecia, como soldado,
más que su vida, su honor.
A Carlos pleito homenaje
prestó para esta contienda,
y no es factible que venda
á quien juró vasallage.

LUIS.

¡Bah! Si le ofreces más
de lo que tiene, sucumbe.
No hay lealtad que no derrumbe
una dádiva.

OLIVEROS.

Quizás.

LUIS.

Es así. Todo consiste
en ser el ofrecimiento
mayor: si queda contento
de la oferta, no resiste.
Vuelve á hablarle.

OLIVEROS.

Volveré.

- LUIS. Con resolucion entera;
y ofrécele... cuanto quiera.
- OLIVEROS. ¿Cuanto quiera?
- LUIS. (*Encogiendo los hombros.*) Sí.
- OLIVEROS. Lo haré.
Despues... cuando el dia llegue
de cumplir... será preciso
salir de este compromiso...
- LUIS. Lo que importa, es que se entregue.
Despues... ¡Dios dirá!
- (*Echando una mirada al cinturon de Oliveros, y retirándose á la
ventana donde se asoma.*)
- OLIVEROS. (*Sonriendo y acariciando el puñal.*) Eso es cierto,
Señor: de mi cuenta corre. (*Pausa.*)
- LUIS. ¿Qué torre es esa? (*Mirando al campo.*)
- OLIVEROS. La torre
célebre donde Heriberto,
el Conde' de Vermandois,
á Cárlos el Simple puso
prisionero.
- LUIS. Aunque confuso,
se distingue desde acá
el edificio sombrío.
- OLIVEROS. Media bien poca distancia.
- LUIS. ¡Allí murió un rey de Francia!
¡Allí un ascendiente mio
perdió su vida y corona
por la traicion detestable
de un vasallo miserable!...
- ¡Y está cerca de Perona (*Estremeciéndose.*)
esa fortaleza; ¡mira!...
- OLIVEROS. Si en verdad; corto es el trecho.
- LUIS. Cuando lo pienso... en el pecho
salta el corazon... ¡de ira!
¡Allí, en oscuro aposento,
el señor, el soberano...
prisionero por la mano
de un vasallo turbulento!

—Virgen de Ebrun poderosa
cuya memoria bendigo;
ayudadme, séd connigo
en esta lucha enojosa.

—Me infunde cierto terror...

¡Cierta rábía! (*Fijando la vista en Oliveros que al oír
la palabra terror le ha mirado con estrañeza.*)

OLIVEROS. Desechad...

LUIS. ¡Y hablabas de la lealtad
de un vasallo á su señor!...

¡La lealtad!... ¡Falta que exista
en el mundo! Mira... allí...

¡Si me sucediera á mí!...

Sí... Vámonos; esa vista

me descompone. (*Apartándose de la ventana.*)

UN PAGE. (*Anunciando.*) ¡El Consejo!

LUIS. ¡Al fin!—Dios mio, inspiradme
en mis dudas... ¡y ayudadme!—

—Ponte á mi lado. (*A Oliveros.*)

OLIVEROS. No os dejo.

ESCENA VI.

DICHOS, EL DUQUE CÁRLOS, CAMPOBASSO, HENRIQUE, dignatarios de Borgoña, Inglaterra y Bretaña; prelados, nobles y caballeros franceses. Pages en el fondo y escuderos.

CÁRLOS. ¡Salud, rey de Francia!

LUIS. Seais bien venidos,
los dignos prohombres de ajena nacion.

CARLOS. En junta solemne nos ves reunidos
tu gusto cumpliendo cual era razon.

LUIS. Hablad pues.

CARLOS. En nombre de Dios, de Inglaterra,
Bretaña y Borgoña, que envian á vos
las altas personas honor de su tierra,
mi voz os dirijo por ellas y nós.

Yo, Príncipe augusto; yo, grande entre grandes;

- yo, Duque de Gueldres, Lorena, Limburgo, Brabante y Borgoña; yo, Conde de Flandes; Señor de la Frisia, de Artois y Luxemburgo; me quejo en justicia de vos, Rey de Francia. Los súbditos vuestros, cual gentes falaces, sin fé, sin respetos, con torpe arrogancia, asaltan mis tierras, quebrantan sus paces.
- LUIS. No soy responsable. Por hechos ajenos ¿qué culpas, qué cargos me pueden hacer?
- CÁRLOS. Si vos no lo hicisteis, debiérakis al ménos tratar de evitarlo: teneis el poder.
- LUIS. Si es esa la causa que os tiene ofendido, sereis satisfecho y el mal cesará. Pero... y si el mandato no fuese cumplido, ¿será culpa mia?
- CÁRLOS. Tal vez lo será.
- LUIS. ¿Por qué?
- CÁRLOS. Siempre fuisteis la causa indirecta del daño que Francia buscó para mí.
- LUIS. Medid vuestras frases.
- CÁRLOS. Medida es bien recta en nombre de todos hablaros así. Si hallais que no es cierto, las obras lo digan: poned á esos nobles por freno el rigor, y al ver que sus hechos las leyes castigan, caerá confundido su ciego rencor.
- LUIS. Haré un escarmiento.
- CÁRLOS. No basta, es preciso que aquí y ante todos, si sois justo rey, firmeis un tratado, formal compromiso, que os haga forzoso cumplir con la ley.
- LUIS. Con dar mi palabra teneis buen seguro.
- CÁRLOS. Si habeis de cumplirla, ¿por qué resistis firmar la promesa? ¡Pensad el apuro en que hoy por mis tropas se encuentra París!
- LUIS. ¡No admito amenazas!
- CÁRLOS. Ni yo transacciones. Lo dicho está dicho. Pensadlo, señor,

que ántes que entremos en otras cuestiones,
fallar debeis esta, con todo rigor.

LUIS. ¡Fallada, pues, quede!

CÁRLOS. ¡Dejad vuestra silla,

salid del recinto que cubre el dosel,

ante ese sagrado doblad la rodilla

y haced juramento la mano sobre él!

(Señalando el reclinatorio. El Rey se levanta y mira fijamente á los nobles que permanecen impassibles.)

LUIS. ¿Quereislo así todos?

TODOs. (Menos los franceses.) ¡Sí!

OLIV. Y FRAN. ¡¡Nó!!

CÁRLOS. ¿Quién se opone?

OLIVER-S. Quien sale en defensa de Luis de Valois.

CÁRLOS. ¡Sois Francia: la junta, silencio os impone!

(Oliveros fija la vista en el semblante del Rey.)

LUIS. ¿No hay, pues, otro medio?

CÁRLOS. ¡Nó!

TODoS. ¡Nó!

LUIS. (Despues de una pausa.) ¡Bien está!

(Llega lentamente hasta el reclinatorio; se arrodilla y tiende la mano en accion de jurar. Todos se levantan. Solemnidad.)

CÁRLOS. Jurad en el nombre del Padre y el Hijo.

Jurad por la imágen clavada en la Cruz

de aquel que á los hombres muriendo bendijo

por dar á sus almas de amor santa luz,

que hareis desde ahora cumplir el tratado,

por todos los medios que pendan de vos.

¡Lo juro!

LUIS.

CÁRLOS. Los cielos os han escuchado.

Cumplid... si faltárais castigueoslo Dios.

C MINES. ¡Señor! (Presentándose en el foro con un page.)

CÁRLOS. ¿Qué sucede?

CÓMINES. Trayendo un mensaje

que á vos solamente se os puede entregar,

un noble guerrero seguido de un page,

hablaros demanda.

LUIS.

(¿Qué es esto?) (Aparte.)

- CÁRLOS. *(A Comines.)* Házle entrar.
- COMINES. Suplica impaciente, porque un solo punto perder no quisiera, vayais vos á él.
- CÁRLOS. ¡Yo!...
- COMINES. Y es, segun dicen, tan grave el asunto, que no ha permitido bajar del corcel. Herido en un hombro y en sangre manchado, apenas os vea, de aqui vá á partir.
- CÁRLOS. Señores; mensaje será delicado. Si dais vuestra vénia, lo iré á recibir.
- VARIOS Id pues.
- CÁRLOS. Es forzoso. Guiadme. *(Al paje que ha salido con Comines. Vánse los dos por el foro.)*
- LUIS. *(Aparte.)* Si fuera...
Vé; indaga... *(Aparte á Oliveros: Comines observa este aparte del Rey.)*
- OLIVEROS. *(En seguida.) (Aparte al Rey.)*
- LUIS. *(Para sí y con recelo.)* ¡Herido! Quizá...
- OLIVEROS. Seguidme, señores. Sepamos que altera la junta solemne.
- (A los nobles.—Comines adivinando la intencion les dice señalando al foro.)*
- COMINES. Venid.
- (Salen todos por el foro detras de Comines, hablando entre sí. Entre la confusion se presenta Tristan en la puerta, entra en la escena sin ser notado, y queda á un lado del foro.)*
- LUIS. *(Con ansiedad.)* ¿Qué será?...

ESCENA VII.

EL REY, TRISTAN, en el foro.

- LUIS. ¡Interrumpirnos así!...
¡Un mensaje!... y tanto afan...
Temo.
- TRISTAN. ¡Señor! *(bajando rápidamente.)*
- LUIS. ¡Quien!! ¡Tristan!!!
¡Tan pronto!! ¿Qué pasa? ¡dí!
- TRISTAN. Que ya estais obedecido.

- LEIS. Baujeu...
- TRISTAN. Se hallaba impaciente,
y reuniendo su gente
salió al campo.
- LUIS. ¡Me han perdido!
- TRISTAN. Yo lo traté de evitar,
diciendo á sus campeones
que nuevas disposiciones
era preciso esperar.
Mas vuestro yerno altanero
les habló de tales modos,
que sin atenderme, todos
desnudaron el acero.
Y á rienda suelta el corcel,
y al grito de... ¡Francia!... ¡Francia!...
salieron con arrogancia
como centellas tras él.
Les seguí; de allí á un momento
trabóse el combate rudo;
cada lanza, cada escudo
saltó en pedazos al viento.
Entre aquella confusion,
tendí la vista afanoso,
y ví á lo lejos airoso
flotando nuestro pendon.
Corrí hácia el sitio ligero,
blandiendo al aire la espada,
y halleme en lucha cerrada
á Baujeu con un guerrero.
Cayó el Borgoñon debajo,
Baujeu se irguió con fiereza...
pero al alzar la cabeza,
¡se la cercené de un tajo!
- LUIS. ¡Bien!... ¿Qué más?
- TRISTAN. El Borgoñon
se alzó con semblante fiero;
fué en busca de su escudero
y cabalgó en un bridon.

Tomó al escape la vía
de Perona... ¡yo detrás!
Iba volando... ¡y yo más
por si alcanzarle podía!
Pero su alazan brioso,
menos rendido que el mio,
saltaba ardiente y bravío
del mismo viento celoso.
Llegamos aquí rendidos
el uno del otro en pos,
á un tiempo casi los dos,
como rayos desprendidos.
Muerta, al fin de su carrera,
cayó mi cabalgadura;
yo abandoné la montura
y aquí con planta ligera
me entré sin más detencion;
mientras los dos personajes
relataban á los pajes
el motivo de su accion.

LUIS. ¡Ira de Dios!... ¿Y á qué fué
romper con tal impaciencia?
¡Me ha perdido la imprudencia
de ese maldito Baujeu!

TRISTAN. ¡Cara la pagó no obstante!
LUIS. ¿Qué importa que la pagara,
si á mí me saldrá más cara?
¡Oh!... tal vez en este instante
sabe Cárlos el suceso
de la batalla, se enoja...
la gente que traigo es floja...
él puede más... ¡y estoy preso!

TRISTAN. ¡Aun no! Cuando habéis los dos,
advertidle que se engaña.

LUIS. ¡Cómo!

TRISTAN. Decid que esta hazaña
no la autorizábais vos.

LUIS. Eso no basta.

TRISTAN.

Conmigo

lo podeis atestiguar.
Yo puedo un lance contar
del que habré sido testigo.
Refiero de vuestro yerno
la muerte... y esto, señor,
calma todo su furor.

LUIS.

No adviertes... ¡voto al infierno!...
—¡Jesús!—¿es inútil ya?
¿ese hombre que has perseguido
al anunciar lo ocurrido
la verdad le contará?

TRISTAN.

No, la lid fué de tal suerte,
que al morir el de Borbon,
su contrario el Borgoñon
no vió quien le daba muerte.

LUIS.

¡¡Dios nos ayude!!

TRISTAN.

¡Alentad!

LUIS.

Si sale bien nuestro intento,
me voy sin perder momento
de esta maldita ciudad.

TRISTAN.

Y puesto en salvo una vez
en Dios y mi alma lo juro;
caro pagará este apuro
el de Borgoña ¡pardiez! (*Con ira.*)

LUIS.

¿Le odias?

TRISTAN.

¡Con rencor profundo!

¡más que vos mismo, señor!
Sí; le tengo tanto horror...
¡que no cabe ya en el mundo!

LUIS.

¿Por qué?

TRISTAN.

Es muy antiguo en mí;
lo sabreis más adelante.
Pensemos en este instante
solo en salvaros.

LUIS.

Sí, si...

¿quién entra? (*Volviéndose de pronto, con un grito
de terror.*)

ESCENA VIII.

DICHOS, OLIVEROS.

OLIVEROS.

Soy yo.

LUIS.

¡Oliveros!

llega; ¿qué sabes? ¿qué has visto?
¡cuéntalo pronto!

OLIVEROS.

¡Por Cristo

que no sé qué responderos!

LUIS.

Cárlos...

OLIVEROS.

Abajo se halla.

El mensajero ha partido,
después de haber referido
los lances de una batalla.

El duque, ciego de enojos
contra vos y Francia entera,

jura una venganza fiera
brotando llamas sus ojos.

LUIS.

Pero... ¿qué ha sabido? ¿Qué?...

OLIVEROS.

Lo que os he dicho y no más.

LUIS.

¿No le han hablado quizás
de la muerte de Baujeu?

OLIVEROS.

No, señor.

LUIS.

¿Estás seguro?

OLIVEROS.

Respondo de ello.

LUIS.

¡Ay! respira,

¡corazon!

OLIVEROS.

Pero en su ira
feroz, algun mal auguré.

LUIS.

*Calla. (Con aspereza: Oliveros se inclina y se hace
unos cuantos pasos atrás. Tristan se adelanta hácia
el rey y le dice en voz baja:)*

TRISTAN.

Ya lo veis: la suerte,
señor, aun no os abandona.

¡Recordad bien!... ¡Su corona
dijo con ánimo fuerte

que daría por su amor!
¡Su corona!

LUIS. Sí; me acuerdo.

TRISTAN. Y añadió: «¡por Ana, pierdo
contento vida y honor!»

LUIS. Sí, sí.

TRISTAN. Que guarde sigilo
á Oliveros encargad.

LUIS. Basta.—Acércate. (*A Oliveros.*)

OLIVEROS. Mandad.

LUIS. A tu discrecion, tranquilo
me entrego. Si de tu lábio,
sobre la muerte ocurrida
sale una frase, tu vida
me responde del agrávio.

OLIVEROS. Perded cuidado; mi boca
será muda.

LUIS. ¡Ni una frase!

OLIVEROS. Aunque la piel me costase,
callaré como una roca.

LUIS. Ya estás advertido. Anda
y cuidado... ó ¡ay de tí!

ESCENA IX.

DICHOS, COMINES y soldados, que se quedan en el foro á la parte de dentro.

LUIS. ¿Quién?

OLIVEROS. Comines.

LUIS. ¡Vos aquí!

COMINES. El duque, señor, me manda
hablaros.

LUIS. Y bien; ¿qué quiere
de mí?

COMINES. Para contestar,
á solas hemos de estar;
pues encargó que no hubiere
ninguno... (*Señalando á Tristan.*)

que hoy á cumplir... se me obliga.
 LUIS. Será más justo que diga
 vuestro lábio... ¡desacato!

COMINES. En buen hora si quereis,
 pero escuchadme un instante.

Teneis, oh señor, delante
 un abismo que no veis.

Vuestros soldados liejeses,
 en combate inesperado,

á los nuestros han causado
 un cúmulo de reveses.

Gente atrevida ó bisoña
 turbó sin razon la paz.

¡No saben de que es capaz

Cárlos duque de Borgoña!

El, os culpa á vos del hecho
 con que ofenderle han osado,

y hasta mirarse vengado
 no quedará satisfecho.

LUIS. ¡Vengarse... de mí!

COMINES. Eso intenta.

No le exaspereis por Dios:

si la justicia está en vos,

él la fuerza representa.

Y si no le demostrais

altivez, puede, señor,

que aplacando su furor,

de entre sus manos salgais

libre. *(Movimiento del Rey.)*

Sé cuanto os irrita

que os dé consejo ninguno;

mas esto es inoportuno

en quien hoy lo necesita.

—A solas con vos os dejo,

y junto á esa puerta están

Oliveros y Tristan.

¡Meditad bien un consejo!

(Váse cerrando la puerta.)

ESCENA XI.

EL REY, solo en la escena.

¡Consejos!... ¡Libertad! es lo que ahora
 necesito no más; verme lejano
 de estos sitios... ¡El aire que respiro
 me ahoga! ¡me asesina!... ¡Cárlos!... ¡Cárlos!...
 ¡Yo en su poder!... ¿Y cómo de este trance
 podré salir en bien? ¿Cómo me salvo?
 ¡Oh! ¡Virgen de Clery! ¡madre y señora!
 perdona mis errores: ¡sé en mi amparo!
 tú eres buena... ¡muy buena! ¡yo te imploro
 por tu nombre divino que idolatro;
 y pues todo lo puedes, dame un medio!
 ¡Cárlos me vá á juzgar! ¿Qué es lo que hago?
 (Pausa.)—Implorar su piedad... ¡sería inútil!
 —¡Ay! ¡mis fuerzas se agotan! un helado
 sudor baña mi rostro:... necesito
 respirar otro ambiente.
 (Vá á la ventana y abre.)

¡Ah! ¡Cielo santo!

ESCENA XII.

EL REY y EL DUQUE.

CARLOS. Que ninguno penetre en esta Cámara.
 LUIS. (Aparte) ¡El és! ¡Serenidad! ¡Es necesario!
 (El Duque cierra la puerta del foro y queda unos momentos mirando
 fijamente al Rey, que afronta su mirada con serenidad. Enseguida
 baja precipitadamente diciendo:)
 CARLOS. ¿Sabes bien lo que has hecho? ¿Lo recuerdas?
 LUIS. Nada, de lo que juzgas en tu daño.
 CARLOS. ¡Infame! (Furioso lanzándose á él.)
 LUIS. ¡Cárlos!
 (Encojiéndose el rey. Pausa larga.)

- LUIS. ¿Y si te pruebo con patentes datos
que estoy libre de culpa?
- CARLOS. Y si es mentira,
¿cómo lo probarás?
- LUIS. En el cercano
apuesto se encuentra mi preboste.
- CARLOS. ¿Tristan?
- LUIS. Tristan, que el lance ha presenciado,
y vino tras el otro mensajero
para enterarme á mi. Puedes llamarlo.
- CARLOS. Temblad los dos si alucinarme intentas.
¿Tristan?
- TRISTAN. ¿Llamais, señor? (*Presentándose en el foro.*)
- CÁRLOS. (*A los guardias.*) Abridle paso.

ESCENA XIII.

DICHOS, TRISTAN. Los guardias en el foro.

- CÁRLOS. ¡Entra!
- TRISTAN. (*Bajando.*) ¿Qué me quereis?
- CÁRLOS. De tus palabras
depende aquí la salvacion de entrambos.
¿Vienes de Lieja?
- TRISTAN. Sí.
- CÁRLOS. ¿Qué ha sucedido?
¿Por qué rompen la tregua sus soldados?
¿Quién despertó su enojo?
- TRISTAN. La impaciencia
de salir á lidiar; su ardor fanático.
- CÁRLOS. ¿Sin orden superior y en paz conmigo?
- TRISTAN. Sí.
- CÁRLOS. No es posible.
- TRISTAN. Fuelo sin embargo.
- CÁRLOS. ¿Tú me respondes de ello?
- TRISTAN. Con mi vida...
- LUIS. ¿Lo ves?
- CÁRLOS. Aun nó. Refiéreme al contado

los pormenores del suceso.

TRISTAN. ¡Triste
 fué el suceso en verdad! ¡Ardiente el ánimo
 de aquellos imprudentes capitanes,
 hartos ya de la tregua y el descanso,
 salieron á la lid. Los de Borgoña
 se sorprendieron del violento asalto;
 mas vueltos en su acuerdo, á la defensa
 sus afiladas armas aprestaron.
 ¡El señor de Baujeu... murió en la lucha!

LUIS Y CARLOS. ¡¡Baujeu!! *(Con sorpresa.)*

TRISTAN. A mi vista: combatiendo bravo
 con los vuestros. El golpe de una espada
 partió su yelmo y penetró en el cráneo
 del caballero, que cayó sin vida
 desde el corcel al suelo, desplomado.

CARLOS. *(Con un grito del alma.)*
 ¡Ay! ¡Que del Cielo las doradas puertas
 miró abrirse, de gozo enagenado!...
 Que una aurora de paz y de alegría
 rompe las nieblas del oscuro caos
 en que vagaba mi alma sin ventura...
 ¡que ya vivo!... ¡ya aliento!

LUIS. *(Observándole y aparte.)* ¡Me he salvado!

CARLOS. *(Con resolucion, dirigiéndose al Rey.)*
 Tu inocencia se encuentra bien probada.

LUIS. ¿Soy libre pues?

CARLOS. Espera. El areópago
 de nobles que Bretaña é Inglaterra
 para deliberar nos enviaron,
 es preciso que escuche tus disculpas.
 Si juras por la cruz de Carlo Magno,
 ante ellos reunidos en consejo,
 venir conmigo á Lieja, y tremolando
 la enseña de Borgoña en la pelea
 combatir por mi causa: si el tratado
 de paz firmas al punto, serás libre;
 si nó... que ellos te juzguen, y yo parto.

Elige.

LUIS.

Firmaré.

CARLOS.

¡Gracias al Cielo!

Señores, acudid. A todos llamo.

ESCENA XIV.

DICHOS, COMINES, OLIVEROS, CAMPOBASSO, ENRIQUE, guardias escoceses del Rey, soldados de Borgoña y todos los nobles del Consejo. Cuadro.

CARLOS.

El digno rey de Francia Luis Onceno, para mostrar á vos los dignatarios de Europa, su inocencia en la alevosa traicion que contra mí se ha conjurado, quiere firmar el pliego que presenta á la asamblea. (*Rumor general.*)

Aun hay más: quiere probarnos su adhesion desde ahora. Con los suyos parte á Lieja en seguida, y yo á su lado, para imponer castigo á los rebeldes que sus órdenes justas no acataron. Por eso aquí os convoca la voz mia. ¿Aprobais su conducta?

LOS NOBLES.

(*Con solemnidad.*)

¡La aprobamos!!

CARLOS.

Venga el pliego.

(*Un page se adelanta trayendo el pliego en una bandeja.*)

LUIS.

(*Levantándose.*) ¡Así sea!

CARLOS.

¡Y el tiempo no perdamos!

—¡Borgoñones! ¡El génio de la guerra vuelve á blandir sus destructores rayos; al aire los aceros vengadores, á Francia den admiracion y pasmó! ¡Se insulta á nuestros pueblos; los liejeses de la jurada paz haciendo escarnio, han vertido la sangre de Borgoña sin piedad como tigres inhumanos; han arrojado al aire con desprecio nuestro altivo pendon, roto en pedazos!...

¡Venganza!... ¡En el revuelto torbellino
de la pelea, el escuadron contrario
caiga sin vida sobre el súcio polvo,
hunda su frente con terrible espanto!
La atronadora voz de las batallas,
el choque de las armas en los cascos,
los rugidos de cólera, los ayes
y el fuerte relinchar de los caballos,
arrastre el aire en remolino inmenso;
vuele del mundo á los confines anchos...
y repita de nuevo en sus oidos

LUIS.

¡cómo se venga el borgoñon bizarro!
Con él nosotros, en sangrienta lucha,
por nuestro honor purísimo volvamos.
¡Hijos invictos de la heroica Francia!

(Con intencion mirando á Cárlos de reojo.)
¡á la lid!

OLIV. TRIST. Y ESCO. ¡A la lid!

(Los soldados franceses y borgoñones desnudan el acero.)

LUIS.

(Con ironía.) ¡A combatir por Cárlos!

(Cojiéndose del brazo de Cárlos. Los dos se dirijen al foro seguidos
de Tristan y Oliveros.—Telon rapidísimo.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

Una sala en el Palacio, en París.

ESCENA PRIMERA.

La Reina en el sillón, Cotier á su lado de pié. Es de día.

COTTIER. ¿Qué sentís?

REINA. Melancolia.

Una profunda tristeza
que se aumenta cada día;
muchas veces desvaría
mi vacilante cabeza.

COTTIER. Observo en vuestra mirada
más tranquilidad: el pulso
pierde su fuerza agitada
y late menos convulso,
que hace días. No hallo nada
que nos pudiera alarmar.

REINA. ¡Sí, mi fuerza se aniquila!
Pero me siento aliviar
de mis tormentos al par;
estoy mucho más tranquila.

COTTIER. Ese cambio lisonjero
me satisface.

REINA. No en vano
tu afecto noble y sincero
me sirvió de consejero.

Todo lo debo á tu mano
generosa.

COTTIER.

Yo he cumplido
con mi deber de conciencia.

Feliz yo si he conseguido
que vuestra fatal dolencia

REINA.

por mi causa haya cedido.
No lo dudes. Por mi bien

me confié á tu hidalguía;
fuieste mi único sosten,

y al par que el cuerpo, tambien
has curado el alma mia.

Ya el ánimo satisfecho
tranquilamente reposa:

duerme callado en mi pecho
aquel amor, ya deshecho

por la madre y por la esposa.

Hoy Carlos no es para mí
más que un hijo. Sin recelo

su vuelta al castillo ví;
y desde que habita aquí

¡siento en el alma un consuelo!...

Sin embargo, alguna vez,
cuando le tengo delante,

se despierta en mi la amante,
y una mortal palidez

cubre todo mi semblante.

Pero al fijar mi razon
en la vehemente pasion

que mi Ana en él ha encontrado,
vuelve á latir sosegado

de nuevo mi corazon.

Sí; la victoria es segura,
¡no lo dudes! ¡Es locura

creer que de mi hija fuera
¡yo rival! ¡Y qué ventura

dá pensar de esta manera!

COTTIER.

Dios los haga más dichosos
que hasta aquí fueron los dos.

REINA. Ruégale también á Dios
que al hacerlos venturosos
no me olvide.

COTTIER. También vos
lo sereis. Viendo el contento
en sus ojos retratado,
con un mismo pensamiento
gozareis.

REINA. Dios sea loado...
y no desoiga tu acento.

ESCENA II.

DICHOS, ANA y EL DELFIN.

ANA. ¿Madre?

REINA. (Besándola.) ¡Hija mia!

DELFIN. ¿Señora?

ANA. ¿Cómo está el Rey?

COTTIER. Su salud,

aunque débil, no empeora.

DELFIN. ¿Y el peligro?

COTTIER. Por ahora

cesó.

DELFIN. ¿Con cuánta inquietud

nos ha tenido Cottier!

COTTIER. Desechadla, no hay temor:

ANA. ¿Pero el desmayo, qué fué?

COTTIER. En suma nada: el vapor

de la comida. Le hallé

cuando el banquete acababa,

perdiendo casi el sentido;

pero á tiempo socorrido,

volvió en sí.

DELFIN. ¿Qué malo estaba!

Yo quedé sobrecojido

de espanto, al verle caer.

COTTIER. ¿Y sus encargos?

DELFIN. Ya están

todos. Al amanecer,
 Oliveros y Tristan
 salieron á recorrer
 los contornos, de órden mia,
 volviendo inmediatamente:
 de modo que al medio día
 tendremos aquí la gente
 de toda la cercanía.

Tambien al salir la aurora
 envié á Pedro Bordey,
 Prior de Nuestra Señora
 de Sales, carta del Rey,
 al convento donde mora;
 para que haga una oracion
 á la Virgen, por su vida,
 y otra peregrinacion.
 Tambien ha sido pedida
 en Reims, para la uncion,
 la Santa Ampolla.

COTTIER.

No puede
 unirse sin la licencia
 del Papa.

DELFIN.

Pero la Sede
 le ruega con impaciencia.
 ¡Verás cómo la concede!

COTTIER.

No lo dudo.

DELFIN.

¿Qué hace ahora?
 ¿Há mucho que no le ves?

COTTIER.

Muy poco más de una hora.

DELFIN.

¡La impaciencia me devora!
 —Vé á ver cómo está.

COTTIER.

Después.

DELFIN.

Nó, yo te lo ruego; anda.
 Suplicadle vos conmigo. *(A la Reina.)*

COTTIER.

Y si se enoja, ¿qué digo?

DELFIN.

¡Dile... que su hijo te manda,
 por no poder ir contigo! *(Aflijido.)*

¿Vacilas? ¡Eres cruel!...

¡Y tanto cómo te quiero!

¿Tienes el alma de hiel?
Madre mia, id vos con él:
de vuestro influjo lo espero
todo.

REINA: Preciso será
complacerle. (A Cottier levantándose)

COTTIER. Vamos.

DELFIN. ¡Viva!

¡si tú eres muy bueno!

COTTIER. ¡Yá!

DELFIN. De aquí á un rato, iré yo allá:

¡procura que me reciba!

(Vánse la Reina y Cottier.)

ESCENA III.

ANA, EL DELFIN.

DELFIN. ¿Nó te alegra, como á mí,
saber que hoy ha mejorado?

ANA. ¿Pues nó he de alegrarme? ¡Sí!

DELFIN. Parece que estás... así,
sobresaltada.

ANA. El cuidado
natural que nos inspira...

DELFIN. ¡Vamos! ¡Sé franca!

ANA. ¿Tal vez

presumes que esto es mentira?

DELFIN. ¿Tu amor filial? ¡Nó, pardiez!

Pero, hermana, si se mira

con alguna detencion

tu semblante angelical,

dice que hay otra afeccion,

á más de ese amor filial,

oculta en tu corazon.

ANA. ¿Cuál otra puede caber

hoy en mí?

DELFIN. No es, á mi ver,

lo que pasa, inconveniente.

- ANA. Pero sé que una mujer...
 DELFIN. jamás habla francamente.
 ANA. ¡Oiga! ¿Quién te lo enseñó?
 DELFIN. Tú misma.
 ANA. No lo recuerdo.
 DELFIN. ¿Te has figurado que yo
 soy tan niño... ó soy tan lerdo,
 que miro sin ver? ¡Pues nó!
 ANA. ¿Y qué has visto?
 DELFIN. Que le quieres.
 ANA. ¿A quién?
 DELFIN. Al Duque.
 ANA. ¡Deliras!
 DELFIN. ¿Niegas?
 ANA. ¡Y tanto!
 DELFIN. Al fin eres
 mujer. Por algo, ser es
 femenino las mentiras.
 ANA. Hombre hizo al engaño; y veo
 que te engañas.
 DELFIN. Puede ser.
 Pero como no lo creo,
 formulemos un torneo
 entre el hombre y la mujer.
 ANA. ¿Para qué? *(Esquivándose.)*
 DELFIN. Para obligarte
 á que me hables sin reparo...
 no pretendas excusarte,
 que he resuelto no dejarte
 hasta ver el lance claro.
 ANA. Y bien; si eso que imaginas
 fuese cierto, ¿qué de extraño
 tendria?
 DELFIN. ¿Te determinas
 á hablar? ¡Luego no me engaño!
 ANA. Quiero saber si acriminas
 en mí, tan sencilla accion.
 DELFIN. ¿Acriminar? ¡qué bobada!
 ni para hacerlo hay razon...

ni es justo que en su alborada
 no irradie tu corazón.
 Déjale latir ardiente
 con el fuego juvenil,
 y de tu lábio riente
 lleve el perfumado ambiente
 su aroma en suspiros mil.
 ¡Amar! ¡Nada hay más bueno!
 Que es la vida sin amor,
 fuente sin agua y con cieno;
 flor sin frutos y mar lleno
 del huracán destructor.
 ¡Bien lo explicas!

ANA.

DELFIN.

Bien demuestra
 tu mirada celestial
 que es vida del alma nuestra;
 ¿y con tan sabia maestra
 pudiera explicarlo mal?
 Además, bien lo merece
 quien supo lograr tu afecto,
 y esa eleccion te enaltece.
 Joven, gentil, bravo y recto,
 digno de todo parece.
 Héroe ayer, hoy desgraciado
 por la fortuna traidora,
 y en las lides esforzado
 sobre sus laureles llora
 su gloria el simpar soldado
 Y antes que en amargo duelo
 mire su ilusion marchita
 y llegue á dudar del cielo,
 déle tu amor un consuelo...
 y la fé que necesita.
 ¿Qué acción más digna?

ANA.

¡Es verdad!
 Tu cariño la sanciona
 y es mi mayor vanidad.
 ¡Perdona, hermano, perdona,
 si no hablé con claridad!

DELFIN. Tu falta de confianza
me pudo tener quejoso;
mas la disculpa te alcanza,
pues tu afecto cariñoso
viene á inclinar la balanza.
Ahora, voy al aposento
de nuestro padre un momento.
Si quieres que aqui te envíe
á tu amador... ¡Se sonrie! (*Aparte.*)
¡Vendrá... y verás qué contento!
No seas loco.

ANA.

DELFIN.

Si prefieres
que nada le diga...

ANA.

DELFIN.

Yo...
¡Tú, sí! Con que... ¿vamos, quieres?
Cuando callan las mujeres,
nunca responden que nó. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ANA.

Tiene razon: es en vano
que oculte mi sentimiento,
hoy que libre como el viento
logra el corazon ufano
sentir sin remordimiento.
Hoy que mecida al arrullo
de esperanza lisonjera,
me adormezco en su murmullo;
porque puedo con orgullo
alzar mi frente altanera.
Luché, vencí; en galardón
Dios quiso darme esta palma
como premio y bendicion:
¡muéstrate cual eres, alma!
¡late feliz, corazon!

ESCENA V.

ANA, TRISTAN.

- TRISTAN. ¡Ella! Llegó el instante de hablar claro.
Cárlos hoy de su fama desmerece,
y aquel brillante y luminoso faro
á la luz de mi estrella palidece.
¡Hoy sus glorias al lado de las mias
son pequeñas, y el aire del olvido
las vá dejando pálidas y frias!
No hay mejor ocasion... y me decido.
—¿Princesa? (*Bajando al proscenio.*)
¿Quién? Tristan.
- ANA. ¡Humilde esclavo
TRISTAN. que admira en vos la bondad y la belleza
con que el cielo os dotó: yo así le alabo
adorando en sus hechos su grandeza!
¡Lisonjero venis!
- ANA. Corto tributo,
TRISTAN. para el que merecis fué sin embargo.
Mirad que visto luto.
- ANA. Disculpa tengo que rechace el cargo
TRISTAN. severo, que me haceis.
ANA. (*Sin acritud.*) No os he pedido
disculpas.
- TRISTAN. Pero dáoslas me toca:
si pequé de importuno ó atrevido,
debe la falta disculpar mi boca.
- ANA. Años há que no os miro tan galante,
Tristan: ¿qué cambio es este tan extraño?
- TRISTAN. ¡Si algun cambio hay en mí, no es de este instante!
¡lo callo por mi mal, hace ya un año!
- ANA. Si es un secreto...
- TRISTAN. Para vos lo ha sido...
porque mirais con harta indiferencia
á quien callando os adoró rendido;
¡á quien sin vos desprecia la existencia!

- ANA. (*Admirada.*) ¡Tristan! (*Con acritud.*)
 TRISTAN. ¡Si os ofendí... perdon, señora!
 ANA. ¡No os juzgaba con tal atrevimiento!
 TRISTAN. ¿De atrevido culpais al que os adora?
 ANA. ¿Pues nó es acaso libre el pensamiento?
 Debiérais más respetos á la viuda
 de Pedro de Borbon: á la Princesa,
 hija de vuestro Rey; y guardar muda
 la importuna pasion... que tanto os pesa.
 (*El Duque aparece en el foro.*)
 TRISTAN. Nunca falté al respeto ni al decoro
 que le debe á una dama el caballero.
 Al deciros: «Princesa, yo os adoro»...
 ni á vos, ni al mismo Rey, ¿qué agravio infiero?

ESCENA VI.

DICHOS, EL DUQUE.

- CÁRLOS. Comprenderlo debiste, y no imprudente
 llegar con osadía manifiesta
 á quien tan alto junto á ti se ostente.
 TRISTAN. ¿Quién os pide, señor, una respuesta?
 CÁRLOS. ¿Qué dices, desgraciado? (*Con viveza.*)
 ANA. ¡Cárlos, tente!
 TRISTAN. Que aquí, Duque, no estamos en Perona;
 y donde Luis Onceno es soberano
 es mayor que la vuestra, mi persona.
 Reponed ese orgullo que ya es vano.
 CÁRLOS. ¡Infeliz! (*Poniendo mano á la espada.*)
 ANA. Basta ya.
 TRISTAN. ¡Podeis de osada
 mi conducta tachar! Yo en su presencia,
 nunca altanero requerí la espada.
 CÁRLOS. Por eso... no castigo tu insolencia
 TRISTAN. ¡Si tanto afán teneis de dar castigo
 á quien porque no os teme no se humilla,
 lejos de este lugar, solo conmigo,
 buscadme... y lavareis vuestra mancilla!

CARLOS.

¡Sin tardanza!

ANA.

(Conteniéndolos.) ¡Tristan! Si Luis Onceno, que es aquí vuestro Rey, no está presente, yo en su nombre os ordeno que dobleis ante mí, la altiva frente.

—Perdono el desacato

con que osásteis en mí poner los ojos; pero cumplid callando mi mandato, ó temed de mi padre los enojos.

TRISTAN.

¡Ay! si supiera el Rey que en una estancia de Amboise, hace ya un año, en vida de su esposo, Ana de Francia oyó frases de amor... y de constancia... sin esquivarlas con semblante uraño!

LOS DOS.

¿Qué dice?

TRISTAN.

¡Ay del culpable

que oyendo sólo á su pasion impura, atentó á vuestro honor!

ANA.

¡Dios...

CÁRLOS.

¡Miserable!...

TRISTAN.

¡Calmad ese furor! Fuera locura exponerse con él á que mi lábio por vengar el ultraje recibido... diera cuenta al monarca de este agravio.

CÁRLOS.

¡Tristan!... ¡Tristan!... (Reconcentrado.)

ANA.

¡Este hombre me ha perdido!

TRISTAN.

Nada temais: ninguno este secreto sabe... si nó la reina... ¡vuestra madre!

Ella no ha de decirlo, y yo os prometo callarlo... sobre todo, á vuestro padre.

¡Os amo!... y el amor me hará discreto.

CÁRLOS.

¡Sella la boca de una vez, infame, ó tiembla al agotar toda mi calma que mi cólera fuera se derrame...

y te arranque el secreto con el alma!

TRISTAN.

Accion... digna de un alma generosa... ¡como la vuestra!

CARLOS.

¡¡Basta!!

TRISTAN.

(A Ana.)

¡Ese es el hombre

que vos amais! ¡que tal cariño os debe!...
 Pero juro á mi nombre
 que si á ultrajarme nada más se atreve,
 doy parte al Rey de lo que está pasando;
 y Cárlos... y la Reina... y vos, señora,
 ¡su furia sentireis!... Idlo pensando,
 que yo os dejo tranquilos por ahora. (Vase.)

ESCENA VII.

ANA Y CÁRLOS.

ANA.

¡Oíste!!

CÁRLOS.

¡Sí!... ¡y me admiro

de mi espantosa calma!

¿Qué fuerza oculta en mí cuando te miro,
 con férreos lazos me sujeta el alma?

¿No soy aquel que un día
 causando al orbe admiracion y espanto,
 con fiera é indomable valentía
 hizo de su furor alarde tanto?

¡Ah! ¡no! ¡sí el mismo fuera,
 ese inmundo reptil que se levanta
 con audacia altanera,
 un solo golpe de mi mano hundiera

deteniendo el aliento en su garganta!

ANA.

Mi amor aliviará tu desventura;

mi amor... ¡más grande que la misma gloria!

CÁRLOS.

¡Oh dulce criatura!

¡cuánto á ese amor le debo!

¡Mil veces ya perdido en la pelea
 sin esperanza ya de la victoria,
 alzábase de nuevo

la idea de tu amor en mi memoria...

y con doble rigor y bizzaría,
 rayos lanzando mi tajante espada,
 otra vez valeroso combatía

sin desmayar un punto en la jornada!

Mil veces ciego en el combate rudo,

cuando á morir lancéme temerario...
 ¡tu dulce imágen me sirvió de escudo
 contra el acero del feroz contrario!
 ANA. Sí; ¡y hoy que te abandona la fortuna,
 será mi amor más grande y más vehemente! .
 Lejos de tí la pena que importuna.
 ¡Torne la dicha á iluminar tu frente!
 ¡Cuanto en gloria te falte, asi otro tanto
 crecerá mi cariño en recompensa,
 eclipsando esta dicha con su encanto
 la gloria de los ángeles inmensa!

ESCENA VIII.

DICHOS, EL REY.

(Ha aparecido ocho versos antes con Tristan en la puerta del foro; este último le ha señalado á Carlos y á la Princesa y se ha vuelto á retirar. El Rey baja lentamente hasta colocarse entre los dos y dice:)

LUIS. Pláceme á la verdad tanto cariño.
(Profunda ironía.)

ANA. ¡Cielos! *(Con sorpresa.)*

CÁRLOS. ¡Señor!...

LUIS. Al fin, es mi pariente:
 nada más natural que vuestro pecho
 le tribute el afecto consiguiente
 que la sangre reclama con derecho.
 Pero he de hablarle á solas de un asunto
 de Estado, y os suplico
 que nos dejéis un punto.

ANA. Yo...

LUIS. ¡Silencio! Marchaos. *(Con aspereza.)*

ANA. No replico.

(Aparte.) Mas de mi madre imploraré la ayuda,
 que nada temo si su amor me escuda. *(Vase.)*

ESCENA IX.

EL REY, EL DUQUE Y TRISTAN que vuelve á aparecer en el foro.

- LUIS. Con que... ¡os amais!
(Yendo á sentarse junto á la mesa.)
- CÁRLOS. ¡Con cariño
que raya en idolatría!
- LUIS. ¡Y tú!... ¿Cárlos de Borgoña,
puedes amar á una hija
del Rey de Francia?
- CÁRLOS. ¿Qué causa
puede haber que tal impida?
- LUIS. ¡Tienes muy mala memoria!
Mas, por fortuna, la mía
es mejor. ¿Y há mucho tiempo
que os amais? (Con sarcasmo.)
- CÁRLOS. (Después de vacilar un rato.) ¡Mucho!
- LUIS. ¿Quién iba
á sospechar?... ¿Sobre cuánto?
- CÁRLOS. Señor...
- LUIS. Quiero que me digas
la verdad. (Con dulzura.)
- CÁRLOS. Nunca mi lábio
pudo con una mentira.
Años hace que yo la amo
y es mi fé correspondida:
¡años hace que en el alma
guardo su imágen divina!
- LUIS. ¡Infelices! ¡Ella es viuda
há un año no más! En vida
de su marido...
- CÁRLOS. ¿Qué importa,
si ella en nada le ofendía;
si como un ángel, estaba
de todo pecado limpia?
- LUIS. No esperaba yo otra cosa
de la que llamo hija mía.

Pero si la amabas tanto,
 con ese fuego que pintas,
 si ella pagaba tu afecto
 con una pasion tan viva,
 ¿cómo esplicas tu conducta
 pasada? ¿cómo la esplicas? *(Con avidez.)*

CÁRLOS.

Nada en mi conducta existe
 que esta pasion contradiga.
 La llama de amor ardiente
 dentro del pecho encendida,
 me abrasaba las entrañas
 con su fuego. ¡Siempre fija
 la idea en mi pensamiento
 de que en el mundo existia
 un hombre que disfrutaba
 las seductoras caricias
 de aquella dama!... ¡Tortura
 que las del infierno envidian!
 Loco de dolor y celos,
 queriendo en vano esa espina
 arrancar del corazon,
 cuyo martirio crecia
 cada vez más... me lancé,
 como la pantera herida,
 contra ese mundo, implacable,
 ansiando saciar mis iras.

LUIS.

Y por eso... á mí .. en Perona...
 ¿no lo recuerdas? ¡Un dia,
 con furor desenfrenado
 levantaste la cuchilla
 sobre mi frente, resuelto
 á dar por tu mano misma
 fin á mi existencia!

CÁRLOS.

(Estremeciéndose) ¡Cielos!

LUIS.

Y en vano con voz sumisa
 te demandaba piedad...
 «¡Reza pronto! repetias,
 » ¡ó sin oracion te mato!...»
 ¡Cárlos! ¿tan pronto lo olvidas?

- CÁRLOS. *(Levantándose de repente.)*
¿Eres hiena ó eres hombre?
- LUIS. Soy un Rey... cuya justicia
por miserables rebeldes
se vió un tiempo escarnecida,
y hoy se levanta de nuevo
castigando su osadía.
- CÁRLOS. No, no, Rey; eres un tigre...
ó una ponzoñosa víbora.
- LUIS. Y qué más puede pedir
quien altanero la pisa,
si al verse libre del yugo
la desprecia... y se retira
sin clavarle su aguijen.
Si tu vives todavía...
y en mi poder... y mi mano
tus maldades no castiga...
¿qué más quieres?
- CÁRLOS. *(Ciego de furor.)* ¡Basta... basta...
ó del furor que respira
mi corazón, no respondo!...
- LUIS. *(Intimidado por el gesto de Carlos.)*
¡Tristan! ¡aquí! *(Tristan baja á colocarse delante
del Rey. Al verle Carlos dá un grito desentonado
echando mano á la espada: Tristan hace lo mismo
preparándose á la defensa: el Rey se oculta con la
espalda de Tristan quedando encogido enteramente.
Pausa.)*
- CÁRLOS. ¡Oh!...—¡Maldecida
la primera luz que vi! *(El «¡oh!» lanzándose á Tris-
tan: lo demás despues de una pausa y bajando al
proscenio desesperado.—El Rey saca la cabeza por
detrás de Tristan mirando á Carlos con recelo.*
- LUIS. ¡Sufre... como yo sufría;
que ya es hora de que purgues
tus falsedades inícuas!
Y entiende bien que los Reyes,
sobre la tierra que habitas,
son imágenes de aquel

que nos rije desde arriba;
 y el que sus leyes no acata
 ni en su presencia se inclina...
 lleva el eterno anatema
 sobre su frente maldita! (*Asiéndose fuertemente del
 brazo de Tristan y marchándose los dos rápida-
 mente por el foro, sin apartar el Rey la mirada de
 Carlos, hasta que desaparece.*)

ESCENA X.

EL DUQUE; á poco LA REINA y ANA.

¿Qué me resta? ¡Mi corona
 ducal... cubierta de espinas!
 ¡mi gloria... que vá extinguiendo
 el aire de la desdicha:
 un amor... desesperado,
 una esperanza... marchita,
 y el porvenir... que tan sólo
 crudos martirios me brinda!
 Muramos pues... y en la muerte
 busquemos la paz precisa. (*Al dirigirse desesperado
 hácia el foro se presentan la Reina y Ana. Carlos
 se detiene de pronto mirando fijamente á esta última.*)

ANA.

¿Carlos?

CARLOS.

¡Ella!

REINA.

¿Qué os ha dicho
 mi esposo?

ANA.

¿Por qué me miras
 así? ¿Qué tienes?

CARLOS.

(*Rompiendo en sollozos.*) ¡Ay, Ana!
 ¡Que el alma se me hace trizas!
 ¡Que estoy sufriendo un tormento,
 sin fuerzas que lo resistan!

REINA.

¿El Rey se ha negado?

CARLOS.

A todo.

ANA.

¡Dios santo!...

CARLOS.

Su alma mezquina

aun conserva los rencores
 que un tiempo nos desunian.
 ¡Ha jurado que jamás
 mi pasión veré cumplida:
 me ha lanzado cien insultos
 sangrientos, que mis megillas,
 de furor y de vergüenza
 han teñido en rojas tintas!
 ¡Y yo escuché sus palabras
 con calma... y de mis pupilas
 no salió un rayo encendido
 que le trocára en cenizas!
 Ese Tristan...

LAS DOS.

¡Tristan!

CARLOS.

Sí.

El es, no más quien le incita
 á esta acción. ¡Oh!... Dios le guarde...

REINA.

Ya sé por Ana su indigna
 conducta, su atrevimiento:
 ¡Ese verdugo, mancilla
 de la humanidad, osar
 con tan torpe altanería
 poner los ojos en ella!

ESCENA XI.

DICHOS: COTTIER que ha salido momentos antes.

COTTIER.

¿Qué decís?

REINA.

¡Ah! Dios te envía.

¡Cottier! ¿Y mi esposo?

COTTIER.

No vengo

de verle. ¿Mas qué decíais?

Tristan...

REINA.

(A Ana.) El puede saberlo,
 por que es de todas mis cuitas
 confidente. Sí, Cottier:
 á tanto su audácia altiva
 llegó.

- COTTIER. ¡Requerir de amores
á la Princesa!
- CARLOS. Y decirla...
Delante de mí... que al Rey
nuestro amor descubriría,
si yo intentaba por ella
dar castigo á su perfidia.
- REINA. Pero si el Rey sabe ya
que os amais, salen fallidas
sus amenazas.
- ANA. Es cierto.
- REINA. Además, yo su falsía
manifestaré á mi esposo,
y vereis como castiga
la falta.
- COTTIER. Mal conoceis
á Tristan. Yo no lo haría.
- CARLOS. ¿Por temor á su venganza?
¿Juzgais vos que me intimida?
- COTTIER. Nó. Porque cuando él dá un paso
como ese, sus garantías
tendrá.
- CARLOS. ANA. ¿Cuáles?
- COTTIER. Quizá el Rey
en secreto le autoriza
por fines particulares
á obrar así. No osaría
de otra manera esponerse
de Luis Onceno á las iras.
Ese Tristan es sagáz.
Es verdad.
- REINA. ¡Oh! ¡Trama inicua!
- CARLOS. Ayudadnos vos, Cottier.
- ANA. Sí, amigo mio; imagina
un medio. Tú como nadie
conoces al Rey: medita.
- REINA. Mi pobre ingénio, señora,
tiene aquí poca valia.
- COTTIER. Sin embargo interpondré

mi influencia, aunque mezquina,
con el Rey, para que ceda.

¡Gracias!

ANA.

REINA.

Que Dios te bendiga.

ESCENA XII.

DICHOS: EL REY del brazo de TRISTAN.

LUIS.

¡Magníficos servidores!

TODOS.

¡Ah! (*Quedando confundidos. Pausa.*)

LUIS.

No me puedo quejar.

Algo vale... no ignorar
que se vive entre traidores.

COTTIER.

¿Lo decís por mí?

LUIS.

¡Malvado!

COTTIER.

¿Y osa tu audacia insolente?...
Antes de humillar la frente
quiero saber mi pecado.

LUIS.

Pues oye. Cuando la fé
de un Monarca se confia
á un siervo, como la mia
te he confiado, Cottier;
y este siervo, á un enemigo
de su señor dando amparo,
le vende sin más reparo,
como tú has hecho conmigo;
es un infame traidor,
un ser sin ley ni conciencia
que mancha con imprudencia
su fé... su vida... y su honor!
Falta al dueño sin testigo
y como un vil se desdora.
Ese es tu crimen. Ahora,
¿quieres saber tu castigo?
Decidlo.

COTTIER.

LUIS.

Atado de pies
y manos, y por encierro
en una jaula de hierro,

donde veas á través
de las rejas la ciudad,
y otros hombres más dichósos
que en tu presencia gozosos
disfrutan de libertad;
y desesperado al ver
aquel numeroso enjambre,
y sufriendo sed... y hambre,
próximo á desfallecer;
pasarás eternamente
sujeto tu vida entera,
sin hallar uno siquiera
que aliviar tu mal intente.

COTTIER. ¿Y cuándo pensais cumplir
esa amenaza?

LUIS. ¿Braveas?

Muy pronto te haré que seas
humilde: vas á sentir
mi poder. ¡Hola! (*Llamando.*)
(*Echándose á los pies del Rey.*) ¡Ah señor!

ANA.

REINA.

CÁRL'S.

¡Compasion! ¡sed más humano!
¡El que ponga en él su mano
tiemble mi justo furor!

COTTIER.

Dejadle: no tengais miedo
por mí; son frases ligeras.
No puede cumplir sus fieras
amenazas.

LUIS.

COTTIER.

¿Que no puedo?
¿No advertís, desventurado,
que al separarnos los dos
quedais condenado vos
á muerte?

LUIS.

COTTIER.

(*Con terror.*) ¡Qué!... ¡Condenado!...
¿No advertís que no hay doctor
que vuestra naturaleza
conozca, con la fijeza
que yo! ¿Y ese torcedor
que consume vuestra vida
y os mantiene en tal estado,

para el que no lo ha estudiado
es una causa escondida?

¡Que si yo me llevo á ver
por vos, señor, prisionero,
querré la muerte primero
que mi secreto vender!

¿Y que la horrenda captura
con que me ofreceis ahora,
en un dia... ¡en una hora!
os abre la sepultura?

LUIS.

¡En una hora?

COTTIER.

¡Si tal!

Por vuestra fortuna avara
se os conocen en la cara
los estragos que hace el mal.

¡Y si á separarme acierto...
un punto... de vuestra estancia,
no hay remedio, Luis de Francia,
podeis contaros por muerto!

LUIS.

¡Jesús!

(Cayendo desmayado en brazos de Ana y la Reina.)

ANA.

¡Padre!

REINA.

¡Virgen mia!

CÁRLOS.

¿Qué habeis hecho? *(A Cottier.)*

COTTIER.

No hay cuidado.

Es un vahido, causado
por el terror que sentía.

(Conducen al Rey al sillón que está junto á la mesa.)

Dejadle que le dé el viento,
que respire. Abrid allí.

(Ana vá á abrir la ventana y vuelve junto á su padre. Despues de unos momentos de angustioso silencio el Rey levanta la cabeza. Tristan ha ido á colocarse en un lado del proscenio, con la vista fija en el Rey.)

LUIS.

¡Ay!

COTTIER.

Mirad; ya vuelve en sí.

LUIS.

¡Qué angustia!

- COTTIER. (*Al Rey.*) Cobrad aliento.
Esto no es nada.
- LUIS. ¡Cottier!
- COTTIER. Ya veis qué efectos tan caros
os produce el enojaros
de ese modo.
- LUIS. ¡Ya lo sé!
¡Ingrato!
- COTTIER. ¡Más lo sois vos;
que ultrajais á quien os cuida...
sosteniendo vuestra vida!
¡Castigo ha sido de Dios!
- LUIS. ¿Y es bien que de esa manera
me vendas?
- COTTIER. A nadie vendo.
- LUIS. A mí: si tal; protegiendo
la conspiracion rastrera
de mi familia. ¿Qué honores
les debes; qué bienes, di,
para que olvides así
mi amistad... y mis favores?
- COTTIER. Ni de favores me pago
que gané con mi derecho,
ni es más que en vuestro provecho,
señor, todo lo que hago.
- LUIS. ¿En mi provecho?
- COTTIER. Si tal.
Procuro por vuestro bien
añadir otro sosten
que os puede aliviar el mal.
- LUIS. ¡Cómo aliviar! (*Con sorpresa.*)
- COTTIER. Justamente.
Tended en torno la vista
y no es fácil que resista
vuestra alma el cuadro presente.
Ya veis; la hija, la esposa...
y el que juzgais enemigo,
cuidando de vos conmigo.
- LUIS. ¡Solicitud enojosa!

- COTTIER. ¡No estoy tan malo! (*Con a speredza.*)
Vamos, está visto
- LUIS. que vos no quereis curaros.
- COTTIER. Sí quiero.
- LUIS. Pues no hay más modo
de hacerlo que de esta suerte,
ó acelerar vuestra muerte
atropellándolo todo.
- LUIS. ¡Eso no! Pero... ¿ya ves?
una boda... fuera impía:
el Duque de Normandía,
mi hermano menor, há un mes
escaso que ha muerto. Carlos
y otros señores feudales,
al saber los funerales
han venido á presenciarnos
aquí... conmigo... Y en estas
circunstancias... y este estado,
dos parientes del finado
¿quieres que celebren fiestas
de boda?
- COTTIER. No es tan urgente
Pero si dais el permiso,
pasado el tiempo preciso
del luto...
- LUIS. Eso es diferente.
- COTTIER. ¿Accedeis? (*El Rey pasea la mirada alrededor de la
escena, hasta encontrarse con la de Tristan. Luego
se vuelve y dice.*)
- LUIS. Sí.
- ANA. ¡Ah, padre mio!
- CARLOS. ¡Señor!
- REINA. ¡Gracias! (*Aparte á Cottier estrechándole
fuertemente la mano.*)
- LUIS. Ven aquí,
Carlos; más cerca de mí.
- CARLOS. ¿No es sueño? ¿no es desvarío?
- ANA. ¡Oh placer inesperado!
- LUIS. Aunque tu fama guerrera

no es ya la que un tiempo era...
y estás desacreditado....
(Con tono áspero. *Cárlos se estremece.*)

no importa: tú lograrás,
combatiendo con bravura,
volver de nuevo á la altura
que ocupaste... años atrás.

CARLOS.

¡Oh! ¡sí por Dios, no lo dudes!
Esto ensalzaré, señor,
en el campo mi valor
y en la pátria mis virtudes.
Por ella, sólo por ella
con ardor combatiré,
y muy pronto lograré
vencer á mi mala estrella.

El fuego que en mi retoña
ensalzaré en su constancia
junto á las lises de Francia
la roja Cruz de Borgoña.

Será mi grito en la lid,
¡San Dionisio y San Andrés!...
¡Y con él traeré á tus piés,
como invencible adalid,
más tesoros que la mar
en sus abismos encierra;
más laureles que la tierra
puede en cien años brotar!

LUIS. ¡Mucho ofrece tu ardimiento!
CARLOS. Pero mucho más se alcanza

cuando la fé y la esperanza
prestan su divino aliento.

LUIS. Pues bien: para ver cumplida
tu esperanza, ¿cuándo vés
á dar principio?

CARLOS.

¡Si dás
tu asentimiento en seguida!

REINA.

(*Aparte.*) ¡Cielos!

ANÁ.

¿Tan pronto?

CÁRLOS.

¡Sí, sí!

¡Ya el deseo me devora!
 ¡Quiero mi Cruz vencedora
 levantar sobre Nancy!
 Dar á sus muros asalto
 en la primera campaña,
 y dejar con esta hazaña
 mi régio pendon más alto.

CÁRLOS. Esta es mi mano. (*E strechando la de Tristan.*)

LUIS. Muy bien.

Ahora... dejadme un momento
 reposar aquí. Me siento
 fatigado.

CÁRLOS. Yo tambien

necesito mi partida
 preparar sin detencion.

LUIS. Con que en fin, tu decision...

CARLOS. Es de marchar en seguida.

LUIS. Vé pues.

CARLOS. Que Dios en su gloria
 te bendiga, ¡oh Rey!

LUIS. Y á tí

quiera otorgarte en Nancy
 pronta y segura victoria.

CARLOS. Así sea. (*Dirigiéndose al foro. De pronto se encuentra frente á frente con Ana, la mira fijamente unos momentos y lanzando una exclamacion de alegría desaparece por el foro.*)

LUIS. (*A su hija.*) Ya estás viendo
 cuánto te quiero.

ANA. ¡Ah, señor!

LUIS. Compénsame... con tu amor,
 lo que por tí... estoy haciendo.

ANA. Eterno será.

LUIS. Cottier,

¿tienes cumplido tu gusto?

COTTIER. Ahora sois grande y sois justo.

LUIS. ¿Y... estás contento?

COTTIER. Sí á fé.

LUIS. Me alegro: sabes que yo...

te quiero. Puedes marcharte con ellas... sin alejarte mucho de este sitio.

COTTIER.

No

me alejaré.

LUIS.

Pues... adios.

ANA.

¡Madre! (*Ya en la puerta.*)

REINA.

Vamos, hija mia. (*Salen por el foro seguidas de Cottier. El Rey se queda mirando fijamente hácia la puerta.*)

LUIS.

Si á serme inútil un día llegáras... ¡Guárdete Dios!

ESCENA XIII.

EL REY y TRISTAN.

LUIS.

Ven. (*Tristan dá un paso hácia adelante.*)

Más cerca. (*Tristan se coloca á una distancia conveniente.*)

¡Aquí... á mi lado!

TRISTAN.

Mandad. (*Colocándose junto al Rey.*)

LUIS.

Ya me oiste.

TRISTAN.

Sí.

LUIS.

Cárlos vá á marchar de aquí... á la guerra. ¿Tú has estado en esa ciudad... alguna vez?

TRISTAN.

¿En Nancy? Sí, señor.

LUIS.

¿Qué tal?

TRISTAN.

Gente de valor es toda; como ninguna.

LUIS.

¿Terca?

TRISTAN.

Mucho.

LUIS.

¿Y se hará fuerte resistiendo á su contrario?

TRISTAN

Luchará si es necesario sin rendirse, hasta la muerte.

LUIS.

¿Con cuánto ejército irá

Cárlos?

TRISTAN.

Con poco .

LUIS.

¡Lo siento!

TRISTAN

Sufre derrotas sin cuento
de algunos meses acá.

Su padre Felipe el Bueno,
al pasar á mejor vida,
dejó una hueste lucida,
numerosa... y por el freno
de la disciplina, recta:
pero Cárlos la ha diezmado;

¡y hoy la tropa del Ducado
es débil... y es insurrecta!

LUIS.

¡Qué lástima! ¿Y quién vá al frente?
Campobasso.

TRISTAN.

LUIS.

¿Tan leal
como siempre?

TRISTAN.

Ese es el mal:
que hoy está muy diferente
de hace un año. Algun traidor
sagáz... le alucina acaso...
por que ya no es Campobasso
tan fiel para su señor.

LUIS.

¡Qué infamia! ¿Opinas que debo
descubrir su alevosia
al Duque?

TRISTAN.

¡Nó! Eso sería
poner al pobre mancebo
en un compromiso.

LUIS.

Si;
¿pero entonces qué se hace
con él?

TRISTAN.

Si mejor os place...
antes que para Nancy
parta con Cárlos... yo puedo
hablar á ese hombre...

LUIS.

¡Es verdad!

TRISTAN.

Invocaré... su lealtad...

LUIS.

¡Hazlo!... porque tengo miedo

- de que ese traidor intente...
 ¡contra la preciosa vida
 de Carlos... *si se descuida!*
- TRISTAN. Pronto dejaré corriente
 el asunto.
- LUIS. Sin demora. *(Pausa: el Rey despues de unos
 momentos de inquietud se vuelve rápidamente hácia
 Tristan y le dice:)*
 —¿Pero tú, me has entendido?
- TRISTAN. Yo... no sé si habré incurrido
 en error! *(Verdaderamente dudoso.)*
- LUIS. ¡Qué torpe! *(Echándole una mirada de inte-
 ligencia, Tristan le comprende, sonrie satisfecho y
 dice acariciando la espada con la mano izquierda.)*
 Ahora.
- TRISTAN. ¡Bien, compadre! Sin tardanza,
 habla á Campobasso.
- LUIS. Voy.
- TRISTAN. *(Aparte.)* Gracias al infierno que hoy
 tomo cumplida venganza. *(Váse.)*

ESCENA XIV.

EL REY solo.

*(Se levanta del sillón y vá á arrodillarse en accion de orar ante un
 crucifijo colgado en la pared. De pronto se levanta y dice:)*

Nó. Me parece que Dios
 vá á rechazar esta idea.

Busquemos... alguien... que sea
 mediador, entre los dos. *(Se quita la gorra, la coloca
 sobre la mesa, busca antes las medallas y despues de
 fijarse en una se arrodilla y reza.)*

¡Virgen de Ebrun; madre mia!
 Tú que ves mi corazón,
 comprenderás la intencion
 recta y santa que me guia.
 Pruébale á Dios, que me vé
 desde el Altísimo Trono,

que de su gloria en abono
cuanto hice en mi vida, fué.
¡Salva al triste pecador
que de tí todo lo espera,
evitándole que muera...
cuando vive por tu amor!

ESCENA XV.

EL REY, LA REINA.

*(Carlota sale por el foro, se dirige á donde está el Rey y se arroja
á sus pies.)*

REINA. ¡Perdon, señor!

LUIS. ¿Qué sucede?

(Volviéndose muy poco á poco.)

REINA. Perdon os pido.

LUIS. ¡De qué!

REINA. De una injusticia; de un crimen
de mi conciencia.

LUIS. ¿Cuál es?

REINA. Hace muchos años, ella
de vuestra conducta juez,
severa para con vos,
os acusaba de ser
mal padre... ¡Perdon! ahora
conozco que me engañé.

LUIS. ¿De veras?

REINA. Y arrepentida
pido que me perdoneis.

LUIS. ¿De veras?

REINA. Este el solo
lenitivo... ¡y el primer
favor en toda mi vida
que demando á vuestros pies!
¡concedédmelos, señor!

LUIS. ¡Yo!...

REINA. Y en cambio, disponed
de mi vida.

ante la imágen del Ser
 infinito. A mis rodillas
 piedras serán escabel;—
 dará mi plegaria impulso
 un cilicio con que haré
 brotar sangre de mi cuerpo
 con insistencia cruel,
 y la austera penitencia
 logre de Dios obtener
 que se salve nuestra vida...
¡y la suya!

LUIS.

¡La de quién!

REINA.

¡La... del que será mi hijo...
 y el vuestro!

LUIS.

Yo hé menester
 vuestras santas oraciones,
 por desgracia más que él...
 y no quiero compartirlas.
 Todo aquello que haceis
 será por mí!... nada más;
 ¡y rezad mucho!.. el deber
 de cristiana y el de esposa,
 os obliga: ¿lo entendeis,
 señora? ¡Tengo derecho,
 y os lo mando así!

REINA.

¡Está bien!

LUIS.

Además... puede que fuera
 inútil... rogar por él..

REINA.

¡Dios mio!.. ¿Qué decís!

LUIS.

¡Nada!

REINA.

¿Inútil? ¡Por qué!

LUIS.

Porque
 Dios no debe apadrinar
 esa lucha: téngome
 para mi que le repugna
 eso de mirar correr
 tanta sangre... inútilmente,
 se entiende, que, cuando es
 castigando á un malhechor

á quien condena la ley,
ó á un judío... ó á un rebelde
á su señor!—Pero ver
que se matan de ese modo
millares de hombres de bien
por tan escaso motivo, debe
desagradarle.

REINA.

Y creéis

que Carlos...

LUIS.

¡Carlos! ¡Ah! ¡no!

¡Carlos!..

REINA.

¡Vivirá!... (Pausa.)

LUIS.

No sé.

Eso... al porvenir.

REINA.

¡Dios mio,

Dios mio!... ¡Empiezo á temer!

ESCENA XVI.

DICHOS, EL DELFIN.

DELFIN.

¡Padre, madre!

LUIS.

Que pasa.

DELFIN.

Oís el ruido.

CARLOS.

¡Concluye!

DELFIN.

Coaligados en la plaza
los reformistas hácia aquí han venido.

CARLOS.

¡Cielos! ¿Y mi hija? (Váse corriendo.)

LUIS.

Dí.

DELFIN.

No bien la noche
se dibujó á lo lejos en Oriente,
cuando esa turba en rebelion abierta
al palacio llegó secretamente
y comenzó á gritar junto á la puerta.

LUIS.

¿Pero qué hace mi gente?

DELFIN.

Prevenidos están: ya los aceros
blandiéndose en la noche centellean,
y Tristan y Oliveros
órdenes vuestras recibir desean.
Miradlos.

ESCENA XVII.

DICHOS, OLIVEROS, TRISTAN y SOLDADOS.

TRISTAN.

¡Ah señor! Es necesario
conjurar esa infame rebeldía;
vuestro poder amenazó el contrario
al ocultar su luz el claro día.

LUIS.

Esos herejes.

TRISTAN.

Sí.

LUIS.

Que al punto salgan
mis soldados: la tea flameadora,
la espada, y á matar esos rebeldes;
mis órdenes cumplid y no les valgan
heréticos alardes. Que la noche
de S. Bartolomé tenga en la historia
fiero recuerdo, inmarcesible gloria.

OLIVEROS.

¿Y yo, señor?

LUIS.

Al lado mio.

(Llamando.) Oliveros. Tristan. Un arma; quiero
probar desde hoy al universo entero
que no ha menguado con la edad del brio.

TRISTAN.

Tomad.

LUIS.

Que en esta noche
de S. Bartolomé, noche de espanto
para el que vil la religion más santa
llenar desea de ignominia y llanto
cual venenosa sierpe se levanta,
¡hurrá, soldados! bien. Hurrá mil veces.
Más muertes, más horror, quiero anegarme
en tan maldita sangre, santas preces
para el Eterno son sus alaridos;
tú, S. Bartolomé, santo del día,
tú llenarás mi trono *de alegría*:
y tú quizás mañana
tornes á aniquilar esa villana
secta de rebelion y de herejía.
had que esta noche cruel,

darán nuestros soldados buena cuenta
de esa canalla vil y turbulenta.

- LUIS. Partir la gloria con valor pretendo.
- OLIVEROS. ¡Dispara!... no descansa vuestra mano;
otro más.
- LUIS. Mirad allí lejano
el rojizo fulgar y la columna
de humo que en el espacio se levanta.
- TRISTAN. ¡Un incendio!..
- LUIS. Holocáusto que se eleva
y al alto cielo en nuestro nombre lleva
una hecatombe de la causa santa.
- OLIVEROS. Ya se aleja el rumor.
- TRISTAN. Van desbandados.
- LUIS. ¡Mis valientes, mis ínclitos soldados,
los hicieron huir! ..

ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, EL DUQUE y soldados despavoridos.

- DUQUE. Y ya que los rebeldes son vencidos,
y en fuego y sangre ahogada su osadía
encontrará la luz del nuevo día,
dictadme vuestras órdenes.

LUIS. Al punto
parte de la ciudad.

ANA. ¡Ah!

- LUIS. Que triunfante
te mire yo volver, Nancy vencido
y el que es hoy tierna amante,
podría mirarse ante el altar unido
con lazo indisoluble á la Princesa.

DUQUE. Yo vendré á reclamarte la promesa.
Ana, adios.

LUIS. (A Tristan.) Tú!... con él.

TRISTAN. Perded cuidado!...

DUQUE. Ruégale á Dios, y vencerá el soldado.
Vamos. (Váse con los suyos y Tristan.)

- ANA. Salva su vida, Señor Dios de los cielos. (Arrodillándose.)
- DELFIN. (¡Qué valiente!)
- CARLOTA. ¡Protegedle, Señor Omnipotente!
- LUIS. Y nosotros sigamos la batida. (A los soldados: grande animacion. El ruido se aleja y siguen las campanas.)
- OLIVEROS. ¡Mandad!
- LUIS. Venga en mi auxilio la sin par fiereza que á tantos héroes al combate guia y vuestros pies aplasten la cabeza de la serpiente vil de la herejía.
- CUADRO. Se dirige al foro y baja rápido el telon.

FIN DEL ACTO TERCERO.

ACTO CUARTO.

Salon régio en el castillo de Plessis-les-Tours, adornado con sencillez y severidad.—Cuadros de Santos en las paredes.—Puerta á la izquierda que dá á la habitacion del Rey.—Ventana á la derecha.—Galería en el foro.—A la izquierda del proscenio mesa con tapete y sillón de baqueta al lado.—A la derecha junto á la ventana un reclinatorio, escaños, etc. Al levantarse el telon se oye dentro el órgano y canto religioso de las monjas.

ESCENA PRIMERA.

LA REINA, de pié, apoyada en el respaldo del sillón con la vista fija en el suelo.—ANA arrodillada ante el reclinatorio con las manos juntas en accion de orar.

CORO DENTRO. Señor Dios de los cielos;
del mundo Soberano:
alienta á un Rey anciano
que es padre de su grey.
Escucha de sus hijos
la súplica ferviente
pidiendo humildemente
la vida de su Rey.

¡No desoigas
nuestra voz:
Salva á Luis,
benigno Dios! (*Cesa el canto: el órgano sigue, acompañando la oracion siguiente de Ana.*)

ANA.

¡Santa María,
Hija del cielo!
¡Madre de Dios,
ruega por nos!

ANA. ¡Tú, madre mía,
 que eres consuelo
 del afligido y triste pecador!
 ¡Oh Virgen inmaculada!
 ¡Sin hiel paloma!
 ¡Flor pura esmaltada,
 místico aroma
 esparces de tus pétalos sagrados
 con lágrimas regados
 de puro y santo amor!
 ¡Salva á mi padre, misero anciano,
 que en tí espera y adora!
 ¡Tiende tu mano
 sobre el que implora
 de tu bondad la vida y el favor!
 ¡Otórgale, Señora,
 la salud y el alivio salvador! *(Cesa la música. Ana se levanta.*

REINA. Suba al cielo tu oración
 y Dios la acoja en su seno.

ANA. Las oraciones del bueno
 siempre compensadas son.

REINA. ¿Confías?

ANA. El alma mía
 vive de su confianza:
 si perdiera la esperanza
 mi dolor me mataría.

REINA. ¿Con tan acendrado amor
 quieres á tu padre?

ANA. ¡Ay, madre!
 que además de ser un padre
 le debo mi bien mayor!
 Deponiendo sus rencores,
 mandó á Cárlos á Nancy:
 si vuelve digno de mí, *(Muy marcado.)*
 bendecirá mis amores.
 ¿Nó he de quererle? Si un día
 su injusta severidad
 condenó á mi voluntad,

que tanto por él sufria;
 si mi destino fatal,
 con el continuo tormento
 apagó por un momento
 mi constante amor filial,
 él me obligó. ¡Lo he llorado
 arrepentida despues!...
 ¡Ay! ¡tan fácil como es
 amar para ser amado!

REINA.

¡Es verdad! Amor consigue,
 quien amor por otro siente;
 pero un amor diferente:
 que no hay corazon que obligue
 á sentir con su virtud,
 afecto que satisfaga.
 ¡El amor que al amor paga,
 es tan solo gratitud!

ANA.

¡Madre, observo en vuestro acento
 más honda melancolia!
 ¿Qué teneis?

REINA.

¡No sé, hija mia!

Un triste presentimiento
 se alberga en mi corazon
 y por momentos acrece.
 ¡Cuanto miro, me parece
 triste... y no sé la razon! (*Dando señales de extra-
 vío mental.*)

ANA.

Desechad esa quimera
 como yo la deseché.
 Vos lo habeis dicho: la fé
 es la mejor compañera.
 ¡Y juzgo, cuando os contempló
 rendir el ánimo fuerte,
 que la que consejos vierte
 obra mal, si no dá ejemplo!...
 ¡Perdonad!

ESCENA II.

DICHOS: COTTIER por la izquierda.

- COTTIER. ¡Aquí las dos!
- REINA. Llenas de viva impaciencia.
- ANA. ¿Cómo está el Rey?
- COTTIER. Su dolencia
crece. ¿Habeis rogado á Dios
por él?
- REINA. Há cortos instantes.
- COTTIER. Bien hicísteis.
- ANA. Es decir...
- COTTIER. Que no hay más que sucumbir.
Síntomas muy alarmantes
en sus facciones advierto
que revelan su agonía
interior... Mas todavía
no puedo hablaros de cierto.
- ANA. ¿Teneis alguna esperanza?
- COTTIER. Puede haberla.
- REINA. Dios te ayude.
- COTTIER. Por mucho que yo lo dude,
veremos si el santo alcanza
lo que la ciencia no puede.
- REINA. Dicen que es muy milagroso
ese humilde religioso.
- COTTIER. La fama que le precede
es inmensa: pero dar
á una planta corrompida
nueva sávia, nueva vida...
Mucho milagro ha de obrar.
- ANA. ¿Quién sabe? ¡Todo es posible
para el que la luz creó
y en medio de ella quedó
permaneciendo invisible!
- COTTIER. Si él quiere tender su mano
sobre el enfermo afligido,
claro es que será cumplido

su decreto soberano.
 Hoy mismo sin detencion
 se hará la prueba... y veremos
 Confiamos.

REINA.
 COTTIER.

Confiamos.

Una peregrinacion
 por el Delfin conducida,
 ha salido á recibir
 al santo, que vá á venir,
 segun parece, en seguida.
 Los Prelados principales
 fueron á hacerle el honor
 de esperarle. Es portador
 tambien de los Corporales
 de San Pedro: los envia
 el Santo Padre con él.

REINA.

Muy bueno será y muy fiel
 cuando el Papa le confia
 tal sagrado.

COTTIER.

¡Y tardan ya!

ANA.

¡El Monarca está impaciente!
 ¡Pobre padre!

COTTIER.

No es prudente
 en el estado en que está
 dejar que de esa manera
 se inquiete, y yo me he venido
 á ver...

ANA.

¿Oís? Suena ruido
 de gentes por allá fuera. (*Subiendo al foro.*)

COTTIER.

Es verdad: ¿serán tal vez?...!

ANA.

Sí, sí, mirad: el Delfin
 viene con ellos.

REINA.

COTTIER.

¡Al fin!
 ¡Llegan á tiempo, pardiez!

ESCENA III.

DICHOS: SAN FRANCISCO DE PAULA.—EL DELFIN.—OLIVEROS.—TRISTAN.— Nobles franceses.— Soldados.— Guardias escoceses.— Prelados.— Monjes.— Pajes.— Escuderos, etc., etc.

- DELFIN. En esta sala, señor,
esperad unos instantes.
Voy á anunciar cuanto antes
vuestro arribo salvador
á mi padre el soberano,
que os aguardará impaciente.
- FRANCISCO. Id, pues.
- DELFIN. Inmediatamente
vendré con él. Vuestra mano. *(San Francisco le dá
la mano que él besa.)*
Entrad conmigo, Oliveros. *(Entran los dos en lá
habitacion del Rey. Ana se arrodilla á los pies del
santo.)*
- ANA. Dejad, señor, á una hija
desdichada, que os dirija
su triste voz, y ofreceros
pueda eterna gratitud
por el bien que vais á hacer
al padre que la dió el ser,
volviéndole la salud.
- REINA. *(Arrodillándose al otro lado.)*
Dejad tambien á la esposa
que en vos espera y confia,
besar en tan fausto dia
vuestra mano milagrosa.
- FRANCISCO. Hermanas, alzad del suelo
y volved á Dios los ojos:
nadie debe estar de hinojos
sino ante el Señor del Cielo.
Yo, solitario ermitaño,
que nada del mundo sé,
llevo por guia la fé
sobre éste pais extraño.

Humilde como creyente,
 considero mi impotencia;
 y el que así me reverencia,
 cubre de rubor mi frente.
 Nó: guardad esos loores
 con que más me avergonzais.
 Justo es que los ofrezcais
 al Señor de los Señores.

Al Artífice divino
 que dá la muerte y la vida;
 á esa potencia, escondida
 del aire entre el torbellino:
 á esa inmensidad, que vaga
 hasta la infinita altura,
 que es sombra eterna y oscura,
 y es luz que nunca se apaga!

El, con su inmenso poder;
 con su justicia inefable,
 os dará el bien perdurable
 de que dignos podais ser.

REFINA. Si en la fé con que se ruegue
 vive el milagro, señor,
 Dios que vé nuestro fervor
 no es dable que el bien nos niegue.

FRANCISCO. Así lo creo. ¿Quién es
 el médico de Su Alteza?

COTTIER. Quien desnuda su cabeza,
 para besar vuestros pies. (*Arrodillándose.*)

FRANCISCO. Alzad. Dadme pormenores
 de esa escondida dolencia.

COTTIER. Es un mal de la conciencia,
 que no curan los doctores.
 Hizo la sábia natura,
 por ley de compensacion,
 de una misma condicion
 la planta y la criatura.

Hijo el hombre de la tierra,
 para el mal que le quebranta
 existe siempre una planta

que en su jugo el bien encierra.

Tal de mi ciencia es la base.

Con firme solicitud,

no hubo planta de virtud

que dar al Rey no probase.

Pero todas por igual,

en su peligro, al doliente,

le sirvieron solamente

de rémora temporal.

Sólo un poder superior,

sólo una sabiduría

de más fuerza que la mia,

como es la de Dios, señor,

puede alumbrar este caos.

Vos, mensagero del cielo,

que el bien sembrais en el suelo,

de esta mision encargaos.

Yo os cedo desde este punto

mi puesto, con fé tan ciega,

como que os hago la entrega...

¡no de un hombre... de un difunto! (*Bajando la voz. El santo queda pensativo unos momentos.*)

FRANCISCO.

Si en mi cupiera la duda,

dudára del resultado;

pero al que es desconfiado,

Dios pocas veces le ayuda.

A probar desde ahora voy.

ANA.

¡Ah, señor! ¡qué alma tan fiel!

FRANCISCO.

No soy, señor, hija de él:

Francisco de Paula soy.

ESCENA IV.

DICHOS: EL REY apoyado en EL DELFIN y OLIVEROS.

COTTIER.

¡El Rey! (*Señalándole.*)

FRANCISCO.

¡Cielos! (*Con acento lastimero al ver el semblante del Rey.*)

LUIS.

¡Padre mio!

¡mi vida! ¡mi salvador! (*Desprendiéndose de los brazos del Delfín y Oliveros y echándose á los pies del Santo.*)

¡Válgame vuestro favor!

¡En vos nada más confío!

Si quereis, podeis curarme:

sí, padre, lo sé de fijo.

¡Por la Virgen..., por su hijo,

decid que vais á salvarme!

FRANCISCO. A intentarlo vine aquí:

cumplirlo... le toca á Dios.

LUIS. Sí; pero os envía á vos

para que lo hagais. (*Con aspereza.*)

FRANCISCO. ¡A mí!...

LUIS. No lo negueis; todo el mundo

dá vuestro poder por cierto:

¿el que resucita un muerto

no dá vida á un moribundo?

¡Sí, sí, lo podeis hacer!... (*Con conviccion. Transición repentina.*)

y en seguida; sin tardanza.

FRANCISCO. Mucho vale esa esperanza

tan segura al parecer.

LUIS. Dejadnos solos, señores;

salid de este aposento. (*Al Santo.*)

Os voy á hacer al momento

confesion de mis errores.

FRANCISCO. ¡Cómo! á mí...

LUIS. Sí, sí, en seguida.

FRANCISCO. No soy clérigo: escusad...

LUIS. Pues bien, es mi voluntad...

y quiero verla cumplida.

FRANCISCO. Pero, señor...

LUIS. Y ahora mismo.

Dejadnos todos. Cottier,

sal tambien. (*Todos se van por el foro silenciosamente.*)

FRANCISCO. (*Aparte y mirando al Rey.*) ¡Buena es la fe:

PERO MALO EL FANATISMO!

ESCENA V.

EL REY y SAN FRANCISCO.

- LUIS. Tomad asiento, padre, y empecemos.
- FRANCISCO. Si os empeñais, aunque me juzgo indigno, oiré la confesion de vuestra boca.
- LUIS. ¡Por el Señor que la escucheis benigno! Mi humilde voz vuestra piedad invoca... Pero nó los momentos malgastemós. (*Pausa.*)
- FRANCISCO. Comenzad, que os escucho. (*Impaciente, pero con reticencia.*) Pecador que me llamas (*Sentándose en el sillón. El Rey se arrodilla á sus pies.*) á este acto bendito tan sagrado; ¿de qué te tienes que acusar?
- LUIS. De mucho. Es decir, de deslices naturales... forzosos muchas veces... pero que por pecados los condena la santa religion... ¡los más veniales!
- FRANCISCO. Si son como encareces, fácil es perdonarlos.
- LUIS. Todo es posible á la bondad inmensa de Dios. (*En tono de reconvencion.*)
- FRANCISCO. Dí, pues, tus faltas.
- LUIS. (*Después de una pausa.*) No me atrevo.
- FRANCISCO. ¡Tan grandes son!...
- LUIS. ¡Nó, nó!
- FRANCISCO. ¿Pues qué te arredra?
- LUIS. ¡Es que... no sé por donde dar principio!
- FRANCISCO. Vuelve los ojos á tu edad pasada, recuerda los azares de tu vida, y hallarás la memoria estraviada de tu primera falta cometida.
- LUIS. Siendo muy jóven... la razon de Estado me obligó á dar mi mano á la Princesa Margarita de Escocia. Yo era un niño... ¡y amaba á otra mujer!

FRANCISCO. No es falta esa, si tu deber cumpliste de casado sin faltar á la fé y á la promesa que hiciste ante el altar.

LUIS. ¡Al poco tiempo, la Princesa... murió! Dios en su gloria la tenga.

FRANCISCO. ¿De qué muerte?

LUIS. De tristeza porque yo la trataba con desvío.

FRANCISCO. ¡Cielos!

LUIS. ¡Pero era un niño! mi cabeza no dominaba al sentimiento mio; no abrigaba bastante fortaleza para disimular; los cuatro lustros contaba apenas!...

FRANCISCO. ¡Sigue, desdichado!

LUIS. Yo... tenia... un hermano, que era Duque de Guinea, Champaña y Normandia. Cuando la Francia ardia en guerra desigual contra Inglaterra, me ofreció darme ayuda en esa guerra... ¡Y me engañó vilmente! ¡porque lejos de unirse á nuestra causa, como era su deber, hizo presente al Rey Eduardo nuestra mútua liga, y se negó á ayudarme el fementido!

FRANCISCO. ¿Y tú?

LUIS. Yo... calculándome perdido si lograr no podia la ayuda de Guinea y Normandia, como mi hermano me negó esa ayuda... hice un violento esfuerzo... *(Sin atreverse á seguir.*

FRANCISCO. ¡Y le mandaste asesinar sin duda! *(Con exaltacion.*

LUIS. Eso dicen... Mas ¡ay! ¡si entre mis manos tener pudiera á los que tal propalan!

FRANCISCO. ¿Pero es verdad? *(Con exaltacion.)*

LUIS. No hay nadie que lo pueda probar.

- FRANCISCO. ¿Pero... es verdad? (*Con doble exaltacion.*)
- LUIS. Si.
- FRANCISCO. ¡Basta, basta!
 ¡No puedo más! ¡Ah! ¡Dios te perdone!...
 ¡mal hijo, mal esposo y mal hermano!
 ¡hunde en tierra tu frente!
 ¡Del cielo el anatema soberano
 caerá sobre tu ser eternamente!
- LUIS. ¡Padre, perdon! ¡miradme á vuestras plantas
 postrado, suplicante!
 ¡Tened piedad de mí: dadme la vida:
 dadme... tiempo que basté á arrepentirme!
 ¡Un año, nada más... para que pida
 perdon de mis errores!
- FRANCISCO. ¡Miseró! (*Completamente conmovido.*)
- LUIS. Si supiérais los dolores
 horribles que padézco,
 veríais que merezco
 piedad. ¡Dadme... dos años solamente!
- FRANCISCO. ¡Tanto amor te merece una existencia
 de crímenes sacrílegos cargada!
- LUIS. ¡No es la vida, señor: es la conciencia
 que grita avergonzada!
 Mas... si vuestra indulgencia
 me otorga... estos cinco años que deseo...
 estos diez años, padre,
 yo por mi alma os juro
 hacer para la enmienda cuanto os cuadre.
 ¡Un milagro, señor!
- FRANCISCO. ¡Oh ruin miseria!
 ¡Contra el alma tan fuerte,
 y tan débil despues contra la muerte!
- LUIS. ¡Ay! (*Aterrorizado.*)
- FRANCISCO. ¡Reza, pobre loco!
 ¡Borra con la oración tu enorme culpa!
 Este será el remedio más seguro.

ESCENA VI.

DICHOS, COTTIER y EL DELFIN.

- COTTIER. Señor, si dais vuestra venia;
tiene el Preboste un mensaje
para vos, y debe ser,
segun parece, importante
que lo sepais en seguida.
Como no pueden los pajes
penetrar en esta sala,
háme rogado que entrase
á avisároslo, y con él
la Princesa Ana.
- LUIS. *(Con disgusto.)* ¿Nó sabes
sobre poco más ó ménos?
- COTTIER. Segun yo le oí esplicarse,
son noticias de Nancy.
- LUIS. ¿De Nancy?... Dile que pase.
¡Cárlos!... ¡Me habia olvidado..
hasta de ese hombre! *(Cottier ha hecho una seña en
el foro, donde aparecen Tristan, la Reina y Ana.)*

ESCENA VII.

DICHOS, TRISTAN, LA REINA y ANA.

- LUIS. *(A Tristan.)* Adelante. *(Bajan los tres.)*
- TRISTAN. Señor; de una triste nueva
que á vuestra familia atañe,
soy, por mi mala fortuna,
mensajero en este instante.
Por eso mismo... he rogado
á la Princesa... y su madre...
la Reina, que para oirla,
hasta aquí me acompañasen. *(Con intencion.)*
Si me permitís... Concluye.
- LUIS. Concluye.
- ANA. ¡Tiemblo solo de escucharle!

REINA. (¡Qué será!) (Con angustia desesperada.)

TRISTAN. Varios correos

han llegado á todo escape
con nuevas de la batalla
de Nancy. ¡Cuentan el lance
con los colores más tristes!

LUIS. ¿Qué, se ha perdido el combate?

TRISTAN. Renato juntó por fin
su ejército formidable,
y entró en Nancy, proclamado
por todos sus habitantes.
Cárlos, vuestro augusto primo,
nóble Duque de Brabante,
Limburgo y Lorena; Conde
de Holanda, Namur y Flandes;
sin atender los consejos
de prudentes capitanes,
marchó contra los esguizaros,
impaciente de corage;
por su desgracia, señor,
no quiso el cielo ayudarle. (Con ironía.)

Una tempestad deshecha
que se desgajaba á mares
hizo pantano el terreno
y embazó los alazanes.
Quedó sin vida en el campo
la flor de sus generales,
y el de Bandemaut con su tropa
volvió á la ciudad triunfante.

Completamente batido
Campobasso, al retirarse
buscó al Duque, inútilmente...

ANA Y DELFIN. ¡Cielos!...

REINA. (Con desvarío.) ¡Dios mio! ¡amparadme!

TRISTAN. ¡Cuando ya desesperaban
todos ellos de encontrarle,
creyéndole prisionero,
sobre un campo de zarzales
cubierto de espesa nieve

congelada por el aire
de las montañas... hallaron
mutilado su cadáver!

TODOS.

¡Ah!... *(Ana cae desmayada en brazos de San Francisco y el Delfín. La Reina dá un grito ahogado, se agarra fuertemente á un brazo del sillón y fija la vista en el techo quedando inmóvil hasta la escena siguiente. Tristan sonríe: Cottier le mira con desprecio y el Rey se hiergue con un movimiento brusco.)*

REINA.

¡¡Jesús!!

LUIS.

(Aparte.) ¡Ya lo esperaba!

Doloroso es tu mensaje.

FRANCISCO.

¡Acaso, vos, de esa terrible historia
no conoceis el fin! Yo... no la ignoro;
y al evocarla, su infeliz memoria
arranca de mis párpados el lloro.
Era una noche nebulosa, triste,
zumbaba el trueno, refulgente rayo
inundaba de luz el firmamento;
los árboles en lánguido desmayo
doblaban su cerviz al ronco viento
y en furioso oleaje
gemidos arrancaban al ramaje;
natura sollozaba
un alevoso crimen cometido, á Dios clamaba
castigo para aquel que vil artero
asesinó á tan noble caballero
en medio de esta noche pavorosa.
Cual cumple á mi deber prestaba auxilio
á víctimas sin cuento que ambiciosa
codicia de los hombres en la tierra
el espantoso rastro de la guerra
dejaba por doquier: tristes heridos
exhalando á los vientos sus gemidos,
su sangre y su dolor. Espesa nieve
llenaba el suelo con su yerta alfombra
cual si quisiera el cielo
que de luto y horror cubre su sombra
echar sobre tan gran crimen denso velo;

en trance tal escúchase un quejido
 casi detrás de mí, torné la vista
 y á la luz de la luna misteriosa
 cual funeraria lámpara
 ví una mano agitarse temblorosa;
 me acerqué, contemplé, miré aterrado:
 ¡oh qué hallazgo fatal! D. Carlos era
 que con acento triste, entrecortado,
 pedia confesion. La parca fiera
 le arrebatava hácia la tumba impía.
 ¡Padre! ¡padre, perdon, me repetia,
 perdono á aquel que poderoso y fuerte
 en las garras me lanza de la muerte!
 ¡Ah! si le hubiérais visto
 con el rostro á los golpes magullado,
 no conociérais en tan frio espectro
 al inclito soldado,
 al bravo capitan, al fiel amante;
 si de Dios inspirados al instante
 nó os viérais de repente
 al contemplar la lumbre refulgente
 del mágico diamante
 que brillaba en el pecho del valiente!
 ¡Un diamante!

REY Y TRIST.

FRANCISCO.

Sí á fé. Piedra preciosa
 que un misero pastor de la India trajo
 y que el Duque compró: al verle supe
 que aquella piedra, ambicion del hombre
 y que yo digo alcanzará gran nombre
 el *diamante Sancy*, es el testigo
 de un crimen cometido, impune, oscuro,
 y que refleja en su oriente puro
 al ser ornato de potentes Reyes.
 que un Rey quitó la vida y fué enemigo
 de su amigo leal, y al ser su amigo
 defensor de su pátria y de sus leyes
 en su pecho á la fé dió noble abrigo.
 Desgraciado D. Carlos. De mi boca
 vais á escuchar las últimas palabras

que el héroe dijo. Tú, infeliz, que labras
 mi muerte de este modo,
 y que con ánsia loca
 por gozar una vida de ventura
 tus timbres llenas de sangriento lodo.
 ¡Te perdono! al tocar mi sepultura:
 prepárate á sufrir tanta amargura
 como amenaza derrocar tu trono,
 mas á mi triste encono
 ¡desdichado de tí, nó te perdono!
 Tú formaste mis bellas ilusiones
 que alentaran mi amor fingiendo; ¡oh tigre
 que anhelabas realizase tus pendones!
 ¡Nó te perdono, nó, tal cobardía!
 ¡Nó te perdono, Rey, ¡oh nó! un día
 cuando descieras á la tumba fria
 te llamarán traïdor y mi corona
 que ventura fatal te proporciona
 y que manchada con mi sangre tienes;
 dirán que la robaste tú á mis sienes
 y yo te la arrancaré, Será la prenda
 vendida cual ofrenda,
 á la que adoro tanto
 por la que vierto mi postrera lágrima
 y al cielo elevo mi amoroso llanto!
*(Aquí el actor tiene que espresar en Luis Onceno un
 momento terrible.)*
 ¡Señor! señor ¡oh, sí, velad por ella;
 escuchad en mi muerte mi querella,
 mi vida, mi esperanza,
 era mi gloria, ¡venturosa estrella
 que hasta mi tumba irradia la bonanza!
 Y... acabó de espirar. Hora ¡hijos míos!
 De rodillas, por él alzad al cielo
 una oracion que sirve de consuelo
 al que tenga manchada su conciencia.
 ¡Oh buen Dios! ¡oh buen Dios, tened clemencia!
*(Todos caen de rodillas ménos el Rey Luis y su
 favorito Tristan. El Rey mientras habla el santo*

fija los ojos espantados por doquier. Repara en Tristan y dice intimándole con la mano.)

¡De rodillas! ¿no ves que yo me postro?

(El Preboste se pone de rodillas; el Rey Luis poco á poco hace lo mismo mientras el santo habla. Procúrese en el lenguaje de San Francisco una intencion mística de suyo particular.)

Y yo que soy tu miserable siervo
elevo á ti mi sollozante rostro.

¡Compasion! ¡compasion! nó de tu mano
vibres el rayo destructor, detente

que el que en los cielos es el soberano
es para el pecador grande y clemente. *(Queda un corto momento abismado en hondas reflexiones. El Rey Luis se levanta; el santo tiende la mano en señal de absolver.)*

DELFIN.

¡Dios mio! *(Socorriéndolo á Ana.)*

COTTIER.

(Aparte y mirando á Tristan.) ¡Hiena implacable!

—¡A tal Rey, tales vasallos!

DELFIN.

¡Cottier, por Dios, ayudadme!

COTTIER.

Sacadla de aquí.

TRISTAN.

(¡Venganza!)

FRANCISCO.

¡Infeliz Princesa!... *(Se la llevan entre los tres. El Rey les sigue con la vista y repara en Tristan que permanece inmóvil.)*

LUIS.

Salte

con ellos; déjame solo.

TRISTAN.

Señor... *(Pretendiendo hablarle.)*

LUIS.

(Interrumpiéndole.) Y espera á que llame. *(Tristan queda admirado al reparar en la sequedad con que le habla el Rey: este añade con imperio.)*

¡Fuera!..

TRISTAN.

(¡Qué es esto!) *(Aparte, sin darse cuenta de lo que le pasa; y váse pausadamente por el foro.)*

ESCENA VIII.

EL REY y LA REINA. Luego EL DELFIN.

- LUIS. ¡Me ahogo! ¡Cuánto sufro!
 ¡Se trastorna mi mente! ¡Un frio hiela
 mi corazon, y á mi cerebro sube
 el fuego abrasador que aqui se alberga!
 ¡Qué espantoso suplicio! (*Pausa corta.*)
- DELFIN. (*Saliendo rápidamente.*) ¡Padre mio!!
- LUIS. ¿Padre? ¿Quién es? (*Sobrecogido.*)
 ¡La sangre se me hiela! (*Cae desvanecido sobre
 el sillón.*)

ESCENA ULTIMA.

DICHOS, SAN FRANCISCO, COTTIER, TRISTAN, OLIVEROS con las guardias escocesa y francesa; *un paje* que trae en una bandeja cubierta, la corona y el cetro de Francia y baja á colocarse detrás del DELFIN, el cual sigue á los pies del Rey: Doctores, Cortesanos y todos los personajes de las escenas segunda y tercera de este acto.— *Cuadro general.* Se oye el órgano tocando muy piano y voces lejanas que entonan una salmodía que dura hasta despues de bajar el telon. Música en la orquesta.

- REINA. ¡Cottier! ¡piedad!
- COTTIER. (*A San Francisco.*) ¡Señor, vos solamente
 sois necesario aqui! Su hora postrera
 llegó.
- FRANCISCO. ¡Dios en su seno le reciba! (*Acercándose: el
 Rey vuelve en sí.*)
- LUIS. ¿Quién es? ¡Ah! ¡Padre! ¡Vuestra gracia excelsa
 imploro en este instante formidable!
 ¡Perdonad mis delitos!... ¡mis flaquezas!...
 ¡benedicidme!... absolvedme!... (*Impaciente.*)
- FRANCISCO. ¿Estás contrito?
- LUIS. ¡¡¡Sí, Padre; sí!!!
- FRANCISCO. ¡Que sobre tí descienda
 la bendicion del cielo con la mia,
 perdonando su gracia tus ofensas! (*Le bendice: el
 Rey se tranquiliza.*)

Perdona tú también las que te hicieron...

¡y bendice á tu hijo!

LUIS.

(*Volviéndose para bendecir al Delfín y deteniéndose de pronto.*)

Si supiera

que hasta no bendecirle por mi mano

el cielo conservaba mi existencia...

FRANCISCO.

¡Pecador! ¡teme á Dios!... (*Con acento terrible.*)

LUIS.

(*Poseído de terror al oír al santo, estiene las manos con rapidez y bendice al Delfín.*)

¡Ya está bendito!! (*Mirando á San Francisco: al volver la vista hácia el Delfín repara en el paje que está detrás con la corona.*)

¡Ah!... ¡mi corona!... ¡dámela!... ¡con ella quiero morir!... sentirla entre mis manos...

ya que no tiene fuerzas mi cabeza... (*El Delfín se vuelve para tomar la corona de la bandeja: el Rey dá un grito dominante.*)

¡Nó!! ¡nó la toques!... ¡Dámela! (*Al paje que se la entrega: el Rey toma la corona y la oprime con ambas manos.*)

¡¡¡Aun es mía!!!

—¡Pronto no lo será!... ¡Suerte funesta!...

¿Y mi hija? ¿nó está? ¡Ah! ¡desdichado!

¡no me acordaba ya!... no puedo verla...

¡Ese tiene la culpa!... ¡Ya lo sabes;

castígame!...

FRANCISCO.

¡Señor!... (*Suplicante.*)

LUIS.

(*Con aspereza á San Francisco.*) ¡Es una hiena!

(*Pausa corta.*)

—¡Carlota!... ¡pobre madre!... tú en mi nombre...

pidela mi perdón!

REINA.

¡Ah!...

LUIS.

(*Incorporándose y besándola en la frente.*)

¡Para ella

es este beso!... ¡el último!... (*Estremecimiento.*)

¡Dios mio!...

¡Virgen Santa; ayudadme! (*Con espanto al sentirse morir: la voz se vá extinguiendo por completo.*)

¡Ah!... mi... voz... tiem... bla...

¡Hijo! ruega... te mando... *(Hace un esfuerzo: su cuerpo se contrae y cae desplomado sobre el sillón. La Reina y el Delfín le miran espantados, le tocan y convencidos de que está muerto dan un grito desgarrador y caen llorando sobre el cadáver.)*

REINA Y DEL.

¡¡Ah!!! *(Cottier examina detenidamente el cuerpo del Rey: frunce el ceño; le coloca la mano sobre el corazón, y sin variar esta postura, vuelve la cara hácia los cortesanos y dice con gravedad.)*

COTTIER.

¡El Rey ha muerto!
(Todos inclinan la cabeza: Cottier le arranca la corona de entre las manos crispadas y la suspende en el aire sobre la cabeza del Delfín.)
¡Viva el Rey!. . *(En voz baja y solemne.)*

TODOS.

¡Viva el Rey! *(Más bajo que Cottier. San Francisco en medio de la escena vá cayendo de rodillas paulatinamente alzando al cielo la vista y las manos, y dice en tono místico.)*

FRANCISCO.

¡Señor!... ¡clemencia!..

CUADRO GENERAL. El órgano, el canto religioso y la melodía de la orquesta, se empiezan á oír más fuertes que durante toda la escena anterior: el telón empieza á bajar todo lo más despacio que sea posible.

FIN DEL DRAMA.

